

**EL BOSQUE**  
O  
**LA ABADÍA DE SAINT-CLAIR,**

Por Anne Radcliffe .

TRADUCIDO DEL INGLÉS EN LA SEGUNDA EDICIÓN.



**TERCERO.**



**PARÍS,**  
**LECOINTE Y POUGIN, BIBLIOTECAS,**  
QUAI DES AUGUSTINS, N° 49.

1831.

(1)

**LOS**

**FORÊT.**

CAPÍTULO PRIMERO., II., II., III., IV., V., VI., VII., VIII., IX., X., XI.

---

**CAPITULO PRIMERO.**

SIN EMBARGO, Adeline y Pierre continuaron su viaje sin experimentar ningún accidente y aterrizaron en Savoy, donde Pierre la subió al caballo y caminó a su lado. Cuando vio las montañas de su país, su alegría inmoderada le hizo hacer frecuentes exclamaciones, y a menudo le preguntaba a Adeline si había visto esas montañas en Francia. “No, no”, agregó, “las montañas de ese país son lo suficientemente buenas para las montañas francesas; pero no tienen nada que ver con <sup>(2)</sup>el nuestro ”. Adeline, llena de admiración por el majestuoso escenario que la rodeaba, coincidió en la verdad de la afirmación de Pierre, que la animó a insistir aún más en las ventajas de su país, cuyas desventajas él olvidó por completo. ; y, aunque dio los últimos sous que poseía a los pequeños campesinos que corrían descalzos al lado del caballo, sólo habló de la alegría y alegría de sus compatriotas.

El pueblo donde nació fue en efecto una excepción al resto del país y a los efectos ordinarios de un gobierno arbitrario. Parecía floreciente, sano y feliz; por estas ventajas estaba principalmente en deuda con la actividad y con la atención del buen sacerdote que era párroco.

Adeline, que estaba empezando a sentir los efectos de una larga preocupación y fatiga, anhelaba llegar al final de su viaje; y su impaciencia le hizo hacerle preguntas frecuentes a Pierre. Así exhausta, la sombría grandeza de las escenas que habían despertado recientemente en sus sublimes emociones, la inspiraba terror; ella estaba temblando <sup>(3)</sup>al sonido de los torrentes que se precipitaban entre las rocas, y cuya caída hacía resonar el valle; se estremeció de terror al ver precipicios, a veces colgando sobre el camino, ya veces al lado del camino. Cansada como estaba, a menudo bajaba a caminar por los lugares empinados que tenía miedo de cruzar a caballo.

El día estaba llegando a su fin cuando se acercaron a un pequeño pueblo al pie de los Alpes; y el sol, descendiendo con todo su esplendor vespertino detrás de su cumbre, atravesó la perspectiva un rayo tan tierno y tan atractivo, que Adeline, aunque lánguida, expresó su admiración con una exclamación.

La ubicación romántica del pueblo llamó su atención. Estaba al pie de varias montañas altas que rodeaban un lago a cierta distancia, y los árboles que cubrían sus copas colgaban, por así decirlo, sobre el pueblo. El lago, unido como el hielo, reflejaba los colores rojizos del horizonte; y la sublime escena que estaba en sus bordes se oscureció gradualmente con el <sup>(4)</sup>oscuridad.

Cuando Pierre vio el pueblo, lanzó un grito de alegría. “¡Dios sea bendito! gritó, estamos cerca de casa; esta es mi querida tierra natal. Todavía luce igual que hace veinte años; y aquí están los mismos árboles viejos que crecen alrededor de nuestra cabaña, y esa gran roca que se eleva por encima. Allí murió mi pobre padre, mademoiselle. ¡Por favor, Dios, mi hermana todavía está viva! No la he visto en mucho tiempo ”. Adeline escuchó con melancólica satisfacción las expresiones ingenuas de Pierre, quien, recorriendo las escenas de

su infancia, una vez más pareció saborear el placer. Mientras se acercaban al pueblo, continuó señalando varios objetos que recordaba. “Y este es también el castillo del buen pastor; mira señorita esta casa blanca con el humo saliendo girando sobre el borde del lago allí. No sé si todavía está vivo. No era viejo cuando dejé el país y fue amado tanto como puede serlo un hombre; pero la muerte no perdona a nadie ”.

Llegaron durante este tiempo<sup>(5)</sup> en el pueblo, que era sumamente bonito, aunque no prometía muchas comodidades. Peter apenas había dado diez pasos cuando fue abordado por algunos de sus viejos amigos, quienes tomaron su mano y no pudieron dejarlo. Preguntó por su hermana y le dijeron que estaba bien de salud. Mientras se dirigía a su casa estaba rodeado de tantos conocidos que Adeline estaba cansada del retraso causado por la multitud. Varias personas que había dejado en el vigor de la vejez estaban ahora cargadas con las enfermedades de la vejez, mientras que sus hijos e hijas, a quienes había visto en la niñez, habían llegado al estado de la adolescencia. y ya no eran reconocibles. Al final, llegaron a la cabaña y fueron recibidos por su hermana, quien al enterarse de su llegada,

Al ver a Adeline, pareció sorprendida, pero la ayudó a bajar; y, llevándola a la casita, que sin embargo estaba muy limpia, la saludó con una cortesía y una calidez que habría hecho honor a<sup>(6)</sup> un rango más alto. Adeline quería hablar con él en particular; porque la casa estaba entonces llena de amigos de Peter; y habiéndole informado de las peculiaridades de su situación que era necesario comunicarle, le preguntó si podía darle un apartamento en la casa. "Sí, mademoiselle", dijo la buena mujer; tal como es, está a tu servicio; Lamento no tener uno mejor. Pero parece enferma, mademoiselle; ¿que te puedo ofrecer? "

Adeline, que había luchado durante mucho tiempo contra la fatiga y la indisposición, luego sucumbió bajo su peso. Ella le dijo que estaba realmente enferma; pero que esperaba que el resto la relevase y le rogó que le preparara una cama. La buena mujer salió a obedecerle, regresó poco después y le mostró una pequeña habitación, cuya limpieza hacía todas las recomendaciones.

Pero, a pesar de su fatiga, no podía dormir. Su mente siempre se refería a escenas pasadas o le ofrecía una imagen triste e imperfecta del futuro.

La diferencia entre su situación y<sup>(7)</sup> la de las otras mujeres que habían recibido una educación similar a la de ella la impresionó notablemente y rompió a llorar. “Tienen amigos y parientes”, dijo, “que hacen todo lo posible para prevenir no solo todo lo que pueda ser perjudicial para ellos, sino incluso lo que pueda disgustarlos; que velan por su seguridad presente y sus ventajas futuras, y que también les impiden hacerse daño a sí mismos; pero en toda mi vida nunca he conocido a un amigo, y raras veces he estado exento de alguna circunstancia de peligro o desgracia. Sin embargo, no es posible que haya nacido para ser continuamente infeliz; llegará el momento en que ... ”. Empezaba a pensar que

algún día podría ser feliz; pero recordando el estado desesperado de Theodore: "No", agregó,

Temprano al día siguiente, muy temprano en la mañana, la buena mujer de la casa vino a preguntar por su salud, y encontró que había dormido muy poco, que estaba mucho peor que el día anterior. El estado de inquietud de su mente ayudó a aumentar<sup>(8)</sup> síntomas de fiebre que tenía; y en el transcurso del día su enfermedad pareció dar un giro serio. Observó su progreso con calma, resignándose a la voluntad de Dios y sintiendo poco pesar por la vida. Su amada anfitriona hizo todo lo que estuvo a su alcance para aliviarla; y como no había ni médico ni boticario en el pueblo, la naturaleza no se vio privada de ninguna de sus ventajas. A pesar de esto, su enfermedad progresó rápidamente y al tercer día fue trasladada; después de lo cual cayó en una especie de somnolencia.

No supo cuánto tiempo permaneció en este triste estado; pero al recuperar el uso de sus sentidos, se encontró en un departamento muy diferente a los que había visto antes. Era grande y tenía un aire de belleza; la cama y todo lo que la rodeaba era simple y elegante. Permaneció unos minutos en un éxtasis de sorpresa, tratando de recoger todos sus pensamientos del pasado, y temerosa de moverse, por así decirlo, no fuera que la agradable vista se desvaneciera.<sup>(9)</sup>

Al final, se atrevió a levantarse; inmediatamente escuchó una voz tierna cerca de ella, y una chica encantadora descorrió suavemente la cortina hacia un lado: se inclinó sobre la cama; y, con una sonrisa mezclada con ternura y alegría, preguntó por la salud de la paciente. Sin embargo, Adeline contempló con la última sorpresa el rostro más interesante que había conocido hasta entonces, en el que se podía ver la expresión de dulzura, sentimiento y delicadeza unidos a una amable ingenuidad.

Sin embargo, se recuperó lo suficiente como para agradecer a esta hermosa persona y preguntarle a quién le debía ese cuidado y dónde estaba. Esta hermosa niña le apretó la mano. "Estamos en deuda contigo", dijo. Oh! que estoy encantado de que hayas recuperado el uso de tu memoria ". Ella no dijo más, pero voló hacia la puerta del apartamento y desapareció.

A los pocos minutos regresó con una señora de cierta edad, quien acercándose a la cama con aire de interés y ternura, le preguntó por la salud de Adeline. Esta última respondió así como la agitación de sus mentes.<sup>(10)</sup> permitió y volvió a testificar su deseo de saber a quién le debía tan grandes obligaciones. "Lo sabrás después", dijo la dama; ahora que solo tienes que saber que estás con gente que se creará demasiado pagada con tu vuelta a la salud: por eso, someteos a todo lo que pueda conducir a ello, y consiente en ser manténgase lo más callado posible.

Adeline expresó su gratitud con una sonrisa y bajó la cabeza en silencio para mostrar su consentimiento. La señora salió de la habitación para ir a buscar un

medicamento; y cuando se lo dio a Adeline, la dejaron descansar; pero su cabeza estaba trabajando demasiado para que ella aprovechara la oportunidad. Contempló el pasado y el presente; y, cuando lo comparó, el contraste la dejó asombrada. Toda la escena le parecía una de esas transiciones repentinas tan comunes en los sueños, donde uno pasa, sin saber cómo, de un estado de dolor y desesperación, a una situación placentera y deliciosa.

Ella estaba mirando hacia el futuro<sup>(11)</sup> con la mayor ansiedad, que amenazaba con retrasar su recuperación; y cuando recordó las palabras de su generosa benefactora, trató de divertirse. Si hubiera conocido mejor el carácter de las personas en cuya casa se alojaba, su preocupación por sí misma no habría durado mucho; pues Laluc, a quien pertenecía, era uno de esos raros hombres a quienes la desgracia nunca se dirige en vano, y cuya bondad natural, confirmada por principios, es siempre uniforme y no afectada.

#### FAMILIA DE LALUC.

En el pueblo de LeLoncourt, famoso por su pintoresca ubicación al pie de los Alpes de Saboya, vivía Arnaud Laluc, eclesiástico, descendiente de una antigua familia en Francia, que, debido a la decadencia de su fortuna, se había visto obligado a buscar un retiro a Suiza, en un siglo en el que la violencia de las guerras civiles rara vez perdonaba a los vencidos. Era párroco del pueblo, y tanto amado por la piedad y benevolencia del cristiano como respetado<sup>(12)</sup> por la dignidad y elevación del filósofo. Su filosofía fue la de la naturaleza, guiada por el sentido común. Despreciaba la jerga de las escuelas modernas y los pomposos absurdos de los sistemas que deslumbraban a sus seguidores sin iluminarlos y los dirigía sin convencerlos.

Tenía una mente penetrante, amplias vistas; y sus sistemas, similares a su religión, eran simples, razonables y sublimes. Los habitantes de su parroquia lo consideraban un padre, porque mientras sus preceptos iluminaban sus mentes, su ejemplo penetraba en sus corazones.

En su juventud, Laluc había perdido a una mujer a la que amaba mucho. Este hecho había derramado un dulce e interesante tinte de melancolía en su carácter, que permaneció cuando el tiempo suavizó el recuerdo que lo había provocado. La filosofía había fortalecido su alma sin endurecer su corazón; ella lo había hecho capaz de soportar los rigores de la aflicción, en lugar de vencerlos.

La desgracia le había enseñado, por una especie de simpatía, a ser sensible<sup>(13)</sup> a las desgracias ajenas. Los ingresos de su curación fueron mediocres; y lo que le quedaba de los bienes divididos y reducidos de sus antepasados era poco probable que lo aumentara. Aunque no siempre estuvo en su poder para satisfacer las necesidades de los necesitados, su tierna compasión y santa conversación nunca dejaron de brindar algún consuelo a los afligidos. En estas ocasiones, las tiernas y delicadas emociones de su alma muchas veces le

han hecho decir que, si el voluptuoso hubiera experimentado alguna vez estas sensaciones, nunca podría renunciar al placer de hacer el bien. - "Ignorancia de los verdaderos placeres, dijo, conduce más a menudo al vicio que a la tentación de la falsificación " .

Laluc tuvo un hijo y una hija que eran demasiado pequeños cuando su madre murió para lamentar su pérdida. Los amaba con especial ternura, como a los hijos de una mujer cuya muerte nunca dejó de llorar; y durante algún tiempo su única diversión fue observar el desarrollo gradual de sus mentes infantiles e inclinarlas hacia la virtud. Encerró su dolor en lo más profundo de su corazón;<sup>(14)</sup> nunca molestaba a los demás con sus lamentos, y muy raras veces ni siquiera mencionaba a su esposa. Su dolor era demasiado puro para el ojo común. A menudo se retiraba a la vasta soledad de las montañas; y, en medio de esta formidable y majestuosa escena, recordó el recuerdo del pasado y se abandonó al placer del dolor. Después de sus pequeñas excursiones, siempre estaba más tranquilo y más satisfecho. Una suave tranquilidad, que incluso se acercaba a la felicidad, se extendió por su alma, y sus modales se sintieron con mayor porción de benevolencia. Cuando contemplaba a sus hijos y los besaba tiernamente, a veces dejaba escapar una lágrima; pero era una lágrima de tierno pesar, que no tenía el tinte de las oscuras cualidades del dolor y que era preciosa para su corazón.

Tras la muerte de su esposa, se llevó a casa a una hermana soltera, una niña honesta y cuerda, que estaba muy interesada en la felicidad de su hermano. Sus cariñosas atenciones y juiciosa conducta habían advertido<sup>(15)</sup> el efecto del tiempo, para aliviar su dolor, y el asiduo cuidado que prodigaba a sus hijos, demostrando la bondad de su alma, la hicieron aún más querida por su hermano.

Fue con un placer inexpresable que este último creyó ver en los rasgos nacientes de Clare el parecido con su madre. No tardó en desarrollar la misma delicadeza en sus modales y la misma gentileza de carácter; y, a medida que avanzaba en años, sus acciones le recordaron tan vívidamente a su esposa que lo sumergieron en ensoñaciones que absorbieron toda su alma.

Pasó su vida en paz, ocupado con los deberes de su parroquia, la educación de sus hijos y la investigación filosófica. La tierna melancolía, con la que la aflicción había marcado su alma, se le había vuelto muy querida por la larga costumbre, y no la habría cambiado por el más brillante sueño de quimérica felicidad. Cuando estaba molesto por algún incidente momentáneo, encontró su consuelo en regresar sus pensamientos a la persona a la que había amado tanto; y cediendo<sup>(dieciséis)</sup> a una dulce tristeza que los vulgares llaman romántica, poco a poco recuperó la tranquilidad. Este era el placer secreto al que había recurrido, el placer solitario que disipaba los dolores y las aflicciones del momento, que elevaba su alma por encima de este mundo engañoso, para ofrecerle la perspectiva de un mundo más sublime.

Su castillo estaba situado a orillas de un pequeño lago, casi rodeado por montañas de una altura prodigiosa, cuyas extrañas proyecciones formaban un espectáculo singularmente sublime y majestuoso.

Por el lado del lago, casi frente al castillo, las montañas parecían retroceder, y dejaban ver una larga cadena de variados Alpes y las innumerables sombras que ofrecían estos últimos. Algunos cubiertos con nieblas del color del cielo, otros con un hermoso tinte púrpura y otros que solo muestran luz diurna parcial, dieron un color encantador al resto de la escena.

La felicidad de Laluc fue ver felices a sus hijos; y, en una de sus excursiones a Ginebra, adonde había ido<sup>(17)</sup> visitando a los parientes de su difunta esposa, compró un laúd para Clare. Ella lo recibió con una gratitud indescriptible; y, habiendo aprendido una melodía, voló hacia sus queridas acacias, y la tocó tantas veces que se olvidó de todo lo demás, sus pequeños deberes domésticos, sus libros, el dibujo: la hora misma que su padre le dedicó. educación, y adónde iba, con su hermano, en la biblioteca, para compartir sus lecciones; esa hora, dije, también fue olvidada. Laluc no dijo nada. Mademoiselle Laluc no estaba contenta de que su sobrina descuidara sus deberes domésticos y quería reprenderla; pero Laluc le rogó que no lo hiciera. "Permita que la experiencia", dijo, "le muestre su error; los preceptos apenas convencen a los jóvenes".

Mademoiselle respondió que la experiencia fue un tutor muy lento. "¡Pero también es seguro! respondió Laluc; ya menudo es el más rápido de todos. Además, cuando la experiencia no puede causarnos un daño grave, es mejor confiar en ella".

Clare pasó el segundo día como<sup>(18)</sup> primero, y el tercero como el segundo. Entonces supo tocar varias melodías; fue a ver a su padre y le contó lo que había aprendido.

En la cena, la crema no estaba lista y no había fruta en la mesa. Laluc preguntó la razón. Clare lo recordó y se sonrojó. Se dio cuenta de que su hermano estaba ausente, pero no dijo nada. Hacia el final de la comida apareció. Su rostro expresaba una extraordinaria satisfacción; pero se sentó sin decir nada. Clare le preguntó qué le había impedido venir a cenar, y se enteró de que había estado con una familia pobre del barrio, para traerle la ayuda que su padre le daba semanalmente. Laluc había confiado el cuidado de esta familia a su hija, y ella debía traerles el pequeño necesario el día anterior; pero ella solo había pensado en la música.

"¿Cómo encontraste a la mujer", dijo Laluc a su hijo? Más mal, respondió; porque no había recibido sus medicinas con regularidad y los niños tenían poco o nada para comer hoy".

Clare estaba enojada. "¡Nada para comer! se dice a sí misma. He estado todo el día<sup>(19)</sup> nacido para tocar el laúd bajo las acacias, a orillas del lago". Su padre

fingió no notar su emoción, pero se volvió hacia su hijo. "Cuando la dejé, estaba mucho mejor", dijo este último; las medicinas que le traje la aliviaron, y tuve el placer de ver a sus hijos dar una buena cena ".

Clare, quizás por primera vez, envidiaba su placer; su corazón estaba apesadumbrado y estaba en silencio. "¡Nada para comer hoy! pensó. "

Se retiró tristemente a su habitación. La dulce serenidad con la que solía irse a la cama se había desvanecido; porque ya no podía recordar el día anterior con satisfacción.

"¡Qué lástima", dijo, "que algo que me agrada tanto me esté causando tanto dolor! ¡Este laúd es mi delicia y mi tormento! " Este reflejo excitó muchos movimientos en su pecho; pero se durmió antes de tomar partido.

Se despertó temprano a la mañana siguiente y esperó con impaciencia el<sub>[20]</sub> progreso del día. Apareciendo finalmente el sol, se levantó; y, decidida a expiar su primera negligencia por todos los medios posibles, voló a la cabaña.

Permaneció allí durante un tiempo considerable; y cuando regresó al castillo, su rostro había recuperado su acostumbrada serenidad. Sin embargo, decidió no tocar su laúd durante el día.

Mientras esperaba el almuerzo, se ocupó de atar las flores y podar las ramas sobrantes; se encontró, sin darse cuenta, debajo de sus queridas acacias, al borde del lago. "¡Ah! dijo con un suspiro que el aire que aprendí ayer tendría un buen efecto en el agua ". Pero recordó su resolución y detuvo los pasos que sin saberlo había dado hacia el castillo. Fue a ver a su padre a la biblioteca a la hora habitual, y vio, por el discurso que le dio a su hermano sobre las lecturas de los dos días anteriores, que había perdido algunas lecciones muy interesantes. Le rogó a su padre que le dijera de qué se trataba; pero él respondió con calma que ella había anticipado<sub>[21]</sub> tuvo otra diversión durante la discusión del tema, y que tuvo que resignarse a ignorarlo. "Le gustaría", dijo, "cosechar la recompensa del estudio en las diversiones de la ociosidad; aprende a ser razonable ... y no esperes poder unir los opuestos ".

Clare sintió lo correcto de este reproche y recordó su laúd. "¡Que él fue la causa del bien del mal! dijo ella con un suspiro. Sí, estoy decidido a no tocarlo hoy; Demostraré que soy capaz de resistir una inclinación, cuando vea que es necesario ". Resuelto así, se dedicó a estudiar con más asiduidad de lo habitual.

Se mantuvo firme en su resolución y hacia el final del día salió al jardín para relajarse. La tarde era tranquila y extraordinariamente hermosa; se podía oír, a intervalos, sólo el leve ruido de las hojas (que hacía más majestuoso el silencio) y los lejanos murmullos de los torrentes que rodaban por las rocas. Mirando las orillas del lago, el sol se esconde detrás de los Alpes, cuya cima<sub>[22]</sub> tenía un tinte de oro y púrpura; considerando los últimos rayos de luz, reflejados en la superficie de las aguas que no fueron movidas por el menor aliento,



suspiró. "¡Oh! que el sonido de mi laúd, dijo, sería realmente agradable en este lugar, ¡y mientras todo está tan tranquilo a mi alrededor! "

La tentación fue demasiado grande para Clare; corrió al castillo, regresó con el instrumento hacia las acacias. Jugaba a la sombra de sus hojas, hasta que la oscuridad de la noche hizo desaparecer el entorno; pero apareció la luna y, arrojando una luz temblorosa sobre el lago, hizo la escena más interesante.

Era imposible dejar un lugar tan encantador; Clare repitió varias veces sus canciones favoritas. La belleza de la naturaleza excitó todo su genio; nunca antes había jugado con tal expresión; y escuchó con éxtasis las notas que languidecían en la superficie de las aguas y luego se perdían en la distancia. Ella estaba encantada. "No, no había nada más delicioso que tocar el laúd<sup>[23]</sup> bajo estas acacias, a la orilla del lago ya la luz de la luna! "

Cuando regresó al castillo, la cena había terminado. Laluc se había fijado en Clare y no había querido que lo interrumpieran.

Cuando pasó el entusiasmo, recordó que había roto su resolución y la idea le dolió. "Me jactaba", dijo, "de que podía resistir mis inclinaciones, y era lo suficientemente débil como para ceder a sus impulsos. Pero, ¿qué daño he hecho esta noche al rendirme? No descuidé ningún deber, ya que no tenía ninguno que cumplir. ¿De qué me puedo culpar? Habría sido ridículo ceñirme a mi resolución y negarme un placer, cuando no había razón para esta privación "

Hizo una pausa por un momento, insatisfecha con este razonamiento. Luego retomando el hilo de sus reflexiones: "¡Pero cómo! añadió, ¿estoy segura de que me habría resistido a mis inclinaciones si hubiera habido alguna razón para ello? Si la pobre familia que descuidé ayer no se hubiera provisto hoy, creo que la habría olvidado nuevamente, mientras<sup>[24]</sup> que estaba tocando el laúd junto al lago "

Luego le recordó a su mente todo lo que su padre le había dicho en diferentes ocasiones, sobre la necesidad de controlar sus pasiones, y sintió algo de dolor.

"No", dijo, "si no considero la observancia de una resolución que he formado solemnemente como razón suficiente para resistir mis inclinaciones, temo que ningún otro motivo pueda detenerme". Había resuelto firmemente no tocar mi laúd hoy, y me faltaba firmeza. Mañana quizás me sienta tentado a descuidar algún deber; porque descubrí que no podía contar con mi propia prudencia. Como no puedo vencer la tentación, quiero evitarla "

A la mañana siguiente le llevó su laúd a Laluc y le rogó que se lo devolviera, o al menos que se lo quedara, hasta que aprendiera a dominar sus pasiones.

Sus palabras conmovieron profundamente a Laluc. —No, Clare —dijo—, no tengo que volver a coger tu laúd; el sacrificio que quieres hacer<sup>[25]</sup> demuestra que te mereces mi confianza. Conserve este instrumento; ya que tienes la

determinación suficiente para abandonarlo, cuando te distraiga de tus deberes, estoy convencido de que tendrás lo suficiente para resistir su influencia, ahora que él ha regresado a ti".

Estas palabras le dieron a Gare un placer que nunca había experimentado; pero ella creía que para merecer este elogio era necesario consumir el sacrificio que había comenzado. En el virtuoso entusiasmo del momento, los placeres de la música fueron absorbidos por el de obtener merecidos elogios; y, al rechazar el laúd que se le ofreció, experimentó sensaciones exquisitas. "Mi querido papá", dijo ella con los ojos llenos de lágrimas, "permíteme hacerme digna de los elogios que me concedes, y entonces seré realmente feliz".

Laluc ne la vit jamais si semblable à sa mère que dans cet instant; et l'embrassant tendrement, il pleura quelque temps en silence. Quand il fut en état de parler: «Vous méritez déjà mes éloges, dit-il; et je vous rends votre luth pour récompense de la conduite<sup>(26)</sup> qui y a donné lieu.» Cette scène rappela à Laluc des choses trop tendres pour son cœur; et, rendant l'instrument à Clare, il quitta subitement la chambre.

El hijo de Laluc, un joven que prometía mucho, estaba destinado por su padre al estado eclesiástico, y había recibido de él una excelente educación, que sin embargo se consideró necesaria para terminar en una universidad. Laluc había elegido el de Ginebra. Su propósito no era solo hacer que su hijo aprendiera, sino también darle todas las cualidades que hacen que un hombre sea digno. Todavía lo había acostumbrado, desde su niñez, al trabajo y al afán; a medida que avanzó en años, le hizo tomar ejercicios varoniles, lo instruyó en las artes útiles, así como en las ciencias abstractas.

Era de carácter orgulloso y ardiente; pero tenía un corazón generoso. Esperó el momento en que iba a ver Ginebra, y el nuevo mundo que iba a encontrar allí, con toda la impaciencia de la juventud; y el placer que le proporcionó esta espera le impidió pensar en los arrepentimientos que de otro modo habría sentido al separarse de su familia.<sup>(27)</sup>

Un hermano de la difunta Madame Laluc, que nació inglesa, residía en Ginebra. Bastaba estar relacionado con su esposa, tener derechos sobre el corazón de Laluc; por eso siempre había mantenido correspondencia con el señor Andeley, aunque la diferencia en sus personajes y su forma de pensar nunca había creado una gran amistad entre ellos. Luego, Laluc le escribió para comunicarle sus intenciones de enviar a su hijo a Ginebra y confiarlo a su cuidado. El señor Andeley había respondido amistosamente a esta carta; y poco después, uno de los conocidos de Laluc que tenía negocios en Ginebra, resolvió enviar a su hijo con ella. La separación fue dolorosa para el padre y casi insoportable para Clare. La señorita Laluc estaba angustiada y se ocupó de poner una cantidad suficiente de remedios en su baúl; también se esforzó mucho en

explicarle sus virtudes y las diversas enfermedades en las que podían ser útiles; pero se cuidó de dar estas instrucciones en ausencia de su padre.

Laluc y su hija acompañaron al<sup>[28]</sup> joven a caballo hasta la siguiente ciudad, que estaba a unas ocho millas de Leloncourt; y allí, repitiendo todos los consejos que ya le había dado para su futura conducta, y cediendo nuevamente a la ternura paterna, Laluc se despidió. Clare lloró y sintió más pena por esta separación de la que debería haberle causado; pero era casi la primera vez que experimentaba dolor y, naturalmente, se rindió a su influencia.

Laluc y Clare regresaron, guardando un sombrío silencio; el día estaba a punto de terminar, cuando vieron el lago y luego el castillo. Nunca antes había parecido oscuro; pero ahora Clare caminaba sola por todos los apartamentos donde estaba acostumbrada a ver a su hermano, y recordaba un sinfín de pequeñas circunstancias que ella habría considerado poco si él hubiera estado presente, pero que su imaginación valoraba actualmente. El jardín, los paisajes que lo rodeaban, todo tenía un aspecto melancólico; tardaron mucho en retomar su carácter natural y Clare en recuperar su vivacidad.<sup>[29]</sup>

Habían pasado casi cuatro años desde esta separación, cuando una noche, mientras mademoiselle Laluc y su sobrina trabajaban en la habitación, una buena mujer del barrio quiso hablar con ellas. Vino a pedir un medicamento y a consultar a Mademoiselle Laluc. "Ha habido un triste accidente en nuestra casa, mademoiselle", dijo; en verdad, ¡la pobre niña me tiene lástima! "- le dijo Mademoiselle Laluc que se explicara, y la buena mujer agregó que su hermano Pierre, a quien no veía desde hacía varios años, había llegado, y que había traído consigo a una joven que creía que estaba al borde de la muerte. Ella describió su enfermedad y le informó de las peculiaridades de su historia, que Pierre le había contado, sin dejar de exagerarlas.

Esta historia le pareció muy extraordinaria a Mademoiselle Laluc; pero la compasión que le inspiraba la triste situación del joven enfermo, le hizo tomar más<sup>[30]</sup> amplia información sobre este asunto. "¿Quiere que vaya, señorita?" —dijo Clare, que había escuchado con tierna compasión lo que había dicho la pobre mujer. Déjame ir allí; debe necesitar ayuda, y me gustaría ver cómo está ". Mademoiselle hizo algunas preguntas más sobre su enfermedad; después de lo cual, quitándose las gafas, se puso de pie y dijo que iría ella misma. Clare quería acompañarlo. Se pusieron los sombreros y siguieron a la buena mujer hasta la cabaña donde estaba Adeline, a una habitación muy pequeña, en una cama miserable, pálida, demacrada e insensible a todo lo que la rodeaba. Mademoiselle Laluc se volvió hacia la mujer y le preguntó cuánto se encontraba en ese estado: al mismo tiempo, Clare se acercó a la cama; y tomando su mano casi muerta que descansaba sobre la manta, miró fijamente su rostro. "Ella no siente nada", dijo; ¡pobre criatura! Me gustaría que estuviera en el castillo; estaría allí más cómodamente y yo podría cuidar de ella ". La mujer respondió a Mademoiselle

Laluc que allí<sup>(31)</sup> Pasaron varias horas que la señorita estuvo en este estado. Mademoiselle le tomó el pulso y negó con la cabeza. "Esta habitación es muy pequeña", dijo. "¡Muy pequeña, de verdad! —exclamó Clare cálidamente—. Seguramente estaría mucho mejor en el castillo si pudiera ser transportado allí.

"Ya veremos", dijo su tía. Mientras tanto, déjame hablar con Pierre; Han pasado muchos años desde que lo vi ". Salió al pasillo y la mujer salió a llamarla. Cuando se fue, "Este es un hogar triste para ese pobre extraño", dijo Clare; nunca se curará en este lugar: te ruego, tía mía, que la lleves a nosotros; Estoy seguro de que mi padre no se arrepentirá. Además, hay algo en su rostro, por insensible que sea, que me advierte a su favor ".

"¿Nunca conseguiré", dijo la tía, "destruir en ti esa disposición romántica de juzgar a la gente por su semblante?" No es muy importante saber cuál es su figura;<sup>(32)</sup> basta que esté en un estado deplorable, para que yo quiera ayudarla; pero primero me gustaría hacerle a Pierre algunas preguntas sobre él ".

"Gracias, mi querida tía", dijo Clare; por tanto, ¿lo haremos transportar? " Mademoiselle Laluc iba a responder; pero entró Pierre y, dando testimonio del placer que sentía al verla, preguntó cómo estaban el señor Laluc y Clare. Clare felicitó a este honesto chico por su regreso a su país natal: él respondió a sus felicitaciones, expresando varias veces su sorpresa al verla *tan grande* . "Aunque te he llevado tantas veces en mis brazos, nunca te habría reconocido. ¡Las ramas jóvenes crecen tan rápido, como dijimos! "

Mademoiselle Laluc preguntó entonces sobre las peculiaridades de la historia de Adeline, y Pierre le contó todo lo que sabía al respecto; saber que su antiguo amo la había encontrado en un estado de angustia y que él mismo la había sacado de la abadía para protegerla de la persecución de un marqués francés.<sup>(33)</sup>

La sencillez del discurso de Pierre no le permitió sospechar su veracidad, aunque varias veces las circunstancias que relató despertaron toda su sorpresa y lástima. Clare solía tener lágrimas en los ojos durante el transcurso de esta historia; y, cuando terminó, dijo: "Mi querida tía, estoy convencida de que cuando mi padre se entere de la historia de esta infortunada mujer, no se negará a ser su padre, y yo seré su hermana".

"Se lo merece", dijo Pierre, "porque realmente es una buena chica". Luego se detuvo mucho en su elogio, que fue extraordinario para él. "Voy a consultar a mi hermano por su cuenta", dijo Mademoiselle Laluc, levantándose; Sin duda, debería colocarse en una habitación más ventilada. El castillo está tan cerca de aquí que se puede transportar sin correr ningún riesgo ".

"Dios la bendiga, mademoiselle", dijo Pierre, frotándose las manos, "por la amabilidad que desea tener para mi pobre jovencita".

Laluc acababa de regresar de su profesional<sup>{34}</sup>menade por la tarde, cuando llegaron al castillo. Su hermana le dijo dónde había estado y le contó la historia de Adeline y su situación actual. —Sin duda, haz que la traigan aquí —dijo Laluc, cuyos ojos daban testimonio de la sensibilidad de su corazón—: la atenderán mejor aquí que en la cabaña de Suzanne.

"Sabía que dirías eso, querido papá", dijo Clare; Voy a prepararle la cama verde ".

"Un poco de paciencia, mi sobrina", dijo Mademoiselle Laluc; no hay necesidad de apresurarse tanto; hay algo que considerar primero; pero eres joven y romántico ". Laluc sonríe. —La noche ya ha comenzado —respondió mademoiselle—, por eso sería peligroso transportarla esta noche. Prepararemos una habitación para ella mañana por la mañana y la llevaremos aquí. Mientras tanto, voy a preparar un medicamento que, creo, le hará bien ". Clare accedió a regañadientes a esta demora y mademoiselle Laluc se retiró a su estudio.

A la mañana siguiente, Adeline, bien envuelta en mantas, fue transportada al castillo, donde la buena La<sup>{35}</sup>Luc ordenó que se tomara todo el cuidado posible de ella, y que Clare la cuidó con una ternura y una diligencia incomparables. Permaneció en un estado de letargo durante la mayor parte del día; pero al anochecer respiró más libremente; y Clare, que la cuidaba junto a su cama, tuvo por fin el placer de comprobar que había recuperado el uso de sus sentidos. Fue el estado en el que lo dejamos, para dar esta relación del venerable Laluc y su familia. El lector verá más adelante que sus virtudes y su amistad con Adeline eran bien dignas de tal digresión a su favor.<sup>{36}</sup>

---

## CAPITULO DOS.

ADELINE, con la ayuda de un buen temperamento y las tiernas atenciones de sus nuevos amigos, se encontró lo suficientemente bien, en una semana, para salir de su habitación. Fue presentada a Laluc, a quien vio derramar lágrimas de gratitud; le agradeció su amabilidad con tanto cariño, y al mismo tiempo con tanta sencillez, que le interesó más a su favor. Durante el progreso de su convalecencia, la gentileza de sus modales se había ganado por completo su corazón en Clare y había inspirado un gran interés en su tía. Las historias que contó sobre Adeline y los elogios que le dio Clare habían excitado la estima y la curiosidad de Laluc. La recibió con una expresión de benevolencia que trajo paz y consuelo a su corazón.<sup>{37}</sup> la ignorancia o la falta de atención no le habían comunicado, suprimiendo, tal vez por una falsa delicadeza, la admisión de su

apego a Theodore. Estas circunstancias le habían sido repetidas a Laluc, quien, siempre sensible a las desgracias ajenas, estaba particularmente interesado en los extraordinarios sufrimientos de Adeline.

Llevaba casi dos semanas en el castillo, cuando una mañana Laluc quiso hablar con ella en particular. Ella lo siguió a su estudio y luego él le dijo, de la manera más delicada, que, como había sido infeliz como padre, deseaba que ella lo considerara en adelante como su padre y su casa como suya. "Tú y Clare también serán mis hijas", agregó; "Estaré muy feliz de tener hijos así ". Las violentas emociones de sorpresa y gratitud impidieron durante algún tiempo a Adeline pronunciar alguna palabra. "No me des las gracias", dijo Laluc; "Entiendo todo lo que le gustaría decir, y también sé que solo estoy cumpliendo con mi deber: agradezco a Dios por haberme hecho encontrar mi placer.<sup>[38]</sup> con mi deber ". Adeline se secó las lágrimas que su bondad había provocado y se dispuso a hablar; pero Laluc le estrechó la mano; y, volviéndose para ocultar su emoción, salió de la habitación.

Por tanto, se consideraba que Adeline pertenecía a la familia; y habría encontrado felicidad en la ternura paternal de Laluc, en el afecto de Clare y la consideración constante de Mademoiselle Laluc, si su continua preocupación por la suerte de Theodore, de la que ella tenía menos esperanzas que nunca de aprender la noticia en esta soledad, no la había socavado interiormente, y no había llenado de amargura todos sus momentos de reflexión. Incluso cuando el sueño borró la memoria del pasado durante algún tiempo, su imagen a menudo se presentaba en su mente, acompañada de todas las exageraciones del terror. Lo vio encadenado, confundido con los más viles sinvergüenzas, o llevado a la muerte con todo el terrible aparato de los criminales;<sup>[39]</sup> lo abrumó y lo despertó con un sobresalto.

Una paridad de gusto y carácter lo unía a Clare; sin embargo, el dolor que la consumía era de una naturaleza demasiado delicada para que ella lo descubriera, y nunca había mencionado a Theodore, ni siquiera a su amiga. Su enfermedad la había vuelto débil y lánguida, y la ansiedad continua en su alma ayudó a prolongar esta situación. Intentó de todas las formas imaginables desviar sus pensamientos del triste objeto que era la causa, y a menudo lo consiguió. Laluc tenía una excelente biblioteca, y las instrucciones que allí se encontraban satisfacían su amor por la ciencia y borraban recuerdos dolorosos de su mente. Su conversación también fue otro recurso para ella contra el dolor.

Pero su principal diversión era recorrer los sublimes escenarios del campo circundante, a veces con Clare, aunque muy a menudo sin otra compañía que la de un libro. De hecho, hubo momentos en que la conversación de su amiga le impuso una dolorosa reserva; en cambio que cuando<sup>[40]</sup> abandonada a sus reflexiones, prefirió ir sola en medio de las escenas cuya solitaria grandeza aliviaba la tristeza de su corazón. Allí recordó toda la conducta de su amado

Theodore, y trató de recordar su rostro, su aire y sus modales. A veces este recuerdo le hacía llorar; y luego, reflexionando de repente que quizás ya había sufrido una muerte ignominiosa en relación con ella, como consecuencia incluso de las acciones que le habían demostrado su amor, una terrible desesperación se apoderó de su alma, y, deteniendo el curso de sus lágrimas, amenazó con romper todas las barreras que el coraje y la razón pudieran oponerse.

Temiendo entonces abandonarse a sus propios pensamientos, regresó apresuradamente a la casa y, con un esfuerzo desesperado, intentó perder el recuerdo del pasado en la conversación de Laluc. Cuando este último observó su melancolía, lo atribuyó al sentimiento del trato cruel que había recibido de su padre; una circunstancia que, al despertar su compasión, la hizo aún más querida para su corazón. Mientras que<sup>(41)</sup> el amor que mostraba en sus momentos más tranquilos por la conversación razonable, proporcionó una nueva fuente de diversión, al cultivar un espíritu ardiente por la ciencia y susceptible a todas las impresiones de genio, encontró un placer melancólico en escuchar las tiernas melodías que Clare tocaba en su laúd, ya menudo tranquilizaba su mente repitiendo las que había oído.

La delicadeza de sus modales, tan análoga al carácter pensativo de Laluc, cautivó el corazón de este buen anciano e inspiró en él una ternura que consoló a esta infortunada, y no tardó en ganarse toda su confianza y todo su cariño. Vio con dolor el deterioro de su salud y unió sus esfuerzos a los de su familia para divertirla y animarla.

La agradable sociedad de la que disfrutaba y la tranquilidad del campo finalmente devolvieron la calma a su mente. Entonces conoció todos los paseos salvajes de las montañas vecinas, y nunca se cansó de contemplar su sublime grandeza. En sus carreras solitarias casi siempre tuvo<sup>(42)</sup> un libro con ella, de modo que, si sus pensamientos estaban fijos en el único objeto de su dolor, los desviaría hacia un tema menos peligroso para su paz. Había progresado en el idioma inglés cuando estaba en el convento para su educación, y las instrucciones de Laluc, que conocía bien el idioma, sirvieron para perfeccionarlo. Tenía debilidad por los ingleses y su biblioteca contenía una colección de sus mejores autores, en particular sus filósofos y poetas. Adeline advirtió que ningún género literario era más adecuado para distraer su mente de la contemplación de sus desgracias que la alta poesía; y su gusto no tardó en mostrarle lo superiores que eran los ingleses en este género a los franceses. El espíritu del idioma, quizás más que el de la nación,

Una noche, mientras Clare estaba ocupada en casa, Adeline deambulaba sola por un lugar favorito, entre las rocas que bordeaban el lago. Mientras ella se complacía con estúpidas delicias<sup>(43)</sup> tentación de este magnífico espectáculo, escuchó el sonido de un cuerno de caza; y, mirando al lago, vio a cierta distancia una embarcación de recreo. Como este espectáculo no era común en esta soledad,

imaginó que se trataba de una compañía de desconocidos que habían venido con la intención de ver los maravillosos escenarios del país, o quizás ginebrinos que deseaban divertirse en un lago tan majestuoso como el de ellos, aunque no de tanta extensión; y esta última conjetura fue bastante justa.

Al escuchar los encantadores y melosos sonidos del cuerno, que se perdían imperceptiblemente en la lejanía, la escena le pareció más atractiva y no pudo resistir la tentación de pintar en verso objetos que le ofrecían tantos encantos.

## POSICIONES.

Oh como la profunda inmensidad de este lago  
¡Repite y suaviza el azul brillante de los cielos!  
Qué rocas amenazadoras se inclinaban sobre su ola,  
¡Mis ojos están aterrorizados por su escena salvaje!

Ya hacia el horizonte el sol que baja  
Desde lo alto de los bosques doran las ramas verdes,<sup>[44]</sup>  
Mientras de las alturas desciende una espesa sombra  
Cuyo velo se extiende sobre la faz de las aguas.

Ver como un rayo de su luz brillante  
Ve a golpear las almenas de esta vieja torre,  
Quien desde lo alto de este manto levantando su cabeza altiva,  
Vea cómo el bosque circundante se vuelve marrón a sus pies.

Las almenas luminosas, la torre ya en las sombras,  
La roca y la madera sobre la que está rematada,  
En la suave luz de un reflejo semi-oscuro,  
Su bella durmiente se duplica en medio de las olas.

El sol brilla lejos del sol  
La mesa de líquidos se oscurece gradualmente;  
Y el telón de la tarde, cuyos colores se están agotando,  
En la cima de las rocas se estira y se oscurece.

Escucho un cuerno a lo lejos sonando en la orilla.  
¡Qué tono más melancólico! ..... golpeará las montañas;  
Y el eco sensible, en su cueva quejumbrosa,  
En coros lánguidos se repiten los últimos sonidos.

¡Hola, sombra de la tarde! la calma donde me sumerges  
Ha penetrado en mi corazón con tus poderosos encantos;  
Está conmovido, conmovido y por los sueños más bellos  
La imaginación deleita todos mis sentidos.

Laluc, habiendo notado cuánto agradaban las perspectivas del país a Adeline, y deseando distraer su melancolía que, a pesar de sus esfuerzos, a



menudo era demasiado aparente, resolvió mostrarle otras escenas que aquellas en las que estaba circunscrito. Propuso una parte de la cabalgata para examinar más de cerca los glaciares: ir allí a pie ofrecía dificultades y fatiga por encima de las fuerzas de Laluc en el estado actual de su salud, así como por encima.<sup>(45)</sup> los de Adeline. No estaba acostumbrada a ir sola a caballo, y los senderos montañosos por los que debían pasar hacían peligrosa esta experiencia; pero escondía sus aprensiones, que además no eran lo suficientemente fuertes como para hacerle renunciar a un placer como el que le ofrecía.

El día siguiente fue fijado para esta excursión. Laluc y su compañía se levantaron temprano por la mañana; y, después de un almuerzo ligero, partieron hacia el glaciar Montanvert, que se encontraba a algunas leguas de distancia. Pierre llevaba una cesta de provisiones y su plan era cenar en algún lugar agradable.

Es innecesario describir el entusiasmo de Adeline, la alegría pacífica de Laluc y los transportes de Clare, mientras las escenas de este país romántico pasaban ante sus ojos. A veces envueltos en una grandeza sombría y oscura, no ofrecían más que rocas espantosas y cataratas que se precipitaban desde sus cumbres hacia valles profundos y estrechos, a través de los cuales rodaban sus aguas.<sup>(46)</sup> espuma que salió rugiendo, para llegar a lugares inaccesibles para los mortales; a veces tenían un aspecto menos salvaje: los rasgos duros de la naturaleza se entremezclaban con la pompa de los huertos y el verdor de los campos; y mientras la nieve se congelaba en la cima del monte, la vid florecía a sus pies.

Engagés dans une conversation intéressante, et entraînés par l'admiration du pays, ils voyagèrent jusqu'à midi, et cherchèrent ensuite un endroit agréable pour se reposer et prendre quelques rafraîchissemens. Ils aperçurent, à quelque distance, les ruines d'un bâtiment qui avait autrefois été un château; il était situé sur une pointe de rocher qui dominait une profonde vallée; et ses tours rompues, s'élevant au milieu des bois, dont elles étaient pour ainsi dire couvertes, augmentaient la beauté pittoresque de la scène.

L'édifice excitait la curiosité et invitait au repos. Laluc et sa compagnie s'en approchèrent; ils s'assirent sur l'herbe, à l'ombre de quelques grands arbres. Une ouverture à travers les<sup>(47)</sup> bois leur permettait de voir les Alpes dans le lointain. Il régnait le plus profond silence. Ils furent quelque temps plongés dans la méditation. Adeline ressentait une douce satisfaction qu'elle n'avait pas éprouvée depuis long-temps. Regardant Laluc, elle aperçut une larme couler le long de ses joues, tandis que l'élévation de son âme était peinte sur son visage. Il tourna alors ses yeux pleins de tendresse vers Clare, et fit un effort pour se remettre.

«Le calme et l'isolement de cette scène, dit Adeline, ces montagnes prodigieuses, la sombre grandeur de ces bois, ainsi que ce monument de gloire

passée, sur lequel la main du temps est si fortement empreinte, répandent dans l'esprit un enthousiasme sacré, et excitent des sensations vraiment sublimes.»

Laluc allait parler; mais Pierre, s'avançant, demanda s'il ne ferait pas bien d'ouvrir le bissac, parce qu'il s'imaginait que M. le curé et les jeunes demoiselles devaient avoir bien faim après avoir voyagé si loin, en montant et descendant, avant dîner. Ils reconnurent<sup>[48]</sup> la vérité de l'assertion de l'honnête Pierre, et acceptèrent son offre.

On étendit des rafraîchissemens sur l'herbe, et la compagnie, assise sous le dais mouvant des branches, environnée de la douce odeur des fleurs sauvages, respira l'air pur des Alpes, que l'on pourrait bien appeler un esprit d'air, et fit un repas que toutes ces circonstances lui firent trouver délicieux.

Quand ils se levèrent pour s'en aller: «Je ne peux, dit Clare, quitter cet endroit charmant. Qu'il serait agréable de passer sa vie à l'ombre de ces arbres, avec les amis qui nous sont chers!» Laluc sourit de la simplicité romanesque de cette idée; mais Adeline poussa un profond soupir, parce qu'elle lui représentait l'image de la félicité et de Théodore, et se tourna de côté pour cacher ses larmes.

Ils remontèrent sur leurs chevaux, et, bientôt après, ils arrivèrent au pied du Montanvert. On ne peut exprimer les émotions d'Adeline, en contemplant, sous différens points de vue, les objets étonnans dont elle était environnée; et la compagnie entière se trouvait trop affectée pour pouvoir jouir de<sup>[49]</sup> la conversation. Le profond silence qui régnait dans ces régions de la solitude inspirait la terreur, et ajoutait encore au sublime de la scène.

«Il semble, dit Adeline, que nous marchions sur les ruines du monde, et que nous soyons les seules personnes qui aient échappé de ce grand naufrage. J'ai peine à me persuader que nous ne sommes pas seuls sur la surface du globe.»

«La vue de ces objets, dit Laluc, élève l'âme vers leur créateur; et nous contemplons, avec des sentimens au-dessus de l'humanité, la majesté de sa nature dans la grandeur de ses ouvrages.» Laluc leva ses yeux baignés de larmes vers le ciel, et fut quelques momens dans une extase d'adoration.

Ils quittèrent ces scènes avec beaucoup de regret; mais l'heure du jour et l'apparence des nuages qui semblaient menacer d'une tempête, leur firent hâter leur départ. Adeline aurait presque désiré voir les formidables effets du tonnerre dans ces régions.

Ils retournèrent à Leloncourt par un autre chemin; et l'ombre des précipices suspendus sur leurs têtes,<sup>[50]</sup> était augmentée par l'obscurité de l'atmosphère. Il était nuit quand ils aperçurent le lac, et cette vue leur fit plaisir; car l'orage, qui menaçait depuis long-temps, s'avançait alors à grands pas: le tonnerre grondait au milieu des Alpes, et les noires vapeurs qui roulaient pesamment sur leurs flancs, leur donnaient une majesté plus imposante. Laluc aurait voulu redoubler le pas; mais comme le chemin allait en tournant sur le flanc escarpé d'une

montagne, il fallait user de précautions. L'air qui s'obscurcissait, et les éclairs qui couvraient l'horizon, commencèrent à faire peur à Clare; mais elle cacha sa frayeur, pour ne point donner de peine à son père. Il éclata au-dessus de leurs têtes un coup de tonnerre qui semblait avoir ébranlé les fondemens du globe, et qui retentit d'une manière terrible dans les montagnes d'alentour. Ce bruit épouvanta le cheval de Clare; il l'emporta avec une rapidité étonnante en bas de la montagne, vers le lac qui en baignait le pied. Il n'est pas au pouvoir de l'homme de décrire les angoisses de Laluc, qui suivait sa chute des yeux,<sup>(51)</sup> s'attendant continuellement à la voir en poussière au bas du précipice affreux qui bordait le chemin.

Clare se tint ferme sur son cheval; mais la frayeur l'avait presque privée de l'usage de ses sens. Ses efforts pour sa conservation étaient purement machinaux; car elle savait à peine ce qu'elle faisait. Cependant le cheval la porta, sans accident, jusqu'au bas de la montagne; mais il courait vers le lac, lorsqu'un voyageur qui passait l'attrapa par la bride. Ce mouvement subit jette Clare par terre; mais l'animal s'échappa des mains de l'étranger et se précipita dans le lac. La violence de la chute l'étourdit; le voyageur s'efforça de la relever, tandis que son domestique alla chercher de l'eau.

Elle ne tarda pas à recouvrer l'usage de ses sens; et, en ouvrant les yeux, elle se trouva entre les bras d'un homme qui paraissait la soutenir avec difficulté. La compassion peinte sur sa figure, lorsqu'il s'informa de sa santé, rappela ses esprits; et elle s'efforçait de lui faire ses remerciemens, quand Laluc et Adeline arrivèrent. Clare aperçut la frayeur sur le visage de son<sup>(52)</sup> père; et, toute faible qu'elle était, elle tâcha de se lever, et dit, avec un sourire forcé, plus propre à faire connaître qu'à cacher ses souffrances: «Mon cher papa, je ne me suis pas fait de mal.» La pâleur de ses traits et le sang qui coulait le long de ses joues démentaient ses paroles. Mais Laluc, à qui sa frayeur avait fait craindre le plus grand des maux, se réjouit de l'entendre parler; il rappela sa présence d'esprit; et, tandis qu'Adeline fit usage de son flacon d'odeur, il lui mouilla les tempes.

Quand elle fut un peu remise, elle lui raconta les obligations qu'elle avait à l'étranger. Laluc voulut lui témoigner sa reconnaissance; mais l'autre l'interrompit, et le pria de ne point lui faire de compliments pour avoir suivi une impulsion ordinaire d'humanité.

Ils n'étaient pas alors fort éloignés de Leloncourt; mais la nuit étendait déjà son voile sombre, et le tonnerre grondait dans les montagnes. Laluc ne savait comment reconduire Clare à la maison.

En s'efforçant de la relever, l'étran<sup>(53)</sup>ger avait laissé paraître des symptômes de douleur si évidens, que Laluc s'informa de ce qui lui faisait mal. La secousse que le cheval avait donnée au bras du chevalier, en s'échappant de ses mains, lui avait foulé l'épaule, et il ne pouvait presque plus se servir de son bras. Il souffrait considérablement; et Laluc, revenu de la crainte qu'il avait eue pour sa fille, fut

afecté de cet accident, et le pressa de venir avec lui jusqu'au village, où l'on pourrait lui procurer du soulagement. L'étranger accepta cette invitation; et Clare, étant enfin placée sur un cheval conduit par son père, fut ramenée au château.

Quand mademoiselle Laluc, qui attendait depuis long-temps son frère, aperçut la cavalcade s'approcher, elle fut alarmée, et ses appréhensions se confirmèrent quand elle vit l'état de sa nièce. Clare fut portée dans la maison, et Laluc aurait bien voulu envoyer chercher un chirurgien; mais il n'y en avait qu'à quelques lieues du village, et il n'y avait même aucun médecin plus à portée. Adeline aida Clare à monter dans sa chambre, où made<sup>(54)</sup>Moiselle Laluc examinó sus heridas. El resultado de este examen devolvió la paz a toda la familia, ya que, aunque estaba muy herida, no recibió ningún golpe peligroso; una pequeña contusión en la frente había producido la sangre que inicialmente había alarmado a Laluc. La señorita se comprometió a curar a su sobrina a los pocos días, mediante un bálsamo que ella misma compuso, y de cuyas virtudes hablaba con gran elocuencia, hasta que fue interrumpida. por Laluc, quien le recordó el estado de su paciente.

Mademoiselle, después de haber lavado las heridas de Clare y haberle dado un cordial de *inigualable* virtud, la dejó al cuidado de Adeline, que permaneció en su habitación hasta la hora de acostarse.

Laluc, cuyo ánimo había estado muy perturbado, se sintió reconfortado por el informe de su hermana sobre Clare. Le presentó al extraño; y, después de haber mencionado el accidente que le había sucedido, pidió que le ayudara de inmediato. Mademoiselle voló a<sup>(55)</sup>su gabinete; y no sé si le afectaron más profundamente los sufrimientos de su anfitrión que el placer de tener la oportunidad de mostrar sus conocimientos en el arte de la medicina. De todos modos, salió de la habitación con gran entusiasmo, y regresó de inmediato con una ampolla de su bálsamo *sin igual*. Después de dar información sobre cómo usarlo, dejó al extraño al cuidado de su sirviente.

Laluc insistió en que el Chevalier de Verneuil (tal era el nombre del extranjero) pasara la noche en el castillo, y él fácilmente consintió. Sus modales durante la noche fueron tan francos y atractivos como sinceras la hospitalidad y la gratitud de Laluc, y pronto entablaron una conversación interesante. El señor de Verneuil hablaba como un hombre que hubiera visto muchas cosas y reflexionó aún más; y cuando mostraba algún prejuicio en sus opiniones, eran los prejuicios de una mente que, habiendo observado los objetos con ojos de probidad, les daba un matiz de su cualidad dominante. Laluc era muy<sup>(56)</sup>satisfecho; pues, en su situación de aislamiento, apenas tuvo ocasión de saborear el placer que resulta de la comunicación de dos seres inteligentes. Observó que el señor Verneuil había viajado. Laluc le había hecho algunas preguntas sobre Inglaterra; mantuvieron una conversación sobre el carácter nacional de los

franceses y los ingleses, que se prolongó hasta bien entrada la noche, pero de la que prescindiremos de informar aquí.<sup>(57)</sup>

---

### CAPITULO III.

EL sueño había restablecido a Clare para que lorsqu'Adeline, ansioso por conocer el estado de su salud, se transportara por la mañana a su habitación, la encontró levantada, y lista para venir a almorzar con el resto de la familia. También apareció el señor Verneuil, pero sus ojos anunciaron que había descansado mal; en efecto, su brazo le había provocado dolores tan agudos durante la noche que había necesitado mucha determinación para soportarlo en silencio. Había hinchazón y un poco de inflamación, gracias al bálsamo de Mademoiselle Laluc, que, en este caso, había operado al revés. Toda la familia participó de sus sufrimientos; y Mademoiselle, conforme a los deseos del señor Verneuil, renunció a su bálsamo para sustituirlo por una cataplasma.

Este último remedio lo alivió en poco tiempo y se reunió con la compañía para almorzar con un aire más tranquilo. El placer que res<sup>(58)</sup>Laluc sintió que al ver a su hija fuera de peligro estallar en su rostro; pero no supo mostrar su gratitud a su curador. Clare expresó las emociones naturales de su corazón con modesta energía y astucia, y testificó lo enojada que estaba por el sufrimiento que estaba causando al Sr. Verneuil.

El placer que Laluc recibió de la compañía de su anfitrión, y la consideración del servicio esencial que éste le había prestado, junto con su natural hospitalidad, le hizo instar al señor Verneuil a pasar unos días en el castillo.

El Sr. Verneuil, que en el momento en que conoció a Laluc, viajaba desde Ginebra a una parte remota de Saboya, solo para ver el país, y luego quedó encantado con su anfitrión y todo lo que lo rodeaba, aceptó fácilmente esta invitación. En esta circunstancia, la prudencia se unió a sus inclinaciones; porque hubiera sido peligroso para él, y quizás incluso imposible, continuar su viaje a caballo en el estado en que se encontraba.

Era un hombre de unos treinta años.<sup>(59)</sup>seis años, rostro masculino, franco y agradable; un ojo agudo y penetrante, cuyo fuego templado por la benevolencia, revela los rasgos principales de su carácter; fue rápido para discernir las locuras de la raza humana, pero no le faltó la generosidad para disculparlas; y, aunque nadie era más sensible a un insulto que él, tampoco nadie estaba más dispuesto a aceptar las excusas de un adversario.

Nació en Francia. Una propiedad que había heredado recientemente le había permitido llevar a cabo el plan que le había sugerido su mente activa y ávida de investigación, de visitar las partes más notables de Europa. Le gustaba especialmente la belleza y lo sublime de la naturaleza. Suiza y los países circundantes le habían parecido los más adecuados para satisfacer tal gusto, y las escenas que le habían ofrecido le habían parecido muy superiores a todo lo que su ardiente imaginación le había imaginado: veía con los ojos de 'pintor, y sentido con alma de poeta.

En la casa de Laluc había encontrado la hospitalidad, la franqueza y la sencillez tan análogas al campo; Él<sup>(60)</sup> había encontrado en su venerable anfitrión la fuerza de la filosofía unida a los sentimientos más puros de la humanidad; una filosofía que le había enseñado a corregir sus sensaciones, y no a aniquilarlas: en Clare, la primera de la belleza unida a la más perfecta sencillez de corazón: y en Adeline, todos los encantos de la elegancia y la gracia, con una mente digna de la mejor educación. En la imagen de esta familia, no se olvida la benevolencia de Mademoiselle Laluc. La alegría y la armonía que reinaban en el castillo eran deliciosas; pero la filantropía que, teniendo su origen en el corazón del buen pastor, se había extendido por todo el pueblo y había unido a los habitantes en los más tiernos lazos del pacto social, tenía algo de divino. La belleza de la situación contribuyó con estas circunstancias a hacer, por así decirlo, Leloncourt un paraíso terrenal. M. Verneuil suspiró, pensando que tenía que dejarlo lo antes posible. "No tengo que buscar más", dijo; porque aquí la sabiduría y la felicidad se encuentran unidas ".<sup>(61)</sup>

Sin embargo, tuvimos que separarnos. Después de pasar una semana en el castillo, el Sr. Verneuil se despidió de Laluc y su familia; le hicieron prometer que, cuando regresara a Ginebra, pasaría por Leloncourt. Al recibir esta promesa, Adeline, que durante algún tiempo había notado el deterioro de la salud de Laluc, miró con tristeza su rostro lánguido e hizo una oración secreta para que pudiera vivir lo suficiente para recibir la visita del señor Verneuil.

Mademoiselle fue la única persona que no lamentó su partida; vio que los esfuerzos de su hermano para apoyar a su anfitrión estaban más allá de sus fuerzas, y se regocijó por la tranquilidad a la que estaba a punto de regresar.

Pero esta tranquilidad no impidió que Laluc enfermara; el desorden de su salud pronto tomó el aspecto de la tisis. Cediendo a las peticiones de su familia, se dirigió a Ginebra para consultar a la facultad, que recomendó el aire de Niza.

Sin embargo, tal viaje fue muy largo y, creyendo que su vida estaba en una condición demasiado precaria, vaciló. No le gustó<sup>(62)</sup> ni abandonar los deberes de su parroquia por un tiempo tan considerable como pudiera requerir la restauración de su salud; pero sus feligreses, que sintieron el costo de la vida de su pastor, fueron en masa para pedirle que fuera lo suficientemente bueno como para dejarlos por un tiempo. Era muy sensible a esta marca de su apego. Tan

obvia prueba de estima, junto con las solicitudes de su familia, y la consideración de que era su deber prolongar su vida lo más posible en relación con ella, eran un motivo demasiado poderoso para poder resistir, y se sentía decidido a partir hacia Italia.

Se decidió que lo acompañarían Clare y Adeline, cuya salud, en opinión de Laluc, necesitaba un cambio de aires y de escenario, y que Pierre los seguiría.

Le jour de son départ, un grand nombre de ses paroissiens s'assembla autour de la porte pour lui dire adieu. C'était une scène attendrissante; il pouvait se faire qu'ils ne se revissent jamais. Enfin Laluc, après avoir essuyé les larmes qui coulaient de ses yeux,<sup>[63]</sup> dit: «Ayons confiance en Dieu, mes amis; il a le pouvoir de guérir les maladies du corps et de l'esprit. Nous nous reverrons, si ce n'est pas dans ce monde, au moins, j'espère, dans un meilleur. Tâchons par notre conduite de mériter ce meilleur monde.»

Les sanglots des paroissiens ne leur permirent pas de faire de réplique. Il n'y avait aucun des habitans qui ne versât des larmes; car ils étaient alors presque tous rassemblés en présence de Laluc. Il leur prit à chacun la main: «Adieu, mes amis, leur dit-il, nous nous reverrons.—Dieu le veuille! s'écrièrent-ils tous d'une voix.»

Il monta ensuite à cheval; et Clare et Adeline étant prêtes, ils firent leurs derniers adieux à mademoiselle Laluc et quittèrent le château.

Laluc et sa petite compagnie s'avancèrent à petits pas, plongés dans le silence; silence trop agréable pour être sitôt rompu, et auquel ils s'abandonnèrent sans crainte d'interruption. La grandeur solitaire des scènes à travers lesquelles ils passaient, et le doux murmure des pins qui agitaient leurs branches altières, contribuaient davantage au plaisir de la méditation.<sup>[64]</sup>

Ils allèrent à courtes journées; et, après avoir voyagé pendant quelques jours au milieu des montagnes romantiques et des vallées champêtres du Piémont, ils parvinrent au riche comté de Nice.

Le jour était sur son déclin, quand les voyageurs, en tournant une saillie de cette chaîne des Alpes qui couronne l'amphithéâtre dont Nice est environné, découvrirent les vertes collines qui descendent jusqu'au rivage, la ville et son ancien château, et les vastes eaux de la Méditerranée, avec les montagnes de Corse, à la plus grande distance. Un tel spectacle était bien capable d'exciter l'admiration dans toutes les âmes: mais pour Adeline et pour Clare, la nouveauté et l'enthousiasme lui donnèrent de nouveaux charmes. L'air doux et salubre parut applaudir à l'arrivée de Laluc dans cette charmante région, et la sérénité de l'atmosphère promettre un été perpétuel. Ils descendirent enfin dans la petite plaine où est située la ville de Nice, et qui était la plus grande étendue de plat pays qu'ils eussent rencontrée depuis leur entrée en Italie. Adeline remarqua que les paysans de ces fertiles contrées avaient des visages<sup>[65]</sup> maigres et l'air

mécontent, triste contraste avec la surface du pays, et elle déplora les funestes effets d'un gouvernement arbitraire, où les richesses de la nature, destinées pour tous les habitans, sont accaparées par quelques individus, tandis que le plus grand nombre meurt de faim au milieu de l'abondance.

La ville perdit beaucoup de sa beauté lorsqu'ils s'en approchèrent de plus près: ses rues étroites et ses tristes maisons ne répondaient guère à ce que semblait promettre la vue éloignée de ses remparts et de son port rempli de vaisseaux. L'apparence de l'auberge où Laluc descendit, n'était pas de nature à lui donner plus de satisfaction; mais s'il fut surpris de trouver si peu de commodités dans une ville célèbre par le nombre de malades qui s'y réfugient de tous les pays de l'Europe, il le fut encore davantage lorsqu'il apprit la difficulté de s'y procurer des appartemens garnis.

Après bien des recherches, il trouva des logemens dans une maison, petite à la vérité, mais fort agréable, située à peu de distance de la ville: elle avait<sup>(66)</sup> un jardin, et une terrasse qui commandait une vue de la mer; et elle était remarquable par un air de propreté peu commun dans les maisons de Nice. Il convint aussi de manger avec la famille, où il se trouvait deux autres pensionnaires, homme et femme, et devint, de cette manière, habitant momentanément de ces beaux lieux.

Le lendemain matin, Adeline se leva de bonne heure pour satisfaire la nouvelle et sublime émotion que lui inspirait la vue de la mer, et alla avec Clare vers les collines qui en offraient une perspective plus étendue. Elles marchèrent quelque temps entre des coteaux élevés, et arrivèrent enfin à une éminence d'où le ciel, la terre, la mer, leur parurent dans toute leur splendeur.

Elles s'assirent sur le bord d'un rocher, à l'ombre de hauts palmiers, pour contempler à loisir cette scène magnifique. Le soleil ne faisait que de sortir de l'océan, sur lequel ses rayons répandaient un déluge de lumière, en donnant mille couleurs brillantes aux vapeurs qui s'élevaient dans l'air, et formaient ensuite de légers nuages,<sup>(67)</sup> laissant les eaux d'où elles sortaient, aussi claires que le cristal, excepté dans les endroits où les flots écumans se brisaient contre les rochers, et laissaient voir dans le lointain les voiles blanches des pêcheurs, et les montagnes de Corse couvertes d'un bleu céleste. Clare, au bout de quelque temps, tira son pinceau, mais le jeta de désespoir. Adeline, en revenant par un chemin romantique, lorsque ses sens ne furent plus absorbés par la contemplation de cette scène sublime, et tandis que son image était encore présente à sa mémoire, répéta les vers suivans.

LEVER DU SOLEIL.



## STANCES.

Laissez-moi m'égarer, à la naissante aurore,  
Parmi ces frais vallons couronnés de berceaux,  
Y respirer l'encens des bourgeons près d'éclorre,  
Et prêter mon oreille au doux bruit des ruisseaux.

J'irai me reposer au bord d'une onde claire,  
Où dort la violette au milieu des gazons,  
Où le lis qui s'entr'ouvre embaume l'atmosphère,  
Où la rose sauvage orne les verts buissons.

Ou bien j'irai gravir ce rocher qui s'avance  
Sur l'azur nébuleux de la mer en repos,  
Pour saisir du matin la première nuance,  
Et l'éclat empourpré qui tremble sur les eaux.<sup>(68)</sup>

Ah! qui pourrait d'un cœur peindre la douce extase,  
Quand soudain le soleil, s'élevant sur les mers,  
Eclaire tous les flots, ou plutôt les embrase,  
Et revêt de splendeur le dais de l'univers!

Ainsi nos jeunes ans, beau matin de la vie,  
Sont un brillant tableau de santé, de bonheur,  
Sur qui, pour s'emparer de notre âme ravie,  
L'imagination tient son prisme enchanteur.

Laluc, dans ses promenades, rencontra quelques compagnons sensés et agréables, qui, comme lui, étaient venus à Nice pour y chercher la santé; entre autres, un Français, dont les manières douces et la mélancolie intéressante avaient particulièrement attiré l'attention de Laluc. Il faisait rarement mention de lui-même, ou d'aucune circonstance qui pût conduire à la découverte de sa famille; mais il parlait sur tout autre sujet avec franchise et avec beaucoup d'intelligence. Laluc l'avait souvent invité à venir chez lui, mais il avait toujours refusé l'invitation, et cela d'une manière si aimable, qu'il était impossible de s'en offenser, et que Laluc était persuadé que son refus provenait d'un certain abattement d'esprit qui ne lui permettait pas d'aller en compagnie.

La description que Laluc avait faite<sup>(69)</sup> de cet étranger avait excité la curiosité de Clare; et la sympathie que les infortunés sentent l'un pour l'autre, émut la pitié d'Adeline; car elle ne pouvait pas douter qu'il ne fût malheureux. En revenant un jour de la promenade, Laluc leur montra cet individu, et redoubla le pas pour l'atteindre. Adeline fut un moment tentée de le suivre, mais sa délicatesse l'arrêta; elle savait combien la présence d'un étranger est pénible à un esprit troublé. Elle prit donc une autre route; mais le hasard fit, quelques jours après, ce que sa délicatesse l'avait alors empêchée de faire; car Laluc introduisit l'inconnu. Adeline le reçut avec un doux sourire, s'efforçant de faire disparaître l'expression

de la pitié qui s'était involontairement glissée sur son visage; elle n'aurait pas voulu montrer qu'elle voyait qu'il était malheureux.

Après cette entrevue, il ne rejeta plus les invitations de Laluc, mais lui rendit de fréquentes visites, et accompagna souvent Adeline et Clare dans leurs excursions. La douce et sensible conversation de la première paraissait alléger ses chagrins, et il parlait en sa présence<sup>(70)</sup> avec une vivacité que Laluc n'avait pas jusqu'alors remarquée en lui. Adeline éprouvait aussi, par la ressemblance de leurs goûts, dans la conversation sensée de l'inconnu, un degré de satisfaction qui contribua, avec la compassion qu'inspirait son abattement, à gagner sa confiance, et elle conversait avec une aisance qui ne lui était pas ordinaire.

Ses visites devinrent bientôt plus fréquentes. Il se promenait avec Laluc et sa famille; il les accompagnait dans leurs petites excursions, pour visiter ces restes magnifiques de l'antiquité romaine que l'on trouve dans le voisinage de Nice. Quand les dames restaient à la maison, il égayait leur travail par la lecture, et elles eurent la satisfaction de s'apercevoir qu'il s'était en quelque sorte défait de cette profonde mélancolie qui l'accablait.

M. Amand aimait passionnément la musique. Clare n'avait pas oublié d'apporter son cher luth: il en touchait quelquefois les cordes, et en tirait quelques sons harmonieux et mélancoliques; mais on ne put jamais l'engager à jouer. Quand Adeline ou Clare<sup>(71)</sup> jouait, il tombait dans une profonde rêverie, et paraissait insensible à tous les objets qui l'environnaient, excepté quand il tournait les yeux vers Adeline, qu'il contemplait avec un morne silence, et alors il lui échappait quelquefois un soupir.

Un soir, Adeline étant restée à la maison, tandis que Laluc et Clare étaient allés rendre visite à une famille du voisinage, elle passa sur la terrasse du jardin, qui avait vue sur la mer, et, en considérant la splendeur tranquille du soleil couchant, et la réverbération de ses rayons sur la surface unie des eaux, elle joua sur son luth avec la plus douce harmonie, et chanta les paroles qu'elle avait un jour écrites après avoir lu *Le Songe d'une nuit d'été*, cette riche effusion du génie de Shakespear.

TITANIA,

REINE DES FÉES, A SON AMANT.

STANCES.

Huye conmigo a la feliz Atlántida:  
Ven, crucemos la inmensidad del aire;  
El verano brillante en esta estancia se encuentra,  
Y lo embellece con vieiras de hoja perenne.<sup>[72]</sup>

Cuando sobre las olas transparentes  
Volaremos con alas de esmalte,  
Para aplaudir, las felices Náyades  
Abandona sus bóvedas de coral.

Porque muy a menudo, en la orilla tranquila,  
Los llamo al declive de un buen día,  
Y les invita a salir de su asilo  
Ver los juegos de las ninfas en mi patio.

De nuestros placeres se regocijan,  
Y sobre las olas redoblan sus retozas;  
Pero bailar cuando nuestros grupos se unen,  
Con su música regulan nuestros pasos.

Lleguemos a esta isla donde la cadena azulada  
De montañas altivas a cumbres onduladas  
Forma un anfiteatro vasto y sublime  
Sobre las alfombras de los verdes valles.

Allí, en un trono rodeado de vegetación,  
El Dios fecundo, padre de las plantas,  
Los frutos más bellos prodigados sin medida  
La llanura y las colinas varían en la distancia.

Para esmaltar sus deslumbrantes flores  
Su mano roba un rayo de Febo;  
Enrojece los racimos que maduran  
Eso se ve debajo de las enredaderas tupidas.

Vamos a bailar bajo las oscuras arboledas  
De mirtos verdes, de naranjos;  
Allí, de la noche, esperaremos las sombras,  
Con la frescura de los céfiros ligeros.

Antes de que el amanecer anuncie el amanecer,  
Y cuando la luna está ausente del cielo,  
Gusanos brillando en el fósforo nocturno  
Ilumina nuestras carreras y nuestros juegos.

Expresando en nuestros labios felices,  
Y cañas de la deliciosa miel,  
Y de la palmera los sabrosos berberechos,  
Nos creeremos en la mesa de los dioses.<sup>[73]</sup>

Cuando golpea un trueno terrible,  
Cuando un rayo golpea el cielo en llamas,

El tronco envejecido de un cedro tutelar  
Ve y danos un refugio fragante.

Alrededor de la medianoche, mientras todo duerme,  
Bajo el plátano o la palmera en flor,  
Sin respirar escucharemos  
Al ruiseñor que canta su dolor.

Nunca un concierto pasó las horas  
Ningún mortal, en este rapto.  
Volemos juntos a estas hermosas casas  
Y toda su propiedad será de mi amante.

Adeline dejó de cantar, ..... e inmediatamente la escuchó repetir en voz baja:

Nunca un concierto pasó las horas  
Ningún mortal, en este rapto.

Y volviendo los ojos en la dirección por la que partía, vio al señor Amand. Ella se sonrojó y dejó el laúd, que él tomó inmediatamente con mano temblorosa; extrajo de ellos sonidos deslumbrantes y cantó los siguientes versos con una voz melodiosa y llena de sensibilidad.

## POSICIONES.

De los primeros fuegos de amor que tiene encantos el imperio  
Cuando este dios nos sonrío, con la frente adornada de flores,  
Cuando en sus hermosos ojos húmedos de dulces lágrimas,  
¡Los rayos encantadores estallan de placer!<sup>[74]</sup>

Il prend dans son chemin l'espérance pour guide,  
La bonne foi les suit pour tomber dans ses rets;  
L'imagination aide au charme perfide,  
Et du trompeur encor embellit les attraits.

«Des premiers feux d'amour que l'empire a de charmes!»  
Plus on rêve à ses fers, plus on est enchaîné;  
Et le fourbe, orgueilleux du succès de ses armes,  
Nous décoche à la fin son trait empoisonné.

M. Amand s'arrêta: il parut suffoqué, et à la fin versa un torrent de larmes, quitta l'instrument et marcha précipitamment vers l'autre bout de la terrasse. Adeline, sans faire semblant de remarquer son agitation, se leva et s'appuya sur la muraille, au bas de laquelle un groupe de pêcheurs était fort occupé à lever un filet. Il retourna quelques momens après, avec un air plus composé et plus calme. «Pardonnez cette étrange conduite, dit-il, je ne puis l'excuser qu'en en avouant la cause. Quand vous saurez, madame, que mes larmes coulent pour la mémoire d'une femme qui vous ressemblait beaucoup, et qui m'est ravie pour toujours,

vous ne pourrez vous empêcher de me plaindre.» La voix lui manqua, il s'arrêta. Adeline gardait le silence.

«Le luth, ajouta-t-il, était son in<sup>(75)</sup>strument favori, et, lorsque vous en avez tiré de si tristes accens, il semblait qu'elle était devant moi. Mais, hélas! pourquoi vous tourmenter de la connaissance de mes peines! Elle n'est plus, elle est partie pour toujours! Et vous, Adeline,..... vous.....» Il s'interrompt; et Adeline, jetant sur lui un regard d'intérêt, remarqua dans ses yeux un désordre qui l' alarma. «Ces sortes de souvenirs sont trop douloureux, dit-elle, retournons à la maison; M. Laluc est probablement de retour.»—«Oh, non! répliqua M. Amand; non,..... ce vent me rafraîchit. Combien de fois, à pareille heure, ai-je conversé avec *elle*, comme je converse actuellement avec vous! Tels étaient les doux sons de sa voix,.... telle était l'expression indicible de son visage.»—Adeline l'interrompt. «Permettez-moi de vous représenter l'état de votre santé..... Le serein n'est pas bon pour les malades.» Il resta les mains jointes, et parut ne pas l'entendre. Elle prit le luth pour s'en aller, et passa doucement les doigts sur les cordes. Ces sons le rappelèrent à lui-même: il leva les yeux et les fixa long-temps sur les siens,<sup>(76)</sup> dans une extase d'admiration. «Faut-il que je vous laisse ici? dit-elle en souriant, et en se tenant dans une attitude pour s'en aller.—Je vous supplie de jouer encore une fois l'air que je viens d'entendre, dit M. Amand d'une voix précipitée.—Sûrement;» et elle commença sur-le-champ. Il s'appuya sur un palmier, dans une attitude de profonde attention; et, à mesure que les sons se perdaient dans les airs, son visage se dépouillait graduellement de son expression égarée et il fondait en larmes. Il continua de pleurer en silence, jusqu'à ce qu'elle eût fini de chanter; et il fut quelque temps avant de pouvoir lui dire: «Adeline, je ne puis assez vous remercier de cette complaisance. Mon âme a repris son assiette; vous avez soulagé un cœur blessé. Accordez-moi une nouvelle faveur; promettez-moi de ne jamais parler de ce dont vous avez ce soir été témoin, et je m'efforcerai de ne plus blesser votre sensibilité par la répétition d'une pareille scène.» Adeline lui fit la promesse qu'il exigeait; et M. Amand lui ayant serré la main, en jetant sur elle un regard mélancolique,<sup>(77)</sup> il quitta le jardin, et elle ne le revit plus de la soirée.

Il y avait près de quinze jours que Laluc était à Nice; et sa santé, au lieu de s'améliorer, paraissait plutôt aller en déclinant. Cependant il voulait faire une plus longue expérience du climat. L'air, qui n'avait produit sur lui aucun effet, avait rétabli Adeline; la variété et la nouveauté des scènes des environs amusaient son esprit, quoiqu'elles fussent insuffisantes pour dissiper la langueur de sa mélancolie; la compagnie, en détournant son attention de l'objet de son chagrin, lui causait un soulagement passager; mais la violence de ses efforts la laissait en général plus accablée: c'était dans le calme de la solitude, dans la contemplation tranquille des beautés de la nature, que son esprit recouvrait sa vigueur, et que son cœur s'ouvrait à quelques consolations.

Elle avait coutume de se lever de bonne heure, et d'aller sur le rivage, pour jouir, dans la fraîcheur et le silence du matin, des beautés vivifiantes de la nature, et respirer l'air pur de la mer. Tous les objets paraissaient alors<sup>(78)</sup> avec l'empreinte des plus vives couleurs. La mer azurée, le ciel rayonnant, les bateaux éloignés des pêcheurs, avec la blancheur de leurs voiles, et la voix des matelots apportée par intervalles sur les ailes des vents, étaient des circonstances qui ranimaient ses esprits; et un jour, cédant à ce goût qu'elle avait toujours eu pour la poésie, elle répéta les vers suivans:

### MATIN, AU BORD DE LA MER.

Sur le sable des mers quels sylphes ont laissé  
Ce dédale de pas légèrement tracé?  
Pour leurs danses de nuit, quelles ombres subtiles  
Ont préféré ces lieux?..... Quels fantômes agiles,  
Sans redouter la vague, ont effleuré les eaux?  
Ils ont fui!..... Sous quels cieux? dans quels climats nouveaux?  
Ils ont fui du soleil l'importune lumière.  
Ici, tout est muet, consterné, solitaire;  
Un désert!.... Bons esprits, revenez sur ce bord,  
Venez de vos ébats le réjouir encor!  
Je les appelle en vain!.... Jusques à l'heure sombre  
Où Phébé versera son pâle jour dans l'ombre,  
Leur belle souveraine, et ses suivans légers,  
N'abandonneront point leurs odorans vergers.  
Mais lorsque de retour, l'obscurité profonde  
Dans un vaste silence aura plongé le monde;  
Quand les flambeaux du ciel rallumeront leurs feux,  
La troupe ici viendra renouveler ses jeux,  
Et voltiger en cercle et bondir en cadence.  
Une tendre musique animera leur danse:  
Écho les redira, ces sons pleins de douceurs;  
Je serai de la fête!... Aimables enchanteurs,<sup>(79)</sup>  
Pour les profanes yeux vous êtes invisibles:  
Mais vous apparaissez aux poètes sensibles.  
Oh! menez-moi bien loin, dans un vallon sacré,  
Baigné de claires eaux, d'ombrages entouré.  
En quels lieux voulez-vous établir votre empire?  
Quels qu'ils soient, je vous suis; vous allez me conduire.  
Au fond d'un bois désert, sur le bord d'un ruisseau,  
Où les jeunes boutons des arbres en berceau,  
Tendres objets des soins de votre aimable reine,  
Embaument le zéphyr dont la féconde haleine  
Échauffe leur rosée, et prêts à s'échapper  
N'attendent qu'un rayon pour se développer.  
Là, reprenant le cours de vos rondes magiques,  
Vous dansez aux accords des chalumeaux rustiques.

Philomèle y répond par un chant de douleur;  
 Vos charmes de son nid repoussent l'oiseleur,  
 Et sa voix, bien souvent, quand le bal se disperse,  
 Dans la coupe d'un lys vous attire et vous berce;  
 ¡Dulce flor! a juego con tu dulce sueño,  
 Y quien te defenderá de los rayos del sol.  
 Cuando Febe desaparezca, cuando el amanecer nos ilumine,  
 Si no huyes a otro hemisferio,  
 En los capullos de flores suavemente cerrados,  
 Te enfrentas a los rayos llameantes del sur,  
 Y el único rocío con la noche tranquila  
 Que dejes la paz de este asilo.  
 ¡Pero tus encantamientos, tus escenas, las veo!  
 De repente, la tierra se abre ante mí.  
 Tu palacio se eleva, una cúpula lo corona;  
 Sus arcadas interminables, de un jaspe brillante,  
 Las sombras espesas atraviesan la madera profunda,  
 Y arrojan sus reflejos móviles sobre las aguas.  
 Al sonido de los instrumentos veo las puertas abrirse,  
 Y olvídate de las cohortes ligeras.  
 La alegría está en sus pasos y sonrisas en sus ojos;  
 El oro cubre sus vestidos, las perlas sus cabellos,  
 El oro que sacaron de las cavernas profundas,  
 Las perlas que su mano robó bajo las olas.  
 Hermosos fantasmas, ¡hola! hola, sylphs charmans!  
 ¡Entonces me revelas tus dulces diversiones! ...  
 ¡Pero desafortunadamente! se acerca el día, ¡todavía te niegas!  
 Juventud para que el prisma nos decore<sup>(80)</sup>  
 De los bienes que soñamos del país encantado,  
 Y todo se filtra a la luz de la realidad.

M. Amand, después de haber dado a conocer la causa de su dolor, estuvo varios días sin visitar a Laluc. Al final, Adeline lo conoció, en uno de sus paseos solitarios, en la orilla. Estaba pálido y deprimido, y parecía muy agitado cuando la vio; por eso trató de evitarlo. Pero redobló el paso y la abordó; le dijo que tenía la intención de irse de Niza en unos días. "El clima no me ha hecho ningún bien", agregó. ¡Pobre de mí! ¿Qué clima puede aliviar las dolencias del corazón? Me gustaría perder, en una variedad de escenas nuevas, el recuerdo de una felicidad pasada; pero hago esfuerzos inútiles: estoy preocupado e infeliz en todas partes ". Adeline trató de animarlo a que esperara mucho del clima y el cambio de ubicación. "El tiempo mitiga los dolores más agudos del dolor", dijo; Lo sé por experiencia ". Sin embargo, mientras hablaba, las lágrimas que brotaban de sus ojos contradecían las palabras que salían de su boca. ¡Eras infeliz, Adeline! Si yo<sup>(81)</sup> Lo noté desde el primer momento en que te vi. La sonrisa compasiva que me diste me convenció de que sabía lo que era sufrir ". La mirada de desesperación con la que habló le hizo temer una escena similar a la que había presenciado recientemente, y habló de otra cosa; pero inmediatamente volvió al mismo

tema. "¡Me dices que espere por mucho tiempo! ... ¡Mi esposa! ..... ¡Mi querida esposa! ..." Las palabras se quedaron en su lengua. "Han pasado varios meses desde que lo perdí ... Sin embargo, parece que fue solo ayer". Adeline sonrió débilmente. "Todavía no puedes juzgar el efecto del tiempo; sin embargo, debemos esperar por todo ". Sacudió la cabeza. "Pero todavía te molesto con mis desgracias; perdona este continuo egoísmo. Hay en la piedad de la gente honesta un consuelo que nada más puede dar; esa debe ser mi excusa. ¡Que tú, Adeline, nunca lo necesites! ¡Ah! ¡Esas lágrimas! ... "Adeline se las secó en el acto. M. Amand se abstuvo de presionarla<sup>[82]</sup>este tema, e inmediatamente comenzó una conversación sobre asuntos indiferentes. Regresaron al castillo; pero, habiendo salido Laluc, el señor Amand la dejó en la puerta. Adeline se retiró a su habitación, abrumada por sus propios dolores y los de su amable amiga.

Habían estado en Niza durante casi tres semanas; y la enfermedad de Laluc parecía aumentar en lugar de disminuir, el médico le confesó de buena fe que tenía pocas esperanzas en el clima y le aconsejó que probara el efecto de un viaje por mar, agregando que, si este experimento no tenía éxito, el aire de Montpellier era más apto para darle alivio que el de Niza. Laluc recibió este desinteresado consejo con una mezcla de gratitud y dolor. Las circunstancias que le habían causado tanta renuencia a dejar Saboya lo afligieron aún más al verse obligado a prolongar su ausencia y aumentar sus gastos; pero los lazos de afecto que lo unían a su familia y el amor a la vida que tan pocas veces nos abandona, prevalecieron sobre consideraciones de segundo orden; y él determinó<sup>[83]</sup>para seguir las costas del Mediterráneo hasta el Languedoc, donde, si el viaje no cumplía con sus expectativas, podría desembarcar e ir a Montpellier.

Cuando M. Amand se enteró de que Laluc tenía la intención de irse de Niza en unos días, decidió no irse antes que él. Durante este intervalo, no tuvo la resolución suficiente para renunciar a la frecuente conversación de Adeline, aunque su presencia, al recordarle el recuerdo de su esposa, le proporcionó más dolor que consuelo. Era un hijo menor de una antigua familia en Francia, que había estado casado durante aproximadamente un año con una mujer a la que había estado unido durante mucho tiempo y que había muerto al dar a luz. El niño había seguido a su madre y había dejado a su padre infeliz en las garras del dolor, que había atacado tan gravemente su salud, que los médicos habían considerado conveniente enviarlo a Niza. Sin embargo, no había sentido ningún alivio por el aire de Niza, y había decidido ir más lejos en Italia.<sup>[84]</sup>todavía chirriante, le habría causado el mayor placer ... Ya no buscaba entretener sus pensamientos, o más bien desviarlos de un objeto que alguna vez había sido su deleite.

Laluc, habiendo hecho su plan, alquiló una pequeña embarcación, y se embarcó pocos días después con débil esperanza, y se despidió de las costas de



Italia y de los Alpes, buscando en un nuevo elemento esa salud que hasta ese momento había alcanzado. aquí retirado de su investigación.

El señor Amand se despidió tristemente de sus nuevos amigos, a los que acompañó hasta el mar, cuando le dio la mano a Adeline para que la subiera a bordo, su corazón estaba demasiado lleno para poder despedirse de ella; pero permaneció mucho tiempo en la orilla, siguiendo su curso sobre las aguas con la mirada, y agitando el sombrero hasta que sus lágrimas ya no le permitieron ver nada. El viento empujó el barco ligeramente hacia el mar abierto y Adeline se vio rodeada por las aguas del océano. La costa pareció retroceder, las montañas disminuyeron de tamaño, los colores vivos de su paisaje se fundieron; y, en poco tiempo, el rostro de M. Amand desapareció. La ciudad<sup>{85}</sup> de Niza, su castillo y su puerto desaparecieron a su vez; y no quedaba nada más que la púrpura de las montañas al final del horizonte. Ella suspiró mientras lo miraba y, con los ojos llenos de lágrimas, dijo: "Así que mi perspectiva de felicidad se desvaneció; y el que tengo para el futuro se asemeja a la inmensidad del Océano que me rodea". Le dolía el corazón y se alejó de los espectadores mientras se dirigía a la parte más apartada del barco, donde soltó las lágrimas y vio cómo el barco atravesaba las olas espumosas. El agua era tan clara que podía ver los rayos del sol balanceándose a una profundidad considerable, y peces de todos los colores contemplando la luz entre las olas. Muchas plantas marinas extienden sus vigorosas hojas sobre las rocas del fondo,

La côte lointaine disparut enfin. Adeline contempla, avec la plus sublime émotion, l'immense étendue des eaux; elle semblait être lancée dans un nou<sup>{86}</sup>veau monde; la grandeur, l'immensité de cette vue l'étonnait et la confondait: elle douta pendant un moment de la réalité de la boussole, et crut qu'il était impossible à un vaisseau de trouver aucun rivage à travers une mer sans bornes; et lorsqu'elle réfléchit qu'il ne se trouvait qu'une planche entre elle et la mort, une sensation de terreur fit place à celle du sublime, et elle se hâta de détourner les yeux de la perspective, et ses pensées du sujet.<sup>{87}</sup>

---

## CHAPITRE IV.

VERS le soir, le capitaine, pour éviter les corsaires de Barbarie, porta sur la côte de France, et Adeline aperçut à la lueur du soleil couchant les rivages de la Provence, parsemés d'arbres et de riche verdure. Laluc, languissant et malade, s'était retiré dans la chambre où Clare prenait soin de lui. Le pilote à la barre du gouvernail, dirigeant le vaisseau à travers les flots bruyans; et un matelot, les bras

croisés, appuyé contre le mât, chantant de temps en temps quelques tristes couplets, étaient les seules personnes qu'il y eût sur le tillac, excepté Adeline.— Cette dernière contemplait en silence le soleil couchant, qui donnait une couleur jaunâtre aux vagues et aux voiles, légèrement enflées par l'haleine du vent qui commençait alors à tomber. Le soleil se plongeait enfin dans l'Océan, et le crépuscule s'empara de toute la scène, permettant encore de voir la côte obscure, et donnant un air majestueux à la vaste étendue des eaux.<sup>{88}</sup>

A medida que las sombras se espesaron, la escena se volvió aún más tranquila. Incluso el marinero había dejado de cantar; lo único que se oía era el tintineo de las olas contra el barco y su débil murmullo sobre los guijarros de la orilla. La mente de Adeline coincidía con la quietud de la noche: el sonido de las olas le producía una tranquila melancolía y estaba sentada en el más profundo ensueño. El momento presente le recordó su viaje por el Ródano, cuando, huyendo de la persecución del marqués de Montalte, había hecho tantos esfuerzos por escapar del triste destino que él le reservaba. Entonces, como hoy, había visto la noche extendiendo imperceptiblemente su velo sobre la naturaleza; y recordó las desagradables sensaciones que habían acompañado a la impresión que estos objetos habían causado. Así que no tenía amigos, ... ni asilo; ... no estaba segura de poder escapar de la persecución de su enemigo. Actualmente tenía amigos tiernos, ..... una jubilación asegurada, ..... y no experimentó los terrores con los que entonces estaba agitada ... Pero sin embargo se encontró a sí misma<sup>{89}</sup> todavía estaba infeliz. El recuerdo de Theodore, ..... de Theodore, que la había amado tanto, que había sufrido tanto por ella y cuyo destino le era tan desconocido como cuando subió al Ródano, le causaba una angustia continua. Parecía más alejada que nunca de la posibilidad de escuchar su noticia: a veces concibió la vaga esperanza de que él hubiera escapado a la malicia de su perseguidor; pero cuando consideró el odio y la venganza de este último, y la severidad de la ley contra un ataque a un oficial superior, ese rayo de esperanza se desvaneció y la dejó llorando y desesperada. Ella permaneció en esta situación hasta que la luna salió del seno del océano y derramó su brillo parpadeante sobre la superficie de las aguas:<sup>{90}</sup> morir. Lloró de nuevo; ... pero no habría cambiado esas lágrimas por las de placer y alegría. Miró a su alrededor, pero no vio ni barco ni bote de remos; y mientras estos sonidos melodiosos continuaban en las alas de los vientos, pensó que partían de la orilla. A veces, la brisa los llevaba a la distancia y luego los devolvía con una lánguida suavidad. Los lazos del aire así rotos, fue más música que melodía lo que golpeó sus oídos; hasta que, a medida que el barco se acercaba poco a poco a la costa, distinguió las notas de una canción que le era familiar. Trató en vano de recordar dónde lo había oído; sin embargo, su corazón latía casi involuntariamente con algo parecido a la esperanza. Continuó escuchando hasta que la brisa eliminó los sonidos nuevamente. Luego notó, con

pesar, que el barco se alejaba; y al final sólo temblaron débilmente sobre las olas, se perdieron a gran distancia y ya no se les oyó. Ella permaneció mucho tiempo en cubierta,<sup>(91)</sup>no queriendo perder la esperanza de volver a escucharlos, y la imaginación siempre llena de su dulce armonía; pero al final se retiró a la habitación, abrumada por un dolor que la ocasión no parecía justificar.

La salud de Laluc mejoró durante la travesía, su ánimo revivió; y cuando el barco entró en esa parte del Mediterráneo, llamada golfo de Lyon, estaba lo suficientemente bien como para subir a cubierta y disfrutar de la hermosa perspectiva que ofrecen las cambiantes orillas de la Provenza, que se unen a las costas. lejos del Languedoc. Adeline y Clare, que lo miraban con preocupación, estaban encantadas de verlo en mejor estado de salud; y los tiernos deseos de este último ya le hacían anticipar su perfecta recuperación. Adeline había sido engañada con demasiada frecuencia en su espera para abandonarse tan fácilmente a la esperanza de su amiga; sin embargo, contaba mucho con el efecto de ese viaje.

Después de un agradable viaje de unos días, la costa de Provenza retrocedió, y la del Languedoc, que había bordeado el horizonte durante mucho tiempo,<sup>(92)</sup>se convirtió en el principal objeto de la escena, los marineros acercándose al puerto donde iban destinados. Aterrizaron por la tarde en un pequeño pueblo al pie de una colina bien boscosa, dominando a la derecha una vista del mar, ya la izquierda las ricas llanuras del Languedoc, adornadas con la púrpura de los viñedos. Laluc resolvió posponer su viaje hasta el día siguiente, se dirigió a una pequeña posada que le indicaron al final del pueblo, y trató de contentarse con las comodidades que podía ofrecer.

Por la noche, la belleza del clima y las ganas de ver nuevos escenarios llevaron a Adeline a dar un paseo. Laluc, cansado, no quería salir y Clare le hizo compañía. Adeline dirigió sus pasos hacia el bosque que se elevaba desde el borde del mar y alcanzó la cima de la eminencia. Cuando llegó allí y descubrió las copas oscuras de los árboles en las amplias y variadas perspectivas, quedó en un éxtasis imposible de expresar; y, sin prestar atención al paso del tiempo, permaneció hasta que el sol hubo dejado el ho<sup>(93)</sup>rizon, y el crepúsculo arroja su majestuoso velo sobre las montañas. Sólo el mar reflejaba el esplendor agonizante de Occidente. Adeline, rindiéndose al placer de las emociones tiernas y placenteras, repitió los siguientes versos:

La amable media luz, presagio de las sombras,  
Sobre la púrpura de las montañas se derrama un tinte oscuro;  
La luz se escapa y se va sin colores  
Bosques y valles encantadores cuadros.  
Sin embargo, a través de la nueva oscuridad,  
El mar al oeste de un fuego puro resplandece;  
Y rayos aún en el horizonte coronado,  
Forma una cúpula iluminada en el palacio vespertino.

Para mis pensamientos soñadores esta imagen tan querida  
Quiero verla desde lo alto de esta roca solitaria  
Verla hasta el cristal de las aguas  
Las antorchas nocturnas se repetirán desde el cielo;  
Donde la luna, derramando su luz prestada,  
Hará que esta espuma plateada brille lejos  
Cuyo regreso de las olas, una a otra a toda prisa,  
Lava las arenas doradas que las empujaron hacia atrás.  
A través del silencio no me llega ningún sonido  
Fuera del sonido de la ola que exhala en la orilla  
O los cánticos del remero prolongados en el aire,  
O el remo lejano que golpea las olas amargas.  
¡Dulce descanso! Que mi último día llegue a su fin  
¡Y desde el día eterno para presagiarme el amanecer!

Adeline abandonó las alturas y siguió un camino estrecho que conducía a la orilla: su mente era entonces más particularmente susceptible a las bellas impresiones y al melodioso canto del<sup>[94]</sup> Nightingale volvió a excitar su entusiasmo.

## EN EL ROSSIGNOL.

Hijo armonioso de la melancolía,  
¡Ah! ¡prolonga tu dulce melodía para mí!  
Cuando la tarde, en el azul de una radiante puesta de sol,  
Levantando lentamente su vuelo silencioso,  
Desde lo alto de las alturas y los bosques más oscuros,  
Ven y dibuja la gran cortina de sombras sobre los campos,  
A los rayos que la luna vierte en el aire,  
Que me gusta perderme en laderas desiertas,  
¡Seguir los valles por un camino oblicuo!  
¡Querido pájaro! Interrumpo mis pasos y te escucho  
Hasta la hora en que la noche, alrededor de los caseríos,  
Saca a los muertos de las profundidades de sus tumbas.  
Países que el verano ha elegido para su dominio,  
La primavera te trae de vuelta al ala de céfiro  
Y te hizo viajar en dulce calor  
Seguimiento del rocío y el espíritu de las flores.  
¡Oh, cómo afligió a tu país tu larga ausencia!  
"Hijo armonioso de la melancolía",  
Que buscan en los bosques, bajo las ramas tupidas,  
Un asilo reservado para gemir en paz,  
Como un resplandor se mezcla con la sombra oscura,  
¡Haz que tu voz sea tan conmovedora y tan pura escuchada!

Sí, comienza de nuevo este hermoso concierto  
Que el céfiro vespertino se llevó lamentos.  
A los sufrimientos del corazón tu lamento a juego

Encanto de mis pensamientos la triste simpatía.  
A tus acentos quejumbrosos, en la paz de la noche,  
La imaginación evoca y reproduce  
Los amigos cuya eterna ausencia nos priva,  
Nuestros placeres tan a menudo engañados por la esperanza,  
Serpientes que el amor se escondió de nosotros bajo las flores,  
Y para recordar derramamos lágrimas.  
La memoria instantánea adquiere todos sus encantos  
Los tonos apasionados, la sonrisa, las lágrimas<sup>[95]</sup>  
Quien sorprendió a un corazón fácil de decepcionar;  
¡Este corazón todavía lanza un suspiro desesperado!  
Su pincel rejuvenece, en nuestras pasadas escenas,  
Colores que el tiempo casi se había borrado;  
Y amor dormido, despertando a su voz,  
Vuelve a golpearnos con su arco y su carcaj.  
Tus canciones, en esta imagen donde el arrepentimiento nos une,  
Difunde los atractivos de la melancolía,  
Y esta serena calma, tan llena de voluptuosidad,  
Esa alegría y esa risa nunca dieron a luz.

Di de nuevo, pájaro encantador, tu quejumbroso romance,  
¡Tan querido por el sentimiento, tan querido por la inocencia!

La oscuridad finalmente le recordó a Adeline su distancia de la posada, y que tenía que cruzar un gran bosque; se despidió del mago que la había retenido tanto tiempo y siguió el camino con pasos redoblados. Después de caminar un rato, se perdió y la oscuridad aún mayor no le permitió juzgar en qué dirección iba. Sus miedos aumentaron sus dificultades; pensó que podía oír voces de hombres a cierta distancia, y redobló su velocidad hasta llegar a la orilla, de la que colgaba el bosque, por así decirlo. Entonces ella se quedó sin aliento. Hizo una pausa para recuperarse y escuchó tímidamente; pero en lugar de voces masculinas, escuchó débilmente<sup>[96]</sup> en el aire las notas de la música quejumbrosa. Su corazón, siempre sensible a las impresiones de la melodía, se ablandaba con estos sonidos; y este dulce encantamiento disipó su miedo por un momento. A su placer se sumó una mezcla de sorpresa, cuando, a medida que se acercaba la música, distinguió el sonido del instrumento, y esa melodía tan famosa que unos días antes había escuchado en las costas de la Provenza. Pero no tuvo tiempo de adivinar; el sonido de los pasos se redobló y ella se apresuró aún más. Ella había salido de la oscuridad del bosque; y la luna, entonces despejada, dejaba ver el puerto y la ciudad sobre la arena unida a cierta distancia. No pasó mucho tiempo antes de que los pasos que había escuchado la alcanzaran, y vio a dos hombres; pero pasaron sin prestarle atención; y creyó reconocer la voz de él hablando entonces. Sus sonidos eran tan familiares para su oído que se sorprendió por la pérdida de su memoria, sin reconocer de inmediato a quien los estaba hablando. Escuchó más pasos; y una voz repentina le ordenó que se detuviera.<sup>[97]</sup> Volviendo los ojos de inmediato, vio imperfectamente a un hombre

con abrigo de marinero, que repitió la misma orden. Impulsada por el terror, empezó a huir por la orilla; pero su proceder fue tímido y tembloroso; la del hombre que la perseguía, rápido y vigoroso.

Apenas tuvo fuerzas para unirse a los dos hombres que acababan de pasar, e implorar su protección, antes de ser golpeada por este extraño, que de repente se zambulló en el bosque, a la izquierda, y desapareció. .

Estaba tan sin aliento que no pudo responder las preguntas de los extraños que la apoyaban, solo cuando una exclamación repentina y el sonido de su nombre atrajeron sus ojos hacia la persona que lo decía; y, a la luz de la luna, que iluminaba pesadamente su rostro, reconoció al señor Verneuil. Sintieron una mutua satisfacción y siguieron explicaciones.

Cuando supo que Laluc y su hija estaban en la posada, encontró un doble placer en acompañarlo hasta allí. Dijo que había conocido a un viejo amigo en Sa<sub>(98)</sub>ruta, que presentó bajo el nombre de Mauron, quien lo había contratado para cambiar de ruta, y acompañarlo a las costas del Mediterráneo. Habían embarcado en la Provenza hacía unos días y sólo desembarcaban en la tierra de M. Mauron. Adeline ya no dudaba de que era la flauta del señor Verneuil, que le había proporcionado tanto placer en Leloncourt, que había oído en el mar.

Quand ils arrivèrent à l'auberge, ils trouvèrent Laluc extrêmement inquiet pour Adeline, à la recherche de laquelle il avait envoyé plusieurs personnes. Son inquiétude fit place à la surprise et au plaisir, lorsqu'il l'aperçut avec M. Verneuil, dont les yeux rayonnèrent d'une manière extraordinaire en voyant Clare. Après des félicitations mutuelles, M. Verneuil observa le peu de commodités que ses amis trouveraient dans cette auberge, et en témoigna son chagrin; et M. Mauron les invita sur-le-champ à venir à son château, avec une chaleur qui détruisit tous les scrupules que la délicatesse ou l'orgueil aurait pu suggérer. Les bois qu'Adeline avait traversés faisaient partie de ses domai<sub>(99)</sub>nes, qui s'étendaient presque jusqu'à l'auberge; mais il insista sur ce que ses hôtes ne vissent pas à pied, et il partit pour leur envoyer sa voiture et donner des ordres pour leur réception. La présence de M. Verneuil et l'honnêteté de son ami donnèrent à Laluc une gaîté extraordinaire; il conversa avec une vigueur et une vivacité qu'il n'avait pas montrées depuis long-temps; et le sourire de satisfaction que Clare fit à Adeline, exprima combien elle trouvait sa santé amendée par le voyage. Adeline répondit à ses regards par un sourire moins confiant, parce qu'elle attribuait sa vivacité actuelle à une cause plus passagère.

Aproximadamente media hora después de que el Sr. Mauron se fuera, un niño trajo un mensaje de un caballero, luego en la posada, pidiendo permiso para hablar con Adeline. Al instante se le ocurrió el hombre que la había perseguido por la arena, y no dudó de que se trataba de alguien del marqués de Montalte, tal vez el propio marqués, aunque le parecía muy improbable que lo hubiera descubierto por casualidad, en<sub>(100)</sub>un lugar tan oscuro, y poco después de su

llegada. Preguntó por el nombre del caballero, con labios y rostro pálidos como la muerte. El chico no lo sabía. Laluc preguntó qué clase de hombre era; pero el chico, poco acostumbrado a hacer señales, dio un relato tan confuso de ellos que lo único que pudo sacarle Adeline fue que no era alto, sino de mediana estatura. Sin embargo, esta circunstancia la convenció de que no se trataba del marqués de Montalte, le preguntó a Laluc si quería que le permitiera traer a ese forastero. y el niño se retiró. Adeline esperó, temblando, hasta que se abrió la puerta y entró Louis de La Motte. Dio un paso adelante con una expresión triste y avergonzada, aunque su rostro había mostrado un momento de placer al mirar por primera vez a Adeline, quien seguía siendo el ídolo de su corazón.

"Soy yo quien debería hacerle esta pregunta", respondió Louis un<sup>{101}</sup> poco confundido, porque creo que no hace tanto que los veo; y mi placer de verte aquí es igual a mi sorpresa. Hace mucho tiempo que no supe de mi padre, sin duda porque mi regimiento cambió de guarnición ".

Su apariencia atestiguaba que quería saber con quién estaba Adeline ahora; pero como era un tema del que no podía hablar en presencia de Laluc, desvió la conversación hacia asuntos indiferentes, después de haber dicho que M. y Madame La Motte estaban bien cuando los dejó. Louis habló poco y miró a Adeline con ansiedad, mientras su mente parecía sumida en una gran tortura. Ella lo notó; y, recordando la declaración que le había hecho al salir de la abadía, atribuyó su actual vergüenza al efecto de una pasión mal extinguida y pareció ignorarla. Después de haber permanecido sentado durante casi un cuarto de hora en una angustia que no pudo vencer ni ocultar, se levantó para irse; y pasando a Adeline,<sup>{102}</sup>le dijo en voz baja: "Concédeme, te lo ruego, cinco minutos de conversación privada". Ella vaciló con un poco de confusión; y luego diciéndole que solo había amigos presentes, le rogó que se sentara - "Perdón", dijo en el mismo tono; Lo que tengo que decirle le concierne muy de cerca y sólo a usted. Hazme el favor de escucharme un momento ". Dijo esto con un aire que la sorprendió; y, habiendo llevado una luz a otra habitación, fue allí con él.

Luis se sentó y permaneció unos momentos en silencio, pareciendo estar muy agitado. Al final, dijo: "No sé si debería alegrarme o lamentarme por este encuentro inesperado; sin embargo, mientras esté a salvo, ciertamente debo alegrarme, por dolorosa que sea la tarea que tengo que realizar. Soy consciente de los peligros que has corrido, ni de las persecuciones que has experimentado, y no puedo evitar expresar mi preocupación por tu situación actual. - ¿De verdad estás con amigos? "- " Sí ", dijo. Adeline;<sup>{103}</sup>M. La Motte le informó ..... "- " No, respondió Louis, soltando un profundo suspiro, no es mi padre ". Hizo una pausa - "Pero estoy realmente encantado de que estés a salvo", continuó. Oh! ¡Qué complacido me! Si supieras, adorable Adeline, lo que sufrí. Hizo una pausa - "Pensé que tenía algo importante que comunicarme, señor", dijo Adeline; disculpe si le recuerdo que no tengo mucho tiempo que perder ".

"Sí, de verdad, es algo importante", respondió Louis; pero no sé cómo anunciártelo ..... Cómo ablandar ..... Esta tarea es demasiado cruel. ¡Pobre de mí! mi pobre amigo! "

- "¿De quién está hablando, señor?" dijo Adeline apresuradamente. Louis se levantó de su silla y caminó de un lado a otro de la habitación. "Me gustaría", agregó, "prepararlos para lo que tengo que decir; pero realmente no soy capaz de hacerlo ".

- "Te ruego que no me tengas más en suspenso", dijo Adeline, quien sospechó violentamente que era Theodore a quien quería.<sup>(104)</sup> hablar. Louis vaciló de nuevo. "¿Es él ..... oh!" ¿Es él? ... dime, te lo suplico, qué es peor de repente, dijo con la angustia más intensa; Puedo escuchar todo .....: sí, puedo ".

- "Mi infeliz amigo", gritó Louis, "¡Oh Theodore!" ... - "¡Theodore! repitió Adeline débilmente; ¿Existe entonces? "....." Sí, dijo Louis; pero ".... Se detuvo ..... " ¿Pero qué? gritó Adeline, temblando violentamente; desde que vive, no me puedes enseñar nada peor que lo que me había sugerido mi miedo; por eso le ruego que no dude ... "Louis se sentó de nuevo y, asumiendo un aire más sereno, dijo:" Vive, señora, pero está preso, y ..... .. porque ¿por qué te equivocas? Me temo que le quedan pocas esperanzas para este mundo ".

- "He tenido los mismos miedos durante mucho tiempo", dijo Adeline, fingiendo un tono más tranquilo. Tiene algo más terrible que eso que decirme; y te ruego una vez más que te expliques ".<sup>(105)</sup>

- "Hay de todo para apresar del marqués de Montalte", dijo Luis. ¡Pobre de mí! ¿Por qué digo aprehender? su juicio ya ha terminado ... está condenado a muerte ".

Ante esta confirmación de sus temores, la palidez de la muerte se extendió por el rostro de Adeline; ella permaneció inmóvil e intentó suspirar, pero parecía casi sofocada. Asustado por su condición y esperando verla desmayarse, Louis quiso apoyarla; pero se lo quitó de la mano, incapaz de decir una palabra. Pidió ayuda; y Laluc, Clare y M. Verneuil, informados de la indisposición de Adeline, volaron hacia ella.

Al oír sus voces, miró hacia arriba y pareció recuperarse; suspiró profundamente y rompió a llorar. Laluc se alegró de verla llorar, alentó sus lágrimas, que al cabo de un rato la aliviaron; y cuando pudo hablar, quiso volver a la habitación de Laluc. Louis lo acompañó allí. Cuando ella estuvo mucho mejor, quiso retirarse; pero Laluc le suplicó que se quedara.<sup>(106)</sup>

—Puede que sea pariente de esta señorita, señor —dijo—, y probablemente le esté trayendo noticias de su padre. —No, señor —respondió Louis vacilante—. Ese caballero, dijo Adeline, que había luego recobró el ánimo, es el hijo de M. La Motte de quien me has oído hablar ... "Louis parecía sorprendido de ser conocido por ser el hijo de un hombre que una vez había actuado tan mal con Adeline,



quien, percibiendo en el instante el dolor que le habían causado sus palabras, trató de suavizar el efecto, diciendo que La Motte la había salvado de un peligro inminente, y le había dado asilo durante muchos meses. Adeline estaba sumamente preocupada por conocer todas las peculiaridades de la situación de Theodore: pero no tuvo el valor de reanudar la conversación sobre este tema en presencia de Laluc;

Respondió que su regimiento estaba en Vaceau, una ciudad situada en las fronteras de España; que acababa de cruzar parte del golfo de Lyon, en el<sup>{107}</sup> diseño para ir a Savoy, y que saldría temprano en la mañana.

"Venimos de allí", dijo Adeline; ¿Puedo preguntarle a qué parte de Saboya se dirige? —A Leloncourt —respondió—. ¡A Leloncourt! Dijo Adeline con cierta sorpresa. "No conozco el país", agregó Louis, "pero voy a complacer a mi amigo. Parece que conoces a Leloncourt. "Ciertamente", dijo Adeline. "Así que probablemente sepas que M. Laluc vive allí, y fácilmente adivinarás el motivo de mi viaje".

"¡Oh cielo! ¿Es posible, gritó Adeline, - es posible que Theodore Peyrou sea pariente de M. Laluc?

¡Theodore! que dices de mi hijo —Preguntó Laluc con miedo. —¡Tu hijo — dijo Adeline con voz temblorosa! ¡Tu hijo! ”“ El asombro y el dolor pintado en su rostro aumentaron las aprensiones de este infortunado padre; y repitió su petición. Pero Adeline no pudo responderle; y la angustia de Louis, al descubrir de una manera tan inesperada<sup>{108}</sup> el padre de su infeliz amigo, sabiendo que él era el responsable de informarle del destino de su hijo, lo privó durante algún tiempo del uso del habla; y Laluc y Clare, cuyos temores aumentaron con este cruel silencio, volvieron a repetir sus preguntas.

Al final, el sentimiento de los sufrimientos que iba a experimentar el buen Laluc superando todas las demás consideraciones, Adeline recuperó la fuerza mental suficiente para intentar suavizar la noticia que Louis tenía que comunicarle, y llevar a Clare a otra habitación. . Allí le informó, de la manera más tierna, de las circunstancias del estado de su hermano, sin embargo ocultándole que sabía que su sentencia ya había sido pronunciada. En esta relación, se vio obligada a mencionar su apego, y Clare vio en el amigo de su corazón la causa inocente de la ruina de su hermano. Al mismo tiempo, Adeline se enteró de las circunstancias que la habían mantenido en la oscuridad de que Theodore estaba relacionado con Laluc; le informaron que el primero había tomado el nombre de Peyrou, al tomar posesión de una tierra que le había dejado<sup>{109}</sup> en esta condición por un familiar de su madre. Theodore había sido destinado primero a la iglesia; pero su inclinación le hizo desear una vida más activa que la de un sacerdote; y, cuando se vio dueño de esta propiedad, entró al servicio de Francia.

En el pequeño número de entrevistas interrumpidas que habían tenido en Caux, Theodore solo había hablado con Adeline sobre su familia en términos generales; y así, cuando se separaron tan repentinamente, él la había dejado intencionalmente en la ignorancia del nombre de su padre y de su lugar de residencia.

La delicadeza del dolor de Adeline, que nunca le había permitido hablar de su objeto, ni siquiera a Clare, había ayudado a engañarla desde entonces.

La détresse de Clare, en apprenant l'état de son frère, ne connut pas de bornes. Adeline, qui, par un grand effort d'esprit, était parvenue à lui faire part de cette fâcheuse nouvelle d'un air assez composé, se trouva accablée par sa douleur et par celle de Clare. Tandis qu'elles pleuraient amèrement, une scène, peut-être plus touchante, avait lieu entre Laluc et Louis,<sup>(110)</sup> qui crut nécessaire de l'instruire, quoique avec précaution et graduellement, de toute l'étendue de son malheur. Il dit donc à Laluc que, quoique Théodore eût d'abord passé au conseil de guerre pour avoir quitté son poste, il était actuellement condamné pour avoir attaqué son général, le marquis de Montalte, qui avait produit des témoins pour prouver que sa vie avait été en danger dans cette occasion, et qui, ayant poursuivi l'affaire avec la plus grande rancune, avait finalement obtenu la sentence que la loi exigeait, mais dont tous les officiers du régiment étaient désolés.

Louis ajouta que cette sentence devait être mise à exécution en moins de quinze jours, et que Théodore, extrêmement malheureux de ne pas recevoir de réponses aux différentes lettres qu'il avait écrites à son père, désirait le voir encore une fois, et sachant qu'il n'y avait pas de temps à perdre, l'avait prié d'aller à Leloncourt pour l'informer de sa situation.

Laluc écouta cette relation de l'état de son fils avec un serrement de cœur qui ne lui permit pas de répandre une<sup>(111)</sup> seule larme, ou de pousser aucune plainte. Il demanda où était Théodore; et, voulant l'aller trouver, il remercia Louis de toutes ses peines, et ordonna sur-le-champ des chevaux de poste.

Fácilmente le consiguieron un coche; y este padre infeliz, después de haber despedido tristes al señor Verneuil y agradecido al señor Mauron, partió con su familia hacia la prisión de su hijo. El viaje fue muy silencioso; cada uno tratando, por el bien de los demás, de suprimir la expresión de su dolor, pero sin poder hacer más. Laluc parecía tranquilo y resignado: aparecía a menudo en oración; pero a veces se veían en su rostro los esfuerzos que hacía por conservar ese aire de resignación, aunque quería disimularlos.<sup>(112)</sup>

---

## CAPITULO V.

NOSOTROS Volvemos ahora al marqués de Montalte, quien, tras haber hecho meter a La Motte en la cárcel de D-y, sabiendo que su juicio no sería escuchado de inmediato, regresó a su casa de campo a las afueras de el bosque, donde esperaba noticias de Adeline. Al principio tenía la intención de seguir a sus sirvientes a Lyon; pero finalmente decidió esperar unos días más para recibir cartas, seguro de que Adeline, perseguida tan de cerca, no podría escapar, y que probablemente la alcanzarían antes de llegar a esta ciudad. Sin embargo, estaba muy engañado en su expectativa; pues sus criados le informaron que, aunque la habían seguido hasta ahora, no habían podido descubrirla en Lyon ni seguirla más. Parece que le debía su salvación al río Ródano en el que se había embarcado,<sup>{113}</sup>

Poco después, su presencia fue necesaria en Vaceau, donde se celebró el consejo de guerra; por eso había ido allí, tanto más irritado porque había sido engañado en sus esperanzas y había condenado a Theodore. Esta sentencia había causado el duelo universal, porque Theodore era muy querido en el regimiento; y cuando se conoció la causa del resentimiento del marqués, todos los corazones se interesaron en su favor.

Louis de La Motte, estando en ese momento guarnecido en la misma ciudad, escuchó un relato imperfecto de esta historia; y, convencido de que el prisionero era el joven caballero que había visto una vez en la abadía, decidió visitarlo, en parte por compasión y en parte con la esperanza de recibir noticias de sus familiares. . El tierno interés que Louis expresó y el celo con el que ofreció sus servicios conmovió a Theodore y ganó su amistad. Luis la visitaba con frecuencia, hacía todo lo que la ternura podía sugerirle para aliviar sus sufrimientos, y de ahí la estima y la confianza mutuas.

Theodore finalmente se comunicó con Louis<sup>{114}</sup> el objeto principal de sus frases; y éste descubrió, con inexpresable dolor, que era Adeline a quien el marqués había perseguido tan cruelmente, y que era por Adeline por quien iban a matar al generoso Teodoro. También vio que Theodore era su rival y que era amado; pero sofocó la angustia de los celos que le había ocasionado este conocimiento, y no permitió que la pasión lo apartara de los deberes de humanidad y de amistad. Preguntó calurosamente dónde se alojaba Adeline. — Creo que todavía está en el poder del marqués —dijo Theodore, dejando escapar un profundo suspiro. ¡Oh Dios! estos hierros! " y los miró en agonía. Louis se sentó en silencio y pensativo. Por fin, emergiendo de repente de su profundo ensueño, dijo que quería ir al marqués y abandonó la prisión de inmediato. Sin embargo, el marqués se había marchado a París, donde había recibido una citación para comparecer ante el juicio de La Motte; y Louis, aún sin saber lo que había sucedido últimamente en la abadía, regresó a la prisión, donde trató de olvidar que Theodore estaba<sup>{115}</sup> un rival favorito, y considerarlo sólo como el defensor de Adeline. Sus ofertas de servicio eran tan urgentes que Theodore, que

estaba tan sorprendido como afligido por el silencio de su padre y deseaba ardientemente volver a verlo, aceptó su oferta de ir a Savoy. "Tengo fuertes sospechas", dijo Theodore, "que mis cartas han sido interceptadas por el marqués. Si es así, mi pobre padre tendrá que soportar todo el peso de esta desgracia al mismo tiempo. A menos que me aproveche de tu amistad, no podré verlo ni escucharlo hasta que muera. Louis! hay momentos en que mi coraje es incapaz de resistir tal impacto, y cuando estoy listo para perder el uso de mis sentidos ".

No había tiempo que perder; la sentencia de muerte ya había sido firmada: Louis partió inmediatamente hacia Savoy. Las cartas de Theodore habían sido interceptadas por el marqués, quien, con la esperanza de encontrar el asilo de Adeline, las abrió y luego las destruyó.

Pero, para volver a Laluc, que entonces se acercaba a Vaceau, no<sup>(116)</sup> la más mínima queja; pero era evidente que su enfermedad había progresado rápidamente. Luis, que durante este viaje había dado prueba de la bondad de su carácter, por las delicadas atenciones que había prestado a esta infeliz compañía, no pretendía notar el deterioro de la salud de Laluc; y, para apoyar el valor de Adeline, trató de persuadirla de que sus temores sobre este tema eran infundados. Realmente necesitaba consuelo, porque entonces estaba a sólo unos kilómetros de la ciudad que contenía a Theodore; y, aunque la agitación en la que se encontraba la abrumaba, se esforzaba por adoptar un aire sereno. Cuando el coche entró en la ciudad, miró tímida y preocupada para descubrir la prisión; pero después de pasar por varias calles, sin ver ningún edificio que correspondiera a la idea que se había formado de él, el coche se detuvo frente a la posada. Los frecuentes cambios del rostro de Laluc revelaron la violenta agitación de su alma; y, cuando quiso salir, se vio obligado a apoyarse en el brazo de Luis, a quien le dijo con voz débil, al entrar<sup>(117)</sup> en la sala: "Estoy muy mal; pero espero que eso suceda ". Louis le estrechó la mano sin responder una sola palabra y se apresuró a buscar a Adeline y Clare que ya estaban en el pasillo. Laluc se secó las lágrimas que brotaban de sus ojos (eran las primeras que había derramado) cuando entraron en la habitación. "Me gustaría ir a ver a mi pobre hijo de inmediato", le dijo a Louis; su tarea es muy desagradable, señor: tenga la amabilidad de llevarme allí ". Se levantó para irse; pero, débil y abrumado por el dolor, volvió a sentarse. Adeline y Clare se reunieron para rogarle que descansara un poco y tomara unos refrescos; y Louis, insistiendo en la necesidad de preparar a Theodore para esta entrevista, lo persuadió de esperar hasta que su hijo fuera informado de su llegada. e inmediatamente salió de la posada para ir a la prisión de su amigo. Cuando se fue, Laluc, por respeto a sus seres queridos, trató de tomar un refrigerio; pero las convulsiones en su garganta no le permitieron tragar el vino que le ofreció a sus labios resacos.<sup>(118)</sup> chées; y

estaba tan enfermo que quiso retirarse a su habitación, donde pasó solo y en oración los terribles momentos de intervalo de la ausencia de Luis.

Clare, apoyada en el pecho de Adeline, que estaba sentada en la mayor angustia, aunque aparentemente tranquila, se rindió a la violencia de su dolor. "También perderé a mi querido padre", dijo, "puedo verlo claramente: perderé tanto a mi padre como a mi hermano". Adeline lloró un rato en silencio con su amiga y luego trató de persuadirla de que Laluc no era tan malo como pensaba.

"No me adormezcas con tontas esperanzas", respondió ella; no sobrevivirá a esta desgracia .....: Lo noté desde el principio. " Adeline, sabiendo que la angustia de Laluc aumentaría al ver a su hija en este estado, trató de inspirarla más coraje, mostrándole la necesidad de ocultar su emoción en presencia de su padre. "No es imposible", agregó, por doloroso que sea el logro.<sup>(119)</sup> Sepa, querida mía, que mi dolor es tan grande como el suyo; sin embargo, hasta ahora he podido contenerme, porque amo y respeto al Sr. Laluc como a un padre ”.

Sin embargo, Luis había llegado a la prisión de Theodore, quien lo recibió con aire de sorpresa e impaciencia. "¿Quién te traerá de regreso pronto", dijo, "has tenido noticias de mi padre?" Louis luego le informó gradualmente de las circunstancias de su encuentro y de la llegada de Laluc a Vaceau. Theodore, al recibir esta noticia, pareció experimentar diferentes emociones. ¡Pobre padre mío! él dijo; ¡por tanto, siguió a su hijo a este lugar de ignominia! ¡Apenas pensé, cuando nos separamos, que me encontraría en una prisión y en un estado de condena! Esta reflexión provocó en él un grado de dolor que lo privó durante algún tiempo del uso del habla. "¿Pero dónde está él? —dijo Theodore, recuperándose. Ahora que ha llegado, temo esta entrevista que tanto he deseado. Ver su dolor me resultará terrible. Louis! cuando ya no exista "Consuela a mi pobre padre". Su voz<sup>(120)</sup> fue nuevamente interrumpida por sus sollozos; y Louis, que había tenido miedo de informarle al mismo tiempo de la llegada de Laluc y del descubrimiento de Adeline, juzgó conveniente darle este último consuelo.

Los horrores de la prisión y la desgracia se desvanecieron por un momento. Al ver a Theodore entonces, uno habría dicho que había regresado a la vida y la libertad. Cuando terminaron sus primeras emociones: "No murmuraré", dijo, "ya que sé que Adeline está salva, y que volveré a ver a mi padre: me esforzaré por morir con resignación". Luego preguntó si Laluc estaba en la prisión; y le dicen que estaba en la posada con Clare y Adeline. ¡Adeline! ¿Adeline también está ahí? Pasa mis expectativas. Sin embargo, ¿por qué me regocijo? No debo volver a verla nunca más: este no es un lugar adecuado para recibir a Adeline ". Luego recayó en el dolor más profundo y volvió a hacer mil preguntas sobre Adeline, hasta que Louis le recordó que su padre estaba impaciente por verlo.<sup>(121)</sup> Habiendo retenido a su amigo durante

mucho tiempo, le suplicó que llevara a Laluc a la prisión y se esforzó por reunir todo su valor para esta próxima entrevista.

Quand Louis revint à l'auberge, Laluc était encore dans sa chambre; et Clare ayant quitté la salle pour l'appeler, Adeline, avec une impatience pleine d'anxiété, saisit cette occasion de s'informer plus particulièrement de Théodore, qu'elle ne voulait le faire en présence de sa malheureuse sœur. Louis le lui représenta comme plus tranquille qu'il ne l'était effectivement. Cette relation adoucit, en quelque sorte, les angoisses d'Adeline, et ses larmes, jusqu'ici retenues, s'échappèrent en abondance et en silence, jusqu'à ce que Laluc parût. Son visage avait recouvré sa sérénité, mais était empreint d'une profonde et constante douleur, qui excitait dans le spectateur une émotion mêlée de compassion et de respect. «Comment se trouve mon fils, monsieur? dit-il en entrant dans la salle; allons sur-le-champ le voir.»

Clare renouvela les prières qui avaient déjà été rejetées, d'accompagner son père, qui persista dans son refus. «De<sup>(122)</sup> main vous le verrez, ajouta-t-il, mais il faut que nous soyons seuls à la première entrevue; restez avec votre amie, ma chère, elle a besoin de consolation.» Quand Laluc fut parti, Adeline, incapable de résister à la force de sa douleur, se retira dans sa chambre et se mit au lit.

Laluc caminó en silencio hacia la prisión, apoyado en el brazo de Louis. Estaba oscuro: una triste farola suspendida sobre la puerta les permitió vislumbrarla, y Louis llamó; Laluc, casi ahogado, se apoyó contra la puerta hasta que apareció el portero. Le preguntó a Theodore y siguió a este hombre; pero cuando estuvo en el segundo patio, estuvo a punto de desmayarse y se detuvo de nuevo. Luis pidió al portero que trajera agua; pero Laluc, recuperando el uso del habla, dijo que pronto estaría mejor y no quería que se fuera. Unos minutos más tarde pudo seguir a Louis, quien lo condujo por varios pasillos oscuros y lo llevó por una escalera donde había una puerta; el llave en mano, habiendo tirado de los cerrojos, descubrió la prisión de su hijo. Estaba sentado desde<sup>(123)</sup> frente a una mesita, sobre la que ardía una lámpara que daba una débil luz a este calabozo, apta sólo para mostrar su horror y desolación. Cuando vio a Laluc, saltó de su silla y estuvo en sus brazos en un instante. "Mi padre", dijo con voz temblorosa. "¡Mi hijo! gritó Laluc; y permanecieron un rato en silencio, entrelazados en los brazos del otro. Al final, Theodore lo llevó a la única silla que había en la habitación; y, sentándose con Louis a los pies de la cama, tuvo tiempo de observar la devastación que la enfermedad y la desgracia habían causado en su padre. Laluc intentó hablar varias veces; pero, incapaz de pronunciar una sola palabra, se llevó la mano al pecho y suspiró profundamente. Temiendo las consecuencias de una escena tan conmovedora, Luis trató de desviar su atención del objeto inmediato de su angustia y rompió el silencio; pero Laluc, temblando y quejándose de tener mucho frío, se desmayó, por así decirlo, en su silla. Su situación sacó a Theodore del estupor de la desesperación; y, mientras se

esforzaba por mantener y revivir a su padre,<sup>(124)</sup> Louis corrió a buscar otra ayuda. "Pronto estaré mejor, Theodore", dijo Laluc, abriendo los ojos, "esta debilidad ya está sucediendo. ¡Hace mucho que no me encuentro bien, y este triste encuentro! ... Theodore, incapaz de contenerse más, juntó las manos; y su dolor, que había estado luchando durante mucho tiempo por encontrar un pasaje, brotaba de su pecho en repetidos sollozos. Laluc regresó poco a poco y trató de calmar los transportes de su hijo; pero el coraje de este último lo había abandonado por completo, y sólo podía proferir exclamaciones y quejas. "¡Ah! ¡Tenía poca idea de que podríamos encontrarnos en circunstancias tan terribles! ¡pero yo no merecía un destino tan cruel, padre mío! Las razones de mi conducta fueron correctas".

"Esto es lo que me da un gran consuelo", dijo Laluc, "y esto es lo que debería apoyarte en este momento de prueba. El Todopoderoso, que es juez de corazones, te recompensará después. Confía en él, hijo mío; su justicia debe ser nuestra única esperanza hoy ". La voz de Laluc <sup>(125)</sup>perdido puso los ojos en blanco con una expresión de dulce devoción, mientras lágrimas de humanidad rodaban lentamente por sus mejillas.

Théodore, aún más afectado por estas últimas palabras, se apartó de él y cruzó la habitación: la entrada de Louis brindó una ayuda muy oportuna a Laluc quien, después de haber recibido un cordial de este último, se encontró muy pronto para hablar sobre el tema que le resultaba más interesante. Theodore trató de calmarse y lo logró. Conversó durante más de una hora, con un aire bastante sereno, y Laluc se esforzó, durante ese tiempo, en elevar la mente de su hijo a través de la religión y prepararlo para contemplar con valentía la se acercaba la hora terrible. Pero la apariencia de resignación de Theodore nunca dejaba de desaparecer cada vez que pensaba que iba a dejar a su padre con dolor y perder a Adeline para siempre. Cuando Laluc estaba a punto de irse, volvió a mencionarla. "Por muy angustiada que pueda resultar una entrevista<sup>(126)</sup> en las circunstancias actuales, dijo, no puedo soportar la idea de dejar este mundo sin volver a verla; sin embargo, no sé cómo pedirle que se exponga, en relación conmigo, a la angustia de una escena de despedida. Dile que no dejo de pensar en ella ni por un momento; que... "Laluc la interrumpió y le aseguró que, como la deseaba tan ardientemente, la vería, aunque una entrevista solo podría servir para aumentar su mutuo dolor.

"Lo sé ... lo sé demasiado bien", continuó Theodore; sin embargo, no puedo obligarme a no volver a verla y evitarle los problemas que esta entrevista debe causarle. ¡Oh mi padre! cuando pienso en los que debo dejar para siempre, mi corazón se desgarrar; pero haré todo lo posible para aprovechar tus preceptos y tu ejemplo, y demostrar que tu cuidado no ha sido en vano. Mi buen Luis, ve y llévate a mi padre; ¡necesita ayuda! ¡Cuán en deuda estoy con este generoso amigo! añadió Theodore. Lo sabe, señor. "" Sí, lo sé ", respondió Laluc," y nunca

lo sabré.<sup>(127)</sup> recompensa suficiente por los servicios que te ha prestado. Él ayudó a apoyarnos a todos; pero tú necesitas más consuelo que yo. Él se quedará contigo. Volveré solo. "

Theodore no quería sufrirlo; y Laluc sin más resistencia, se abrazaron cariñosamente y se separaron para pasar la noche.

Cuando llegaron a la posada, Laluc consultó con Louis sobre los medios para enviar una solicitud al rey con suficiente antelación para tratar de salvar a Theodore. Su distancia de París, y el breve intervalo entre el momento de la ejecución de la sentencia, dificultaron este diseño; pero Laluc, imaginando que no era imposible, decidido, débil como estaba, a emprender un viaje tan largo. Luis, creyendo que tal empresa sería fatal para el padre, sin ser de utilidad alguna para el hijo, trató, aunque débilmente, de rechazarlo; pero su resolución fue tomada: "Si sacrifico los restos de mi vida por el servicio de mi hijo, dijo, no perderé mucho: si logro salvarlo, lo tendré todo<sup>(128)</sup> won. No hay tiempo que perder. Quiero irme de inmediato ".

Quería encargar caballos de posta; pero Louis y Clare, que habían vuelto de la cama de su amiga, insistieron en la necesidad de descansar unas horas. Por fin se vio obligado a admitir que le era imposible realizar instantáneamente lo que le sugería su ansiedad paterna y consintió en acostarse.

Cuando lo retiraron a su habitación, Clare lamentó la condición de su padre: "No sobrevivirá a este viaje", dijo; ha cambiado mucho durante unos días ". Louis era tan de su opinión que no podía disfrazarse lo suficiente, ni siquiera para halagarla con la más mínima esperanza. Añadió, lo que no ayudó a levantarle el ánimo, que Adeline estaba tan indispuesta por el dolor que le causaba la situación de Theodore y el sufrimiento de Laluc, que temía las consecuencias.

Hemos visto que la pasión del joven La Motte no había disminuido en modo alguno por el tiempo o la ausencia; por el contrario, la persecución y los peligros que había<sup>(129)</sup>Continuó Adeline, había excitado toda su ternura y la había acercado aún más a su corazón. Cuando descubrió que Theodore lo amaba y era amado por él, experimentó todas las punzadas de los celos y el enfado; porque, aunque ella le había dicho que no tuviera esperanzas, él no podía decidirse a obedecerla y había mantenido en secreto una llama que debería haber sofocado. Tenía, sin embargo, demasiada nobleza para permitir que su celo por Teodoro fuera menos ardiente, porque este último era su rival favorito, y demasiada fuerza mental para no ocultar los sufrimientos que le causaba esta certeza. El apego que Theodore había marcado por Adeline, incluso lo había hecho aún más querido para Louis, cuando regresó del primer impacto de este revés, y cuando hubo puesto toda su gloria en vencer estos celos, una conquista conforme a sus principios, pero que sólo mantuvo con dificultad. Sin embargo, cuando volvió a ver a Adeline, cuando la vio con la dignidad más interesante de su dolor; cuando la vio, aunque



abrumado por el peso de sus dolencias, esforzándose por aliviar la aflicción de aquellos<sup>[130]</sup> que le rodeaba, sólo con la mayor dificultad mantuvo su resolución y pudo abstenerse de expresar los sentimientos que le inspiraba. Cuando, además, consideraba que sus sufrimientos más agudos provenían sólo de la fuerza de su apego, quería más que nunca ser objeto de un corazón susceptible a tanta ternura, y Theodore en la cárcel, Theodore en los hierros, fue por un momento el objeto de su envidia.

Por la mañana, cuando Laluc se levantó, después de un sueño breve e interrumpido, encontró a Louis, Clare y Adeline, a quienes su indisposición no había podido evitar que le entregaran esta muestra de respeto y cariño, reunidos en la habitación para verlo. Marcharse, irse. Luego de un almuerzo ligero, durante el cual su aflicción no le permitió decir mucho, se despidió de sus amigos y se subió al auto, seguido de sus lágrimas y sus oraciones. Adeline se retiró inmediatamente a su habitación, que su enfermedad la obligó a guardar ese día. Por la noche, Clare dejó a su amiga y, acompañada de Louis, fue a visitar a su hermano, cuyas emociones eran violentas y variadas, cuando se enteró de la partida de su padre.<sup>[131]</sup>

---

## CAPITULO VI.

VOLVAMOS ahora a Pierre La Motte, quien, después de haber permanecido unas semanas en la prisión de D-y, había sido trasladado a París, para ser juzgado allí como último recurso, y donde lo había seguido el marqués de Montalte, para declarar contra él. Madame La Motte había acompañado a su marido a la prisión de Châtelet. Este último sucumbió bajo el peso de sus desgracias; y todos los esfuerzos de su esposa no pudieron sacarlo del letargo de la desesperación. Aunque fuera absuelto de la acusación formulada contra él por el marqués (que era poco probable), estaba en el escenario de sus primeros crímenes; y en el momento en que salga de las paredes de su prisión, probablemente solo sea para ser devuelto a las manos de la justicia.

Les poursuites du marquis n'étaient que trop bien fondées, et leur objet d'une nature trop sérieuse pour ne pas justifier la terreur de La Motte. Quel<sup>[132]</sup> que temps après que ce dernier se fut retiré à l'abbaye de Saint-Clair, le peu d'argent qui lui restait étant presque épuisé, il fut tourmenté de la plus cruelle inquiétude sur les moyens de subsister à l'avenir. Un soir, se promenant seul à cheval dans un endroit isolé de la forêt, ruminant sur sa détresse présente, et cherchant quelque plan pour pourvoir aux besoins qui approchaient, il aperçut au milieu des

arbres, à quelque distance, un homme à cheval, qui paraissait n'être accompagné de personne. Il lui vint dans l'esprit qu'en volant ce passant il éviterait la misère qui le menaçait. Il y avait déjà long-temps qu'il s'était écarté des bornes de l'honnêteté.... La fraude lui était familière,... et cette idée ne fut pas rejetée. Il hésita.... Chaque moment de réflexion donna de nouvelles forces à la tentation; peut-être ne se présenterait-il jamais une pareille occasion. Il regarda de tous côtés, et ne vit que ce cavalier, dont l'air annonçait un homme de condition. La Motte, s'armant de toute sa résolution, s'avança vers lui et l'attaqua. C'était le marquis de Montalte; il n'avait point d'armes:<sup>[133]</sup> mais, sachant que ses domestiques n'étaient pas bien éloignés, il ne voulut pas se laisser voler. Tandis qu'ils étaient aux prises, La Motte aperçut plusieurs personnes à cheval qui entraient dans l'avenue; et, irrité du délai et de l'opposition qu'il rencontrait, il tira de sa poche un pistolet (qu'il avait toujours sur lui quand il s'écartait de l'abbaye), et fit feu sur le marquis; celui-ci chancela et tomba sans mouvement. La Motte eut le temps de lui arracher une brillante étoile de son habit, quelques bagues de diamans, et de vider ses poches avant que ses domestiques arrivassent. Ceux-ci furent tellement surpris, qu'au lieu de poursuivre le voleur, ils s'empressèrent de secourir leur maître, et La Motte échappa.

Antes de llegar a la abadía, se detuvo en un montón de ruinas llamado la tumba, del que ya hemos hablado anteriormente, para examinar su botín. Consistía en un monedero de setenta luis, una estrella de diamantes, tres anillos de premios y el retrato del marqués en miniatura, decorado con brillantes, que tenía como destinatario para su amante.

La Motte qui, unas horas aupa<sup>[134]</sup> antes, estaba, por así decirlo, desprovisto de todo, hizo brotar una alegría inmoderada al ver este tesoro; pero no duró mucho, cuando reflexionó sobre los medios empleados para obtenerlo, y cuando había comprado al precio de la sangre de sus semejantes las riquezas que contemplaba. Naturalmente violento, este reflejo lo sumió de repente en la mayor desesperación. Se miró entonces como un asesino, hizo una mueca de dolor como un hombre que sale de un sueño, y le hubiera gustado dar al universo por ser tan pobre e inocente como unas horas antes. Examinando el retrato, descubrió su parecido, y creyendo que había privado de vida al original, lo miró con un dolor inexpresable. La inquietud del miedo sucedió a los horrores del remordimiento: agitado por no sé qué aprensión, permaneció largo tiempo en la tumba, donde finalmente depositó su tesoro, pensando que, si su crimen excitaba la vigilancia de la justicia, podría ser que se registrara la abadía y que se descubrieran las joyas. Le resultó fácil ocultar el aumento de su fortuna a madame La Motte; porque, como no tenía<sup>[135]</sup> nunca dio a conocer con exactitud el estado de sus finanzas, no había tenido la menor sospecha de la extrema pobreza con la que se encontraba amenazado; y, como su forma de vida era la misma de siempre, imaginó que los gastos necesarios para el mantenimiento de la familia venían de

la fuente habitual. No le fue tan fácil escapar del remordimiento de su conciencia; se volvió sombrío y soñador; y las frecuentes visitas que hacía a la tumba, adonde iba en parte para examinar su tesoro, pero sobre todo para entregarse al espantoso placer de contemplar el retrato del marqués, despertaron la curiosidad. En la soledad del bosque, donde no había variedad de objetos para renovar sus ideas, el de haber cometido un asesinato estaba siempre presente en su mente.- Cuando el marqués llegó a la abadía, el asombro y el terror de La Motte, porque al principio no supo si era la sombra o la realidad de una figura humana lo que apareció ante sus ojos, fue seguido de repente por el miedo al castigo que el hombre merecía. crimen que había cometido. Cuando el<sup>[136]</sup> el marqués, conmovido por su angustia, había accedido a hablar con él en particular, le había informado que había nacido caballero; luego había mencionado otras circunstancias de sus desgracias calculadas para provocar piedad; había presenciado tal horror de su crimen, y había hecho una promesa tan solemne de devolver las joyas que todavía estaban en su poder (porque solo había gastado una pequeña parte del robo), que el marqués lo hizo finalmente escuchado con una especie de compasión. Este sentimiento favorable, junto con un motivo de egoísmo, había inducido al marqués a hacer un compromiso con La Motte: teniendo pasiones violentas y desordenadas, había visto la belleza de Adeline con singular emoción, y resolvió salvar a la vida en La Motte, con la condición de que le sacrifique a esta desgraciada. La Motte no había tenido suficiente coraje, ni virtud suficiente para rechazar esta condición ... Había devuelto las joyas y consintió en entregar a la inocente Adeline; pero como él conocía su corazón demasiado bien para creer que ella podría ser seducida fácilmente, y como todavía tenía para ella un<sup>[137]</sup> un cierto grado de compasión, había intentado que el marqués no apresurara las cosas, y que poco a poco tratara de destruir sus principios y ganarse su cariño; este último había aprobado y adoptado este plan: su falta de éxito lo había llevado a hacer uso de las estratagemas que había utilizado posteriormente, y así multiplicar las calamidades de Adeline.

Tales eran las circunstancias que habían reducido a La Motte a su estado deplorable. Llegó el día del juicio y lo llevaron de la cárcel al tribunal de justicia, donde compareció el marqués como acusador. Después de leer la acusación, La Motte, según la costumbre, dijo que era inocente; y el abogado Nemours, encargado de su defensa, trató luego de demostrar que la acusación, por parte del marqués de Montalte, era falsa y maliciosa. Teniendo esto en cuenta, hizo mención de la circunstancia en la que este último había intentado persuadir a su cliente para que asesinara a Adeline: adelantó, además, que el marqués había tenido relaciones íntimas con La Motte, varios meses antes de su arresto; y que este<sup>[138]</sup> Sólo después de que este último hubiera frustrado la expectativa de su acusador, al salvar el objeto de su venganza, el marqués juzgó conveniente acusar

a La Motte del crimen en cuestión. Nemours mostró cuán improbable era que uno mantuviera correspondencia con un hombre al que le habían asaltado y robado; y demostró que el marqués había tenido vínculos especiales con La Motte durante varios meses, después del período señalado como aquel en que se cometió el crimen. Si el marqués tenía la intención de continuar, ¿por qué no lo hizo inmediatamente después del descubrimiento de La Motte? Y, como no lo había hecho entonces, ¿quién podría haberlo persuadido de que lo persiguiera tanto tiempo después?

El marqués no respondió a estos argumentos; pues, como su conducta en este artículo se había guiado por los designios que tenía para Adeline, sólo podría haberlo justificado sacando a la luz proyectos que hubieran mostrado la negrura de su carácter y militado contra ella. porque. Por eso se contentó con mostrar a varios de sus sirvientes para demostrar la<sup>[139]</sup>Ataque y hurto: estos juraron sin escrúpulos que La Motte era el ladrón, aunque ninguno lo había visto excepto en la oscuridad y corriendo a todo galope. Cuando se les preguntó por separado, se contradecían; y en consecuencia su testimonio fue rechazado: pero como el marqués aún tenía otros dos testigos que presentar, cuya llegada a París se esperaba en cada momento, se pospuso el juicio y se levantó la sesión.

La Motte fue devuelto a su prisión, en el mismo estado de desesperación con el que había salido. Al pasar por uno de los callejones, vio a un hombre que se detuvo para dejarlo pasar y lo miró fijamente. La Motte pensó que lo había visto antes; pero como estaba muy oscuro, había sido capaz de distinguir sus rasgos sólo de manera imperfecta: además, su mente estaba demasiado agitada para que se interesara por este individuo. Cuando pasó, este extraño le preguntó al carcelero quién era La Motte. Habiendo sido educado, después de hacerle varias preguntas más, le rogó que le permitiera hablar con él. Dado que solo estuvo en la cárcel por<sup>[140]</sup>deudas su solicitud fue concedida; pero no pudo tener una entrevista con él hasta el día siguiente, porque las puertas estaban cerradas por la noche.

La Motte encontró a su esposa en su habitación, donde lo había estado esperando durante unas horas para conocer el resultado del juicio. Entonces querían más que nunca ver a su hijo; pero, como éste había previsto muy bien, desconocían su cambio de guarnición, porque las cartas que les había dirigido en Auboine, con un nombre prestado, según la costumbre, se habían quedado en la oficina de correos. Esta circunstancia había hecho que madame La Motte hubiera dirigido sus cartas a la última residencia de su hijo y, por tanto, éste no fuera informado ni de las desgracias de su padre ni de su cambio de lugar. Sorprendida por no recibir ninguna respuesta, envió otro con el relato del juicio de su marido y anunciando cuánto deseaba que se le concediera permiso a su hijo para ir a París en el acto.

Sin embargo, el próximo destino de La<sup>(141)</sup> Motte siempre estuvo presente en su mente: naturalmente débil, e irritado por los placeres, no tuvo la firmeza necesaria para contemplar este terrible momento con sangre fría.

Mientras sucedían estas cosas en París, Laluc llegó allí sin accidente, después de un viaje que solo había apoyado con su gran determinación. Se apresuró a ir y arrojarse a los pies del rey; y tales fueron las sensaciones que experimentó, presentando una petición que decidiría el destino de su hijo, que sólo tuvo fuerzas para darla, tras lo cual se desmayó. El rey recibió la petición y, habiendo ordenado que se atendiera a este infortunado padre, continuó su camino. Lo llevaron de regreso a su hotel, donde esperaba el resultado de este último esfuerzo.

Adeline, mientras tanto, había permanecido en Vaceau en un estado de ansiedad demasiado violento para su delicada tez; y la enfermedad que le siguió la mantuvo casi continuamente en su habitación. A veces se atrevía a jactarse de que el viaje de Laluc sería un éxito; pero estos breves intervalos de consuelo no sirvieron<sup>(142)</sup> que para aumentar, por su contraste, el tamaño de la desesperación por la que fueron seguidos; y, alternativamente atormentada por estos dos extremos, experimentó una tortura más cruel que la producida por la desesperación absoluta.

Cuando se recuperó, bajó al salón para conversar con Louis, que a menudo le traía noticias de Theodore y que empleaba cada momento en que podía escapar de los deberes de su estado para consolar a sus angustiados amigos. Adeline y Theodore no tenían más esperanza que en él el pequeño alivio al que eran susceptibles; y cada vez que aparecía, una especie de placer melancólico se apoderaba de sus corazones. No había podido ocultarle a Theodore la indisposición de Adeline, ya que había tenido que explicarle las razones que hasta ese momento le habían impedido cumplir el violento deseo que tenía de volver a verla. Habló particularmente con Adeline sobre el coraje y la resignación de su amiga, sin olvidar mencionarle la ternura que siempre le manifestó.<sup>(143)</sup> Su único consuelo de la presencia de Louis, y al ver su constante amistad por el hombre que amaba apasionadamente, la estima que tenía por él se transformó en reconocimiento y continuó aumentando gradualmente.

El valor que le dio a Theodore en medio de sus calamidades fue un poco exagerado. Era imposible que este último pudiera olvidar lo suficiente los lazos que lo unían a la vida para someterse con firmeza a su destino; pero aunque tenía frecuentes y violentos ataques de dolor, se esforzaba, en presencia de sus amigos, por asumir un aire sereno y firme. Tenía pocas esperanzas en el éxito del viaje de su padre y, sin embargo, esta débil esperanza fue suficiente para mantener su mente en todos los horrores de la incertidumbre hasta después del evento.

La veille du jour fixé pour l'exécution, Laluc arriva à Vaceau. Adeline était à sa fenêtre quand la voiture s'approcha de l'auberge; elle le vit descendre et entrer

dans la maison, soutenu de Pierre, dans le dernier épuisement. Elle ne tira pas un bon augure de son air de langueur; et, pour ainsi dire, accablée sous le poids de son émotion, elle alla à sa ren<sup>(144)</sup>contre. Clare était déjà avec son père quand Adeline entra dans la chambre. Elle s'approcha de lui; mais, craignant d'apprendre de sa bouche la confirmation du malheur que son visage semblait annoncer, elle le regarda d'une manière très-expressive et s'assit, incapable de prononcer la question qu'elle avait envie de faire. Il tendit la main en silence, s'enfonça dans son fauteuil, et parut anéanti dans la douleur. Ses manières confirmèrent toutes les craintes d'Adeline; cette terrible conviction lui fit à l'instant perdre l'usage de ses sens; elle s'assit sans mouvement, et pour ainsi dire pétrifiée.

Laluc et Clare étaient trop absorbés par leur propre détresse pour remarquer sa situation; peu de temps après, elle poussa un profond soupir et fondit en larmes. Soulagée par ses pleurs, ses esprits revinrent peu à peu, et elle dit enfin à Laluc: «Il est inutile, monsieur, de demander le succès de votre voyage; cependant, quand vous serez en état de le faire, je le souhaiterais.....»

Laluc fit un signe de la main.—«Hélas! dit-il, je n'ai rien à dire que ce que vous ne devinez que trop bien. Mon<sup>(145)</sup> pauvre Théodore!»—Sa voix fut étouffée par ses sanglots, et il s'ensuivit pendant quelques momens les plus pénibles angoisses.

Adeline fut la première qui recouvra assez de présence d'esprit pour remarquer l'extrême langueur de Laluc, et pour lui procurer des secours. Elle lui fit préparer des rafraîchissemens, et le pria de vouloir bien se mettre au lit, et de permettre qu'elle envoyât chercher un médecin, ajoutant que la fatigue qu'il avait éprouvée exigeait du repos. «Je voudrais bien qu'il fût en mon pouvoir d'en trouver, ma chère enfant, dit-il; ce n'est pas dans ce monde que je dois le chercher, mais dans un monde meilleur, et j'espère que je ne tarderai pas à y être. Mais où est notre bon ami Louis La Motte? Il faut qu'il nous conduise à la prison de mon fils.....»

La douleur le suffoqua encore, et l'arrivée de Louis leur apporta à tous un soulagement dont ils avaient grand besoin. Leurs larmes lui firent connaître ce qu'il avait envie de savoir. Laluc s'informa sur-le-champ de son fils; et, après avoir remercié Louis de toutes ses complaisances, le pria<sup>(146)</sup> de le conduire à la prison. Louis tâcha de le persuader de différer sa visite jusqu'au lendemain, et Adeline et Clare se joignirent à lui, mais Laluc était résolu d'y aller le soir même. «Son temps est court, dit-il; encore quelques heures, et je ne le verrai plus; au moins dans ce monde je ne dois pas négliger ces momens précieux. Adeline! j'avais promis à mon pauvre fils qu'il vous verrait encore une fois; vous n'êtes pas maintenant en état de soutenir une pareille entrevue. Je vais essayer de le réconcilier avec ce contre-temps: mais si je ne réussis pas, et que vous vous portiez mieux demain matin, je suis persuadé que vous ferez tous vos efforts pour

souscrire à ses désirs.» Adeline regarda avec impatience, et voulut parler. Laluc se leva pour s'en aller; mais il put à peine gagner la porte de la chambre, où, faible et épuisé, il s'assit sur une chaise. «Il faut céder à la nécessité, dit-il, je sens que je ne saurais aller plus loin ce soir: allez le trouver, La Motte, et dites-lui que je suis un peu indisposé du voyage, mais que j'irai le voir demain de grand matin. Ne lui donnez aucune espérance;<sup>(147)</sup> préparez-le à ce qu'il y a de plus affreux.....» Il y eut un intervalle de silence; à la fin Laluc, se remettant, dit à Clare de faire préparer son lit, et elle obéit à l'instant. Quand il fut retiré, Adeline raconta à Louis ce qu'il n'avait que trop compris, le mauvais succès du voyage de Laluc. «J'avoue, ajouta-t-elle, que je m'étais quelquefois permis d'espérer, et je sens aujourd'hui doublement cette calamité. Je crains aussi que M. Laluc ne succombe sous le poids; il est bien changé depuis son départ pour Paris. Dites-moi votre opinion avec sincérité.»

Ce changement était si visible, que Louis ne put le nier; mais il s'efforça d'apaiser ses craintes, en attribuant ce changement, en grande partie, à la fatigue du voyage. Adeline déclara sa détermination d'accompagner Laluc pour dire adieu à Théodore. «Je ne sais, dit-elle, comment je soutiendrai cette entrevue; mais c'est un devoir que je me dois à moi-même et à lui de le voir encore une fois. Le souvenir d'avoir négligé de lui donner cette dernière preuve d'affection, me causerait des remords éternels.»<sup>(148)</sup>

Après quelque autre conversation sur ce sujet, Louis alla à la prison, en pensant aux meilleurs moyens de communiquer à son ami la fâcheuse nouvelle qu'il avait à lui apprendre. Théodore la reçut avec plus de résignation qu'il ne s'était imaginé: mais il demanda avec impatience pourquoi il ne voyait pas son père et Adeline; et, étant informé qu'ils étaient indisposés, son imagination lui suggéra ce qui pouvait arriver de pis, que son père était mort. Louis fut longtemps à le persuader du contraire, et à le convaincre qu'Adeline n'était pas dangereusement malade; cependant, quand il fut assuré qu'il la verrait le lendemain, il devint plus tranquille. Il pria son ami de ne pas le quitter cette nuit-là. «Ce sont, ajouta-t-il, les derniers momens que nous ayons à passer ensemble; je ne puis dormir! restez avec moi, et allégez-en le fardeau. J'ai besoin de consolation, Louis: à la fleur de mon âge, et tenant au monde par tous les liens, je ne puis le quitter avec résignation. Je ne saurais croire à ces histoires de courage philosophique dont nous entendons parler tous les<sup>(149)</sup> jours: la sagesse n'est point en état de nous apprendre à abandonner un bien avec plaisir; et dans les circonstances où je me trouve, la vie est certainement un bien.»

La nuit se passa dans une conversation embarrassée, qui fut quelquefois interrompue par de longs intervalles de silence, et quelquefois par des accès de désespoir; et la lueur de ce jour, qui devait conduire Théodore à la mort, perça enfin à travers les grilles de sa prison.

Cependant Laluc passait une nuit terrible et sans sommeil. Il pria le ciel de lui accorder, ainsi qu'à Théodore, du courage et de la résignation; mais les angoisses de la crainte étaient trop puissantes chez lui, et il ne pouvait les subjuguier. L'idée de sa femme, et de ce qu'elle aurait souffert, si elle avait vécu pour être témoin de la mort ignominieuse qui attendait son fils, lui revenait sans cesse à l'esprit.

Il semblait que le sort fût contre Théodore, car il est probable que le roi eût accordé la pétition de ce malheureux père, si le marquis de Montalte n'avait pas été à la cour quand elle fut présentée. L'air et la grande<sup>(150)</sup> affliction du suppliant avaient intéressé le monarque; et, au lieu de donner le papier à un gentilhomme de la chambre, il l'avait ouvert. Après avoir jeté les yeux sur le contenu, ayant remarqué que le criminel était du régiment du marquis de Montalte, il se tourna vers lui, et s'informa de la nature du délit du coupable. Le marquis fit une réponse telle qu'on devait s'y attendre, et le roi fut persuadé que Théodore n'était pas digne de pardon.

Pour revenir à Laluc, qui, selon son désir, avait été éveillé de grand matin, après avoir passé quelque temps en prières, il descendit dans la salle, où Louis l'attendait déjà pour le conduire à la prison. Il paraissait calme et recueilli; mais on voyait sur son visage l'empreinte du désespoir, ce qui affectait singulièrement son jeune ami. En attendant Adeline, il parla peu, et sembla faire des efforts pour parvenir au degré de courage nécessaire pour soutenir la scène prochaine. Adeline ne paraissant pas, il envoya à la fin quelqu'un pour la prier de se hâter, et fut informé qu'elle avait été fort mal; mais qu'elle se re<sup>(151)</sup>mettait. Elle avait effectivement passé la nuit dans une telle agitation, qu'elle succombait sous le poids de sa douleur; et elle tâchait alors de recouvrer assez de force et de résignation pour se soutenir dans ce moment terrible. Chaque instant qui l'en approchait avait augmenté ses émotions, et il n'y eut que la crainte qu'on ne l'empêchât de revoir Théodore, qui la rendit capable de lutter contre les maux réunis de la maladie et de la douleur.

Elle alla enfin, avec Clare, trouver Laluc, qui, s'avançant vers elles lorsqu'il les vit entrer dans la salle, leur prit à chacune une main en silence. Quelques momens après, il proposa de partir; et ils montèrent tous dans une voiture qui les mena à la porte de la prison. La foule avait déjà commencé à s'assembler, et il s'élevait un murmure confus à mesure que la voiture s'approchait: c'était une vue bien pénible pour les amis de Théodore. Louis donna la main à Adeline en descendant; elle pouvait à peine se soutenir, et, d'un pas tremblant, elle suivit Laluc, que le geôlier conduisit vers cette partie de la prison où était<sup>(152)</sup> son fils. Il était alors huit heures, la sentence ne devait être exécutée qu'à midi: mais il y avait déjà une garde de soldats dans la cour; et cette malheureuse compagnie, en passant dans les allées étroites, rencontra plusieurs officiers qui avaient été faire leurs derniers adieux à Théodore. En montant l'escalier qui conduisait à son



appartement, l'oreille de Laluc fut frappée d'un cliquetis de chaînes, et il l'entendit se promener à grands pas dans sa chambre. Ce malheureux père, accablé par l'idée du moment qui allait lui présenter son fils, s'arrêta, et fut obligé de s'appuyer sur la rampe. Louis, craignant les conséquences de son chagrin, dans l'état de faiblesse où il se trouvait, voulut aller chercher des secours; mais il lui fit signe de rester. «Je me porte mieux, dit Laluc. O Dieu! soutiens-moi dans cette heure terrible!» Et, quelques minutes après, il fut en état de continuer.

Quand le guichetier ouvrit la porte, le bruit déchirant des verroux fit frémir Adeline; mais elle se trouva au même instant en présence de Théodore, qui vola à sa rencontre, et la retint<sup>(153)</sup> dans ses bras au moment où elle allait s'évanouir. Comme sa tête se trouvait appuyée sur son épaule, il contempla encore une fois ce visage qui lui était si cher, qui avait si souvent répandu la joie dans son cœur, et qui, quoique pâle et insensible, lui faisait éprouver des instans de délices. Quand elle commença à ouvrir les yeux, elle les fixa tristement sur Théodore, qui, la serrant contre son cœur, ne put lui répondre que par un sourire mêlé de tendresse et de désespoir; les larmes qu'il s'efforçait de retenir flottaient dans ses yeux; et pendant un moment il oublia tout, excepté Adeline. Laluc, qui s'était assis sur le pied du lit, paraissait insensible à tout ce qui l'environnait, et absorbé dans sa douleur; mais Clare, qui tenait la main de son frère, et qui avait la tête appuyée sur son bras, exprimait tout haut les tourmens de son cœur, ce qui excita l'attention d'Adeline, qui lui dit d'une voix presque éteinte d'épargner son père. Ses paroles émurent Théodore, qui porta Adeline sur une chaise et se tourna vers Laluc. «Mon cher enfant, dit Laluc, en lui prenant la main et en fondant en larmes, mon<sup>(154)</sup> cher enfant!» Ils pleurèrent tous deux. Après un long intervalle de silence, il dit: «J'aurais cru pouvoir supporter cette heure-ci; mais je suis vieux et faible. Dieu connaît mes efforts pour la résignation et ma confiance en sa bonté.»

Théodore, par un grand et soudain effort d'esprit, prit un air ferme et composé, et tâcha, par les argumens les plus plausibles, de consoler ses amis désolés. Laluc parut enfin avoir surmonté sa douleur; s'étant essuyé les yeux, il dit: «Mon fils, j'aurais dû vous donner un meilleur exemple, et mieux pratiquer les préceptes de courage que je vous ai si souvent enseignés: mais cela ne m'arrivera plus; je connais mes devoirs et je les remplirai.» Adeline poussa un profond soupir et continua de pleurer.

«Consolez-vous, ma chère amie, nous ne nous séparerons que pour un temps, dit Théodore en baisant les larmes qui coulaient le long de ses joues; et, joignant sa main à celle de son père, il la recommanda fortement à la protection de ce dernier. «Recevez-la, ajouta-t-il, comme le legs le plus pré<sup>(155)</sup>cieux que je puisse vous laisser; regardez-la comme votre fille. Elle vous consolera, quand je ne serai plus; elle fera plus que suppléer à la perte de votre fils.»

Laluc l'assura qu'il regardait déjà et continuerait de regarder Adeline comme sa fille. Pendant ces heures d'affliction, il s'efforça de dissiper les terreurs de la mort, en inspirant à son fils une confiance religieuse. Sa conversation fut pieuse, raisonnable et consolante: ce ne furent pas les froides expressions de l'esprit, mais les sentimens d'un cœur qui aimait et pratiquait depuis long-temps les purs préceptes du christianisme, et qui en tirait alors une consolation que rien de terrestre ne saurait dispenser.

«Vous êtes jeune, mon fils, dit-il; vous n'avez pas encore commis de grands crimes, vous pouvez donc envisager la mort sans terreur, car son approche n'est terrible qu'aux coupables. Je sens que je ne vous survivrai pas long-temps; et j'espère qu'un Dieu de miséricorde nous fera rencontrer dans un état où le chagrin est inconnu, *où le fils de la justice guérira nos blessures!*» En parlant ainsi, il levait les<sup>(156)</sup> yeux au ciel; les larmes roulaient dans ses yeux, qui rayonnaient d'une douce et fervente dévotion, et son visage avait la dignité d'un être supérieur.

«Ne négligeons pas ces momens terribles, dit Laluc en se levant; que nos prières réunies montent vers celui qui a seul le pouvoir de nous consoler!» Ils se mirent tous à genoux, et il pria avec cette simple et sublime éloquence qu'inspire la vraie piété. Quand il se leva, il embrassa ses enfans l'un après l'autre; et, lorsqu'il vint à Théodore, il s'arrêta, le fixa avec une expression de tendresse et de douleur, et fut pendant quelque temps incapable de parler. Théodore ne put supporter cette vue; il se mit la main devant les yeux, et fit d'inutiles efforts pour étouffer les violens sanglots qui le déchiraient. Recouvrant à la fin l'usage de la parole, il pria son père de le laisser. «Cet état est trop violent pour nous, dit-il, ne le prolongeons pas davantage. Le temps s'approche;... permettez-moi de me composer. La mort n'a de cruel que la séparation d'avec ce que nous avons de plus cher; quand cela est passé, la mort n'est rien.»

«Je ne vous quitterai pas, mon fils,<sup>(157)</sup> répliqua Laluc. Ma pauvre fille s'en ira; mais quant à moi je veux être avec vous dans vos derniers momens.» Théodore sentit que cela serait trop pour eux deux, et fit usage de tous les argumens que la raison put lui suggérer, pour engager son père à renoncer à son dessein. Mais il resta ferme dans sa résolution. «Je ne souffrirai pas que la considération des souffrances que je puis endurer, dit Laluc, me fasse abandonner mon enfant dans le moment où il aura le plus besoin de mon soutien. Il est de mon devoir de vous accompagner, et rien ne m'en empêchera.»

Théodore asimiló las palabras de Laluc: "Ya que quieres que me sostenga en mi última hora", dijo, "te ruego que no seas testigo: tu presencia, mi amado padre, me robaría todo mi valor". ..., acabaría con cualquier pequeña resolución que pudiera tener. No añadas a mis sufrimientos la vista de tu angustia; pero permíteme olvidar, si es posible, al querido pariente a quien debo dejar para siempre! " Las lágrimas volvieron a fluir. Laluc siguió mirándolo. Al final

dijo:<sup>[158]</sup> "¡Y bien! es; ya que mi presencia te haría daño, no iré ". Dijo esto con la voz quebrada. Después de un intervalo de unos momentos, volvió a besar a Theodore ..... "Debemos separarnos", dijo, "*debemos* separarnos; pero es solo por un tiempo; ¡No pasará mucho tiempo antes de que nos unamos a un mundo más perfecto! ¡Oh Dios! ves hasta el fondo de mi corazón; .... ves todo lo que está experimentando en este cruel momento! " El dolor lo asfixió de nuevo. Abrazó a Theodore en sus brazos; y al final, parecía reunir todas sus fuerzas, repitió: " Nos *debemos* separar .... Oh! hijo mio, adios para siempre en este mundo! ¡Que Dios, en su misericordia, te apoye y te conceda su bendición! "

Se volvió para salir de la prisión; pero, exhausto por el dolor, cayó en una silla que estaba cerca de la puerta que quería abrir. Theodore, con la desesperación pintada en su rostro, miró a su vez a su padre, Clare y Adeline, a quienes abrazó en su pecho; y sus lágrimas se mezclaron. "¿Es esta la última vez?", Gritó.<sup>[159]</sup> Contemplo este rostro? ¿No volveré a verlo nunca? .... ¡nunca! ¡Oh dolor inexpresable! Una vez más, agregó, ¡solo una vez más! besando su mejilla; pero era insensible y fría como el mármol.

Louis, que había abandonado la habitación poco después de la llegada de Laluc, para no interrumpir su triste despedida con su presencia, regresó. Adeline levantó la cabeza y, al ver al que había entrado, volvió a hundirla en el pecho de Theodore.

Louis parecía muy agitado. Laluc se puso de pie: "Debemos irnos", dijo; Adeline, querida mía, haz un esfuerzo ..... Clare ..... hijos míos ... vamos ..... Sin embargo, un último beso más ..... un último beso, ¡y así! ... .. "Louis se acercó y tomó su mano:" Mi querido señor, tengo algo que decir; pero tengo miedo de hablar. "" ¿Qué quieres decir? - prosiguió Laluc apresuradamente -. Ninguna nueva desgracia puede afligirme en este momento: no tengas miedo de explicarte. - Estoy muy feliz de no tener esta nueva prueba para hacerte pasar, respondió Louis. Te vi soportar<sup>[160]</sup> la mayor aflicción con valor; ¿Puedes sostener el gozo de la esperanza? " Laluc miró a Louis con aire de sorpresa. "¡Hablar! dijo con voz débil ". Adeline levantó la cabeza y, temblando entre el miedo y la esperanza, miró a Louis, como si quisiera penetrar su alma. Él le sonrió con satisfacción. "¿Él es ..... oh! ¿Es posible? gritó ella, volviendo a la vida! .... se salva, se salva! " Ella no dijo más, sino que corrió hacia Laluc, que se estaba desmayando en su silla, mientras Theodore y Clare rogaban a Louis en voz alta que los liberara de esta cruel incertidumbre.

Les informó que había obtenido del comandante un indulto para Theodore, hasta que el rey hubiera dado a conocer su última voluntad; y que, como consecuencia de una carta que había recibido de su madre por la mañana, por la que le informaba de algunas circunstancias extraordinarias que se habían presentado en el curso de un juicio ahora pendiente en el Parlamento de París,

que comprometía la reputación del marqués de Montalte, que era<sup>(161)</sup> posible que se obtenga el perdón de Theodore.

Estas palabras pasaron a la velocidad del rayo por los corazones de sus oyentes. Laluc se recuperó; y esta prisión, que hace sólo un momento ofrecía un escenario de desesperación, ahora resuena con gritos de alegría y gratitud. Laluc, levantando las manos al cielo, dijo: ¡este Gran Dios! ¡apóyame en este momento, como ya me has apoyado! ..... siempre que mi hijo viva, moriré en paz ”.

Besó a Theodore; y, al recordar la angustia de su último beso, lágrimas de gratitud y alegría corrieron por sus mejillas y la hicieron sentir sensaciones contrarias. Este respiro momentáneo produjo, es cierto, un efecto tan maravilloso y una esperanza tan grande para el futuro, que la gracia absoluta del criminal no habría causado, por el momento, un placer más vivo; pero, tras las primeras emociones, la incertidumbre sobre el destino de Theodore reapareció con toda su fuerza. Adeline no mencionó sus sentimientos al respecto; pero Clare lamentó abiertamente la posibilidad de que su<sup>(162)</sup>El hermano fue arrancado de sus brazos de nuevo y su alegría se convirtió en dolor. Una mirada de Adeline la detuvo. Sin embargo, la alegría se convirtió tanto en la pasión dominante del momento, que las sombras que el reflejo arrojaba sobre sus esperanzas se desvanecían como vapores matutinos ante los rayos del sol, y sólo Louis parecía distraído y soñador.

Cuando se recuperaron un poco, Louis les informó que el contenido de la carta de Madame La Motte le obligaba a partir inmediatamente hacia París, y que la noticia que tenía que compartir con ellos concernía especialmente a Adeline, que juzgaría. sin duda era necesario ir allí también, tan pronto como su salud se lo permitiera. Luego leyó a sus impacientes oyentes los pasajes de su carta que probablemente desarrollarían lo que estaba diciendo; pero como Madame La Motte había omitido varias circunstancias importantes que es necesario conocer, he aquí lo que había sucedido últimamente en París.

Hay que recordar que el primer día del juicio, La Motte, en su camino del tribunal de justicia a su prisión, había visto<sup>(163)</sup>un hombre cuyas facciones creía reconocer, aunque solo lo había visto en la oscuridad; y que este mismo hombre, después de preguntar por el nombre de La Motte, había pedido hablar con él. Al día siguiente, el carcelero había accedido a su pedido; y uno puede imaginarse la sorpresa de La Motte cuando, a plena luz del día desde su apartamento, reconoció al mismo individuo de cuyas manos había recibido a Adeline.

Habiendo encontrado a Madame La Motte en el dormitorio, dijo que tenía algo importante que comunicar y que deseaba quedarse a solas con el prisionero. Cuando fue retirado, le dijo a La Motte que se había enterado de que lo perseguía el marqués de Montalte. La Motte respondió que sí. "Sé que es un villano", dijo el extraño; su caso es desesperado. ¿Te gustaría vivir?

"¿Es esa una pregunta que debe hacerse?"

“Me han informado que su juicio continúa mañana. Actualmente soy deudor; pero si puede conseguirme permiso para comparecer ante el tribunal con usted y una promesa de los jueces<sup>(164)</sup> que lo que voy a revelar no me comprometerá, descubriré cosas que confundirán al citado marqués: probaré que es un sinvergüenza, y luego juzgaremos hasta qué punto puede ser válido su testimonio contra usted ”.

La Motte, que entonces tenía mucho interés en oírle, le rogó que se explicara: y este hombre inició una larga historia de las desgracias que le habían obligado a entregar sus manos a los proyectos del marqués: pero lo detuvo todo. de repente, y dijo: "Me daré más explicaciones cuando haya obtenido del tribunal la promesa que pido; hasta entonces no puedo decir más ”.

La Motte no pudo evitar atestiguar dudas sobre la veracidad de sus afirmaciones, y una especie de curiosidad por conocer las razones que lo llevaron a convertirse en acusador del marqués.- "En cuanto a estas razones", respondió el particular. , son muy naturales; no es fácil verse maltratado sin sentirse resentido, especialmente por un sinvergüenza al que se ha prestado servicios ". La Motte se esforzó, por<sup>(165)</sup> interés por este individuo, por moderar la violencia con la que se expresaba. "No me importa si alguien me escucha", agregó el extraño; pero sin embargo habló en un tono más bajo: "Repito ... el marqués se ha portado mal conmigo." Le he guardado el secreto durante bastante tiempo. No cree que sea importante mantener mi silencio, de lo contrario habría aliviado mis necesidades. Estoy en la cárcel por deudas y le hice pedir ayuda. Como no considero oportuno pasármelo, déjelo sufrir las consecuencias. Te respondo que no tardará en arrepentirse de haber despertado mi resentimiento ”.

Entonces se disiparon las dudas de La Motte; una vez más tenía ante sí la perspectiva de la vida; y le aseguró a Du Bosse (así se llamaba el forastero), con mucha calidez, que le diría a su abogado que hiciera todo lo posible para conseguir que pudiera comparecer ante la justicia, así como la promesa de que lo haría exigió. Después de una conversación más, se separaron.<sup>(166)</sup>

---

## CAPITULO VII.

Du Bosse finalmente obtuvo permiso para comparecer ante el tribunal, con la promesa de que lo que dijera no sería responsabilidad suya; y acompañó a La Motte ante los jueces.

Cuando apareció este hombre, varios de los presentes observaron la confusión del marqués de Montalte, y en particular de La Motte, que extrajo de ella un presagio favorable para él.

Quand du Bosse fut interrogé, il informa la cour que, dans la nuit du 21 avril de l'année précédente, un appelé Jean d'Aunoy, qu'il connaissait depuis plusieurs années, était venu chez lui; qu'après avoir conversé pendant quelque temps sur leur situation, d'Aunoy lui avait dit qu'il connaissait un moyen par lequel du Bosse pourrait changer toute sa pauvreté en richesse; mais qu'il n'en dirait pas davantage, à moins qu'il ne fût certain qu'il voulût l'adopter. L'état de détresse dans lequel se trouvait alors du Bosse, lui avait fait<sup>(167)</sup> désirer de connaître quel était ce moyen qui devait ainsi le tirer d'embarras; il avait prié son ami, avec chaleur, de s'expliquer; et, au bout de quelque temps, d'Aunoy s'était ouvert à lui. Il dit qu'il était chargé, par un seigneur (qu'il informa ensuite du Bosse être le marquis de Montalte), d'enlever une jeune fille du couvent, et de la conduire dans une maison à quelques lieues de Paris. «Je connaissais bien la maison qu'il me décrivit, ajouta du Bosse, car j'y avais été plusieurs fois avec d'Aunoy, qui y demeurait pour se soustraire aux poursuites de ses créanciers, quoiqu'il passât souvent la nuit à Paris.» Il ne voulut rien découvrir davantage de son projet, mais dit qu'il aurait besoin d'aides, et que si moi et mon frère, mort depuis, voulions le joindre, celui qui l'employait n'épargnerait pas l'argent, et que nous serions bien récompensés. Je désirai en savoir davantage; mais il s'opiniâtra à garder le silence; et lorsque je lui eus dit que je m'aviserais et que j'en parlerais à mon frère, il s'en alla.

Quand il revint, la nuit suivante, mon frère et moi acceptâmes ses of<sup>(168)</sup>fres, et nous l'accompagnâmes en conséquence chez lui. Il nous dit alors que la jeune demoiselle qu'il devait amener dans cet endroit, était une fille naturelle du marquis de Montalte et d'une religieuse du couvent des Ursulines; que sa femme avait pris l'enfant le jour de sa naissance, et avait eu une bonne pension pour l'élever comme le sien, ce qu'elle avait fait jusqu'au jour de sa mort; que cette fille avait alors été mise au couvent, et destinée à prendre le voile; mais que, lorsqu'elle fut d'âge à faire des vœux, elle avait constamment refusé de les faire; que cette circonstance avait tellement irrité le marquis, que, dans sa colère, il avait ordonné que, si elle persistait dans son opiniâtreté, il fallait la retirer du couvent, et s'en défaire d'une manière ou d'une autre, puisqu'en vivant dans le monde, sa naissance pourrait être découverte, et qu'en conséquence, sa mère, qu'il aimait encore, serait condamnée à expier son crime par une mort terrible.

Du Bosse fut interrompu dans sa narration par l'avocat du marquis, qui soutint qu'il était illégal et indécent<sup>(169)</sup> de rapporter de pareilles circonstances, afin d'inculper son client. On lui répondit que cela n'était ni illégal ni indécent, parce que les circonstances qui mettaient au jour le caractère du marquis atténuaient son témoignage contre La Motte. On permit à du Bosse de continuer.

D'Aunoy lui dit alors que le marquis lui avait ordonné de la mettre à mort; mais qu'accoutumé à la voir depuis son enfance, il n'avait pas eu la force d'exécuter cet ordre, et l'en avait informé par lettre. Le marquis lui avait alors commandé de trouver quelqu'un qui voulût le faire, et que c'était pour cela qu'il avait besoin de nous. Mon frère et moi n'étions pas assez méchants pour commettre un pareil forfait, et nous le dûmes à d'Aunoy. Je ne pus même m'empêcher de lui demander pourquoi le marquis voulait faire mourir son enfant, plutôt que d'exposer sa mère à être condamnée à mort. Il répondit que le marquis n'avait jamais vu son enfant, et que conséquemment il n'était pas à supposer qu'il eût beaucoup d'amitié pour elle,<sup>{170}</sup> et encore moins qu'il l'aimât plus qu'il n'aimait sa mère.

Du Bosse continua de raconter combien lui et son frère avaient fait d'efforts pour attendrir d'Aunoy sur le sort de la fille du marquis, et ajouta qu'ils lui persuadèrent enfin d'écrire de nouveau et de plaider sa cause. D'Aunoy était allé à Paris pour attendre la réponse, les laissant avec la jeune demoiselle à une maison dans la Bruyère, où ils étaient convenus de rester, en apparence pour exécuter les ordres qu'ils pourraient recevoir, mais, dans le fait, pour sauver la victime dévouée à la destruction.

Il est probable que du Bosse, dans cet endroit, ne découvrit pas son véritable dessein, puisqu'en supposant qu'il eût eu intention de commettre un meurtre, il était naturel qu'il fit ses efforts pour le cacher: quoi qu'il en soit, il assura que, dans la nuit du 26 avril, il reçut ordre, de la part de d'Aunoy, d'assassiner la fille, qu'il avait ensuite remise entre les mains de La Motte.

La Motte écouta cette relation avec le plus grand étonnement; quand il<sup>{171}</sup> sut qu'Adeline était fille du marquis, et qu'il se rappela le crime que celui-ci avait eu dessein de commettre, il frémit d'horreur. Il continua alors l'histoire, et ajouta une relation de ce qui s'était passé à l'abbaye entre lui et le marquis, et du dessein de ce dernier de faire périr Adeline; donnant pour preuve de la malice des poursuites actuelles, qu'elles n'avaient été commencées qu'après qu'il eut délivré Adeline des mains du marquis. Il conclut néanmoins en disant, que, comme le marquis avait sur-le-champ envoyé des émissaires après elle, il était possible qu'elle eût encore été victime de sa vengeance.

Le conseil du marquis essaya de nouveau de faire rejeter ce témoignage; mais ses objections ne furent point admises par les juges. Tout le monde remarqua l'agitation extraordinaire de M. de Montalte pendant le récit de du Bosse et de La Motte. La cour suspendit le jugement de ce dernier, mit sur-le-champ le marquis en état d'arrestation, et donna ordre de faire chercher Adeline (nom qui lui avait été donné par sa nourrice) et Jean d'Aunoy.<sup>{172}</sup>

En conséquence, le marquis fut arrêté au nom du roi, et envoyé en prison jusqu'à ce qu'Adeline parût, ou qu'il fût prouvé qu'elle avait été assassinée par

ses ordres, et jusqu'à ce que d'Aunoy confirmât ou invalidât le témoignage de La Motte.

Madame La Motte, qui avait à la fin découvert la garnison de son fils, l'avait instruit de la situation de son père, et des progrès de la procédure; et comme elle croyait qu'Adeline, si elle avait eu le bonheur d'échapper aux émissaires du marquis, était encore en Savoie, elle écrivit à Louis d'obtenir un congé et de l'emmener à Paris, où sa présence était immédiatement nécessaire pour confirmer les dépositions des témoins, et probablement pour sauver la vie de La Motte.

Aussitôt que Louis eut reçu cette lettre, qui était arrivée le jour que Théodore devait être exécuté, il était allé chez le commandant pour demander un sursis, jusqu'à ce que la dernière volonté du roi fût connue. Il avait fondé sa requête sur l'arrestation du marquis de Montalte, et avait montré la lettre qu'il venait de recevoir. Le<sup>(173)</sup> commandant avait volontiers accordé un sursis; et Louis, qui, à l'arrivée de cette lettre, n'avait pas voulu en communiquer le contenu à Théodore, de peur de lui donner de fausses espérances, se hâta de lui apporter cette consolante nouvelle.<sup>(174)</sup>

---

## CHAPITRE VIII.

EN apprenant le contenu de la lettre de madame La Motte, Adeline vit la nécessité de partir sur-le-champ pour Paris. La vie de La Motte, qui avait plus que sauvé la sienne; la vie, peut-être, de son bien-aimé Théodore, dépendait du témoignage qu'elle devait donner: et cette fille, qui succombait il n'y a qu'un moment sous le poids de la maladie et du désespoir, qui pouvait à peine lever sa tête languissante, et qui n'exprimait que les plus faibles accens, actuellement animée par l'espérance et fortifiée par l'importance des devoirs qu'elle avait à remplir, se prépara à faire un voyage rapide de plusieurs centaines de milles.

Theodore le rogó tiernamente que tuviera la suficiente consideración por su salud como para posponer este viaje unos días; pero ella le dijo, con una sonrisa encantadora, que ahora estaba demasiado feliz para estar enferma, y que la misma causa que aseguraría su felicidad también aseguraría su vida.<sup>(175)</sup> deterioro de su salud. La esperanza, sucediendo así repentinamente a los horrores de la desesperación, había producido tal efecto en su mente que había borrado la conmoción que había sentido al creerse la hija del marqués, y todas las demás reflexiones dolorosas. Ni siquiera previó los obstáculos que podrían surgir contra su unión con Theodore, en caso de que obtuviera su perdón.



Estaba decidido a partir hacia París en unas horas con Louis, y que Pierre los acompañaría. Estas horas de separación las pasó en la prisión con Laluc y su familia.

Cuando llegó el momento de marcharse, Adeline volvió a desanimarse y las ilusiones de felicidad se desvanecieron. Ya no miraba a Theodore como un hombre arrebatado de la muerte; pero se despidió de él con el triste presentimiento de que no volvería a verlo jamás: este presentimiento estaba tan profundamente grabado en su mente que tardó mucho en tomar la resolución suficiente para despedirse de él; y, cuando lo hizo e incluso salió del apartamento, volvió a<sup>(176)</sup> échale un último vistazo. Al salir de la habitación por segunda vez, su oscura imaginación representó a Theodore en lugar de la ejecución, pálido y en las agonías de la muerte; volvió sus ojos lánguidos hacia él de nuevo; pero sus sentidos estaban tan afectados que cuando lo miró creyó ver su rostro cambiar y tomar el rostro de un espectro. Todo su valor se desvaneció, y tal era la angustia de su corazón, que resolvió posponer su viaje hasta el día siguiente, aunque, por esta demora, se vio obligada a renunciar a la protección de Luis, a quien La impaciencia por llegar a su padre no le permitió suscribirse. El triunfo de la pasión no fue, sin embargo, de larga duración: una vez más aplacada por la esperanza, su dolor se disipó, la razón retomó su predominio; vio de nuevo la necesidad de su pronta partida, y retomó la resolución suficiente para someterla. A Laluc le hubiera gustado acompañarlo para solicitar nuevamente el indulto del rey a favor de su hijo; pero su extrema debilidad y fatiga no le permitieron emprender otro viaje.<sup>(177)</sup>

Al final, Adeline, con el corazón apesadumbrado, dejó a Theodore, a pesar de sus oraciones para no partir en este estado de debilidad, y fue acompañada a la posada por Clare y Laluc. La primera se separó de su amiga, derramando un diluvio de lágrimas y mostrando una gran preocupación por su salud, pero con la esperanza de volver a verla pronto. Si Theodore obtenía su perdón, Laluc estaba decidido a ir a buscar a Adeline en París; pero, en caso contrario, tenía que volver con Pierre. Él se despidió de ella con la ternura de un padre, y ella hizo la suya con todo cariño filial, conjurándolo, con sus últimas palabras, a cuidar de su salud: la sonrisa lánguida que luego apareció en su rostro parecía dígale que su solicitud era inútil y que creía imposible la restauración de su salud.

Así, Adeline dejó a los amigos que precisamente le eran tan queridos y a los que había encontrado recientemente para irse a París, donde era extranjera, casi desprotegida, y donde se vio obligada a comparecer en testimonio contra un padre que había perseguido<sup>(178)</sup> con la última crueldad. El carruaje, al salir de Vaceau, pasó frente a la prisión: lanzó una mirada ansiosa en esa dirección; sus gruesos muros y sus ventanas enrejadas parecían destruir todas sus esperanzas ... Pero Theodore estaba allí; y, apoyada en la puerta, siguió mirando hasta que la vuelta de otra calle la hizo desaparecer por completo de sus ojos. Luego se subió

al coche; y, cediendo a la tristeza de su corazón, lloró en silencio. Louis no estaba dispuesto a interrumpirlo; sus pensamientos estaban completamente ocupados con la situación de su padre, y los viajeros viajaron varios kilómetros sin pronunciar una sola palabra.

En París, adonde volveremos ahora, las búsquedas realizadas para encontrar a Jean d'Aunoy no habían tenido éxito. La casa Bruyère, descrita por du Bosse, estaba deshabitada, y ya no iba a los lugares que solía frecuentar y donde los policías lo habían espiado. Incluso era dudoso que todavía estuviera vivo, porque había estado lejos de sus lugares habituales mucho antes del juicio.<sup>[179]</sup> de La Motte; por lo tanto, estaba seguro de que su ausencia no había sido ocasionada por lo que ocurría en los tribunales.

En la soledad de su prisión, el marqués de Montalte tuvo tiempo de reflexionar sobre el pasado y arrepentirse de sus crímenes; pero la reflexión y el remordimiento no estaban en su carácter. Desechó con impaciencia cualquier recuerdo que pudiera causarle tristeza, y se esforzó, para el futuro, por desviar la ignominia y el castigo que lo amenazaba. La elegancia de su persona había velado tanto la depravación de su corazón que era el favorito de su soberano, y fue en esta circunstancia que fundó la esperanza de su seguridad. Sin embargo, lamentaba mucho haberse rendido demasiado apresuradamente al espíritu de venganza que lo había llevado a acusar a La Motte y lo había llevado a una situación peligrosa, por no decir fatal ... , si no encontramos a Adeline, se le creería culpable de su muerte: pero lo que más temía era el testimonio de d'Aunoy; y, para evitar cualquier posibilidad de que los depósitos<sup>[180]</sup> Si este último no le hacía daño, había empleado emisarios secretos para descubrir el lugar de su retirada y corromperlo. Sin embargo, este último no había tenido más éxito que los agentes de policía, y el marqués finalmente comenzó a creer que estaba realmente muerto.

Sin embargo, La Motte esperaba con impaciencia la llegada de su hijo, que lo liberaría de su incertidumbre con respecto a Adeline. Su única esperanza de escapar de la tortura se basaba en ella, ya que el testimonio que se rendía en su contra podría quedar invalidado por la confirmación que ella daría de la villanía del marqués; e, incluso si el parlamento condenara La Motte, aún podría implorar la clemencia del rey.

Adeline llegó a París después de un viaje de varios días, durante el cual fue apoyada principalmente por las delicadas atenciones de Luis, a quien compadecía y estimaba, aunque no podía amarlo. Inmediatamente recibió la visita de Madame La Motte: el encuentro fue conmovedor para ambos lados. Un sentimiento de su conducta pasada causó<sup>[181]</sup> para esta última, una vergüenza que la delicadeza y amabilidad de Adeline hubiera querido evitarle; pero el perdón solicitado fue concedido con tanta sinceridad que Madame La Motte se fue volviendo cada vez más tranquila y menos tímida. Sin embargo, no lo habría

obtenido tan fácilmente si Adeline hubiera creído que su conducta había sido voluntaria; la convicción de la coacción y el terror que había conmovido a madame La Motte era lo único capaz de inducirlo a perdonarla. En esta primera entrevista, no se detuvieron en temas particulares. Madame La Motte sugirió que Adeline viniera y se quedara con ella cerca del Chatelet; y Adeline, que consideraba que un hotel bien surtido no era un alojamiento muy decente para una persona joven, aceptó con gusto su oferta.

Allí madame La Motte le dio un relato detallado de la situación de su marido; y terminó diciendo que, como su juicio había sido suspendido hasta que se obtuviera alguna certeza de los planes criminales del marqués, y que Adeline pudiera confirmar la mayoría de las declaraciones de La Motte,<sup>(182)</sup> era probable que el tribunal continuara con el juicio. Entonces supo todas las obligaciones que tenía en La Motte; porque hasta ahora había ignorado que al escapar, él le había salvado la vida. Su horror por el marqués, a quien no podía considerar padre, y su agradecimiento por su libertador, se redobló; y anhelaba dar un testimonio tan necesario para las esperanzas de este último. Madame La Motte le dijo entonces que creía que aún no era demasiado tarde para entrar en la prisión de Châtelet; y, sabiendo con qué impaciencia deseaba su marido ver a Adeline, le rogó que fuera lo bastante amable para ir allí con ella. Adeline, aunque muy agotada y cansada, consintió. Cuando Louis regresó de M. Nemours, el abogado de su padre, a quien se había apresurado a informar a su llegada, todos partieron hacia Châtelet. La vista de la prisión le recordó a Adeline la situación de Theodore con tanta fuerza que sólo con la mayor dificultad pudo arrastrarse hasta el apartamento de La Motte. Cuando la vio, un destello<sup>(183)</sup> la alegría pasó por su rostro; pero inmediatamente, cayendo de nuevo en su acostumbrado estupor, miró con tristeza a ella y luego a Louis, y lanzó un profundo gemido. Adeline, en quien las últimas acciones de La Motte habían borrado todo recuerdo de sus anteriores agravios, le agradeció haberle preservado la vida y expresó con gran calidez el deseo que tenía de serle útil. Pero su gratitud solo lo abrumaba más; en lugar de reconciliarlo consigo mismo, pareció despertar el recuerdo de los designios criminales a los que había ayudado anteriormente, y hacerle sentir más profundamente el remordimiento de su conciencia. Tratando de ocultar sus emociones, habló de su peligro actual e instruyó a Adeline sobre el testimonio que tendría que dar en el juicio.

Le parlement, chargé de ce procès, s'assembla de nouveau quelques jours après l'arrivée d'Adeline, et les deux<sup>(184)</sup> témoins qu'attendait le marquis pour corroborer son témoignage contre La Motte, parurent. Elle fut conduite toute tremblante au palais, où le premier objet qui frappa ses yeux fut le marquis de Montalte, qu'elle regarda alors avec des émotions qui lui étaient tout-à-fait nouvelles, et qui avaient un mélange d'horreur. Quand du Bosse la vit, il jura que c'était la personne: son témoignage fut confirmé par les manières d'Adeline; car,

en l'apercevant, elle devint pâle, et un tremblement universel s'empara de tous ses membres. On ne trouva Jean d'Aunoy nulle part, et ainsi La Motte fut privé d'un témoin qui pouvait être si essentiel à ses intérêts. Lorsqu'Adeline fut sommée de parler, elle fit sa déposition avec clarté et précision; et Pierre, qui l'avait emmenée de l'abbaye, corrobora son témoignage. Les dépositions produites étaient suffisantes, dans l'esprit de plusieurs personnes présentes, pour prouver que le marquis avait eu intention de commettre un meurtre; mais elles ne suffisaient pas pour invalider le témoignage de ses deux derniers témoins, qui jurèrent positivement<sup>(185)</sup> que le vol avait été fait, et que La Motte était le voleur; en conséquence, ce dernier fut condamné à mort. En recevant sa sentence, ce malheureux s'évanouit; et les spectateurs, qui s'étaient singulièrement intéressés à la décision de cette affaire, exprimèrent leur compassion par un gémissement universel.

Un nuevo objeto pronto llamó su atención, fue Jean d'Aunoy quien compareció ante los jueces. Pero su testimonio, aunque podría haber salvado a La Motte, llegó demasiado tarde. Este último fue devuelto a la prisión; pero a Adeline, que estaba sumamente angustiada por esta sentencia y que estaba indispuesta, se le ordenó quedarse mientras se interrogaba a d'Aunoy. Este hombre había sido finalmente encontrado en las cárceles de una ciudad de provincia, donde lo habían colocado sus acreedores, y de ahí el dinero que el marqués le había hecho retener para satisfacer las importunidades de du Bosse, n. 'había sido capaz de tirar de él. Sin embargo, este último, imaginándose abandonado por el marqués, había decidido vengarse, mientras que el dinero destinado a aliviar sus necesidades se había agotado.<sup>(186)</sup> Pensado por D'Aunoy en los placeres y el desenfreno.

Se enfrentó a Adeline y du Bosse, y se le ordenó que confesara todo lo que sabía sobre este misterioso asunto, si no quería ser interrogado. D'Aunoy, que ignoraba hasta qué punto se extendían las sospechas contra el marqués y sabía que su testimonio podía destruirlo, fue durante algún tiempo muy obstinado; pero cuando se le planteó la pregunta, su determinación lo abandonó y confesó un crimen del que ni siquiera se sospechaba.

Parecía que en el año 1642, d'Aunoy, acompañado por un hombre llamado Martigny y François Ballière, había esperado y se apoderó, en la carretera principal, de Henri marqués de Montalte, medio hermano de Philippe; y que después de haberlo robado, y haber atado a su criado a un árbol, siguiendo las órdenes que habían recibido, lo habían llevado a la abadía de Saint-Clair, en el bosque de Fontanville; que había estado detenido allí hasta que se recibieron nuevas instrucciones de Philippe de Montalte, actualmente<sup>(187)</sup> marqués, que estaba entonces en sus tierras en una provincia del norte de Francia; que este último había ordenado que lo mataran, y que el infortunado Henri había sido asesinado en su habitación tres semanas después de su detención en la abadía.

Al escuchar esta declaración, Adeline pensó que se desmayaría; recordó el manuscrito que había encontrado y las extraordinarias circunstancias que acompañaron ese descubrimiento; todos sus miembros se estremecieron de horror y al levantar los ojos percibió en el rostro del marqués la lívida palidez del crimen. Sin embargo, se esforzó por reunir todas sus fuerzas durante la continuación de la confesión de este testigo.

Cuando se cometió el asesinato, d'Aunoy había ido a buscar a su director, quien le había dado la recompensa que había acordado; y unos meses más tarde había puesto en sus manos a la hija del difunto marqués, aún en la infancia, a quien había llevado a un lugar remoto del reino, donde, tomando el nombre de Saint-Pierre, la había criado como si hubiera sido suyo, recibiendo del actual Marqués una pluma<sup>[188]</sup> esfuerzo considerable para mantener el secreto.

Adeline, incapaz de resistir más las diversas emociones con las que se agitaba su corazón, se desmayó. La sacaron de la habitación; y, pasado el desorden ocasionado por este acontecimiento, prosiguió Jean d'Aunoy. Dijo que después de la muerte de su esposa, Adeline había sido internada en un convento y luego transportada a otro, donde el marqués había querido que ella tomara el velo; que su obstinada negativa a hacerse monja había impulsado a esta última a formar el proyecto de hacerla morir, y por eso la habían llevado a la casa de La Bruyère. D'Aunoy añadió que, por orden del marqués, le había contado a du Bosse una historia falsa de su nacimiento; que habiendo descubierto después de algún tiempo que sus camaradas lo habían engañado acerca de la muerte de Adeline, los había dejado enfurecido; pero que habían resuelto por unanimidad ocultar su fuga al marqués, para gozar de la recompensa por su presunto crimen. Unos meses después de este tiempo, sin embargo, había recibido una carta del marqués,<sup>[189]</sup> en la que le reprochaba su infidelidad, y le prometía una gran recompensa si quería decir dónde estaba Adeline: que a raíz de esta carta, le había confesado que había sido puesta en manos de un extraño, pero que 'No sabía quién era ni dónde vivía.

En estas declaraciones, Philippe de Montalte fue encarcelado, acusado de haber hecho asesinar a Enrique, su hermano; D'Aunoy fue puesto en un calabozo en Chatelet, y du Bosse ordenó comparecer como testigo.

Es imposible expresar lo que sintió el marqués, ya que un juicio excitado por la venganza había expuesto así sus crímenes a la luz pública y lo había entregado a la justicia. Las pasiones que le habían llevado a cometer un crimen tan horrible como el asesinato .....; asesinato tanto más atroz cuanto que recayó sobre un hombre al que le unían lazos de sangre y los hábitos de la infancia; las pasiones, dije, que lo habían excitado a este crimen abominable eran la ambición y el amor al placer. El primero fue más inmediato<sup>[190]</sup> satisfecha por el título de su hermano; el último, por las riquezas que le permitieron entregarse a sus voluptuosas inclinaciones.

El difunto marqués de Montalte, padre de Adeline, había heredado de sus antepasados una herencia insuficiente para sostener el esplendor de su rango; pero se había casado con la heredera de una familia ilustre, cuya fortuna suplía ampliamente el déficit de la suya. Había tenido la desgracia de perderla, pues era hermosa y adorable, poco después del nacimiento de su hija, y fue entonces cuando el actual Marqués había elaborado el plan infernal para asesinar a su hermano. La diferencia de carácter impedía que existiera entre ellos ese afecto recíproco que parecía exigir el parentesco. Henri era amable, gentil y filósofo. El amor a la virtud reinaba en su corazón; con él la severidad de la justicia fue moderada y no debilitada por la compasión; se había dedicado al estudio de la ciencia,

Las acciones de Philippe ya nos han dado las principales características de su personaje.<sup>(191)</sup>ter; unas pocas cualidades brillantes solo sirvieron para sacar más oscuridad. Se había casado con una dama que, a la muerte de su hermano, iba a heredar una propiedad considerable, de las cuales la abadía de Saint-Clair y la casa de campo en los límites del bosque de Fontanville eran las principales. Sin embargo, su pasión por la magnificencia y la disipación pronto lo llevó a una multitud de dificultades, y le sugirió lo ventajoso que sería para él poseer la propiedad de su hermano. Sólo este hermano y su hija se opusieron a esta posesión; Ya te hemos contado cómo se deshizo del primero: parece un poco sorprendente que no haya usado los mismos medios para deshacerse de la niña, a menos que admita que hay un destino,

Cuando miramos hacia atrás a la multitud de peligros a los que estuvo expuesta, las vicisitudes que vivió desde su niñez, parece que su preservación es obra de algo por encima de la sabiduría humana; y esto nos da una<sup>(192)</sup> Llamativo ejemplo de que la justicia, aunque a veces sea tardía, nunca deja de llegar a los sinvergüenzas.

Mientras el infortunado marqués, padre de Adeline, estaba en la cárcel de la abadía, su hermano que, para evitar sospechas, se había quedado en el norte de Francia, pospuso la ejecución de su abominable proyecto. por una timidez natural para una mente que todavía no está acostumbrada a tales ataques. Antes de dar sus órdenes finales, había querido ver si la historia que estaba contando sobre la muerte de su hermano lo protegería de toda sospecha. Lo había conseguido demasiado bien, porque el criado, cuya vida había sido perdonada sólo para poder contar esta historia, concluyó con toda naturalidad que su amo había sido asesinado por bandidos; y el campesino que pocas horas después había encontrado al criado herido, todo ensangrentado y atado a un árbol, quien también sabía que este lugar estaba infestado de ladrones,

Desde entonces el marqués, a quien<sup>(193)</sup> la abadía de Saint-Clair pertenecía en virtud del derecho de su esposa, solo había estado allí dos veces, y eso en épocas muy lejanas, hasta que después de un intervalo de varios años descubrió por

casualidad que La Motte vivía allí. Por lo general, residía en París y su tierra en el norte, excepto que por lo general pasaba un mes del año en su bonita casa al borde del bosque. Trató de perder el recuerdo de su crimen en los distintos escenarios del tribunal y en la disipación; pero hubo momentos en que la voz de la conciencia se hizo oír, aunque no tardó mucho en ser sofocada por el tumulto del mundo.

Es probable que la noche de su precipitada salida de la abadía, el triste y lúgubre silencio de la hora, en un lugar que había sido el escenario de su crimen, le hubiera recordado con demasiada fuerza el recuerdo de su hermano, y había sugerido a su imaginación horrores que lo habían obligado a abandonar un lugar manchado por sus crímenes. Si es así, es seguro que los terrores de su conciencia fueron<sup>[194]</sup> desmayado con la oscuridad de la noche; porque había regresado al día siguiente a la abadía, aunque, sin embargo, era notable que nunca intentara pasar otra noche allí. Pero, aunque experimentó temores momentáneos, nunca fueron seguidos de piedad o arrepentimiento; ya que, cuando el descubrimiento del nacimiento de Adeline le había provocado recelos por su propia vida, no había dudado en cometer un nuevo crimen, y todavía estaba dispuesto a derramar sangre humana. Había hecho este descubrimiento mediante un sello con las armas de su familia, impreso en la nota encontrada por su criado y que le habían entregado en Caux. Debemos recordar que después de leer este post, se lo iba a tirar con toda la furia de los celos; pero que después de haberlo examinado de nuevo, lo había guardado cuidadosamente en su billetera. La violenta agitación que le había causado esta terrible verdad le había privado durante algún tiempo de todo poder para actuar. Cuando estuvo lo suficientemente bien para escribir, escribió una carta a D'Aunoy, de la que tenemos<sup>[195]</sup> ya informó el contenido. D'Aunoy le había confirmado sus temores. Sabiendo que la muerte iba a ser el castigo por su crimen, en caso de que Adeline lograra descubrir su nacimiento, y ya no se atreviera a confiar en un hombre que ya lo había engañado, había, después de algunas deliberaciones, resuelto su muerte. . Por eso partió inmediatamente hacia la abadía y había dado las órdenes que hemos visto, más por miedo a verse comprometido que por el deseo de apoderarse de su propiedad.

Como la historia del sello que dio a conocer el nacimiento de Adeline es un poco singular, no estará fuera de lugar advertir al lector que Jean d'Aunoy se lo había robado al marqués, con un reloj de oro. ; No pasó mucho tiempo antes de que se deshiciera del reloj, pero su esposa había conservado el sello como un bonito juguete; y, después de su muerte, lo habían llevado al convento entre sus ropas. Adeline lo había guardado con cuidado, porque había pertenecido a una mujer que creía que era su madre.<sup>[196]</sup>

---

## CAPITULO IX.

VOLVAMOS ahora siguiendo nuestra narración, ya Adeline que fue transportada desde el tribunal de justicia a Madame La Motte. Sin embargo, esta última se encontraba en el Châtelet con su marido, sintiendo toda la angustia que podía hacerle sentir la sentencia pronunciada contra él. La delicada Adeline, durante tanto tiempo agotada por el dolor y la fatiga, sucumbió, por así decirlo, bajo el peso de las diversas emociones ocasionadas por el descubrimiento de su nacimiento. En ese momento eran demasiado complicados para ser susceptibles de análisis. Desde el estado de huérfana, viviendo de las bendiciones de los demás, sin familia, con pocos amigos y perseguida por un enemigo cruel y poderoso, de repente se encontró como hija de una familia ilustre y heredera de propiedades inmensas. Pero se enteró al mismo tiempo que su padre había sido asesinado, asesinado en la flor de su vida, asesinado por órdenes de un hermano; obligado a comparecer contra<sup>(197)</sup> este hermano y causar la muerte de su tío, al castigar al asesino de su padre.

Cuando recordó el manuscrito tan singularmente encontrado, y consideró que las lágrimas que había derramado entonces eran lágrimas que habían corrido por los sufrimientos de un padre, es imposible imaginar las emociones que ella estaba experimentando. Las circunstancias que acompañaron al descubrimiento de estos papeles ya no le parecían efecto de la casualidad, sino de un poder sobrenatural, cuyos designios son grandes y justos. “¡Oh mi padre! ella lloró, tus últimos deseos se cumplen; el corazón sensible que deseas dar a conocer tus sufrimientos los vengará ”.

Cuando Madame La Motte regresó, Adeline intentó, como de costumbre, reprimir sus propias emociones para apaciguar el dolor de su amiga. Relató lo sucedido en el tribunal de justicia después de la partida de La Motte, y de esta manera arrojó un momentáneo destello de satisfacción en el corazón afligido de esta miserable mujer. Adeline tomó todos los medios posibles para<sup>(198)</sup> recuperar el manuscrito. Le informaron que La Motte, en la confusión de su partida, lo había dejado, junto con varias otras cosas, en la abadía. Esta circunstancia le causó mucho dolor, tanto más cuanto que creía que estos papeles podían ser de la mayor importancia en la instrucción del juicio; sin embargo, resolvió, en caso de que lograra recuperar sus derechos, hacerlo. busque este manuscrito con el mayor cuidado.

Por la noche, Luis se reunió con estos dos afligidos; acababa de dejar a su padre, a quien había dejado más solo que desde la sentencia fatal. Después de una cena triste y silenciosa, se separaron para pasar la noche, y Adeline tuvo el tiempo de meditar sobre los descubrimientos de este día lleno de eventos. Los sufrimientos de su difunto padre, tal como los había leído y trazados con su *propia mano* , causaron la mayor impresión en su mente. Su historia una vez



la había afectado tanto, y había interesado tanto su imaginación, que su memoria ahora le recordaba todas las peculiaridades mencionadas. Pero cuando<sup>{199}</sup> reflexionó que había estado en la habitación donde su padre había sufrido tanto, donde incluso él había sido inmolado, y que probablemente había visto la daga que lo había golpeado, que lo había visto marcado con herrumbre, herrumbre sangrienta, le era imposible suavizar la agonía y el horror de su alma.

Al día siguiente, se ordenó a Adeline que se preparara para el juicio del marqués de Montalte, que debía comenzar tan pronto como se reunieran los testigos. Entre ellos estaba la abadesa del convento que la había recibido de manos de d'Aunoy; Madame La Motte, que estaba presente cuando du Bosse obligó a su marido a llevarse a Adeline; y Pierre, que no sólo había presenciado esta circunstancia, sino que lo había transportado desde la abadía hasta Saboya, para protegerlo de los designios del marqués. La disposición de la ley impidió a La Motte y Théodore dar su testimonio.

Cuando La Motte fue informada del descubrimiento del nacimiento de Adeline y de que su padre había sido asesinado en la abadía de Saint-Clair, recordó<sup>{200}</sup>-field y le mencionó a su esposa el esqueleto que había encontrado en la cámara de piedra yendo a las celdas subterráneas. El estado en que lo había encontrado escondido en un cofre al fondo de una habitación oscura y bien cerrada no dejaba a ninguno de los dos dudar de que se trataba de los restos del difunto marqués. Madame La Motte, sin embargo, resolvió no escandalizar a Adeline con el relato de esta circunstancia, hasta que fuera necesario declararlo.

A medida que se acercaba el momento de este juicio, la angustia y la agitación de Adeline aumentaron. Aunque la justicia exigía la vida del asesino, y aunque la ternura y la piedad que le inspiraba la idea de su padre la impulsaba a vengar su muerte, no podía sin horror considerarse el instrumento de esa justicia que la privaría de su muerte. igual de existencia; y había ocasiones en las que deseaba que nunca se hubiera revelado el secreto de su nacimiento. Si esta sensibilidad, en las circunstancias particulares en las que se encontraba, era una debilidad, al menos era una debilidad virtuosa y que, como tal, merece ser respetada.<sup>{201}</sup>

Las noticias que recibió de Vaceau sobre el tema de la salud del señor Laluc no fueron suficientes para tranquilizarla. Los síntomas a los que se refería Clare parecían anunciar que estaba en las últimas etapas de una tisis; y su dolor y el de Theodore, en esta ocasión, fueron pintados en sus cartas con esa vivacidad elocuente que le era tan natural. Adeline amaba y respetaba a Laluc, por méritos propios y por la ternura paternal que él le había mostrado; pero él se volvió aún más querido para ella, porque era el padre de Theodore, y el interés que ella tenía por su salud no era inferior al de sus hijos. Lo que aumentó aún más su dolor fue la reflexión de que tal vez había ayudado a acortar sus días. porque sabía muy bien que el dolor que le había causado el estado en el que había tenido la

desgracia de hundir a Theodore había agravado sus actuales enfermedades. La misma causa también le había impedido buscar en el clima de Montpellier el alivio que había esperado. Cuando consideró la condición de sus amigos, esta consideración la abrumaba.<sup>(202)</sup> Ella le parecía que su destino era llevar a la desgracia a todos los que le eran más queridos. En cuanto a La Motte, cualesquiera que fueran sus vicios, y cualesquiera que fueran los designios en los que antes se había lanzado contra ella, todos fueron borrados por el servicio que finalmente le había prestado; y creía que era su deber interceder en su favor tanto como se sentía inclinada a hacerlo. En su situación actual, sin embargo, tenía pocas esperanzas de éxito; pero en el caso de que la demanda, de la que dependía el restablecimiento de su rango, su fortuna y, en consecuencia, su influencia, se decidiera a su favor, había resuelto arrojarse a los pies del rey y, al defender la causa de Teodoro, para pedir el perdón de La Motte.

Unos días antes de que comenzara el juicio, le dijeron a Adeline que un extraño quería hablar con ella; y cuando entró en la habitación donde él estaba, reconoció al señor Verneuil. Su rostro expresaba tanto su sorpresa como su satisfacción por esta visita inesperada; y ella le preguntó, aunque con pocas esperanzas de una respuesta afirmativa,<sup>(203)</sup> si hubiera tenido noticias del Sr. Laluc. "Lo vi", dijo M. Verneuil; Acabo de llegar de Vaceau, pero lamento no tener nada satisfactorio que enseñarle sobre su salud. Ha cambiado mucho desde la primera vez que lo vi ".

Adeline apenas pudo contener las lágrimas; pues estas palabras le devolvieron el recuerdo de las desgracias que habían ocasionado este lamentable cambio. El señor Verneuil le dio un paquete de Clare; presentándolo, dijo: "Además de esta recomendación para usted, tengo un derecho de otro tipo que me honro en reclamar, y que tal vez justifique el permiso que pido para hablar con usted sobre su Adeline hizo una reverencia y el señor Verneuil, con aire de la más tierna solicitud, añadió que había oído hablar de los últimos asuntos del Parlamento de París y del descubrimiento que la miraba tan de cerca. "No sé", dijo, "si debo felicitarlo o lamentarlo en esta situación crítica. Espero al menos que crean que yo participo más en todo lo que les concierne,<sup>(204)</sup> la marquesa tu madre; porque no puedo dudar de que fue *tu madre* ".

Adeline se levantó apresuradamente y se acercó al señor de Verneuil; la sorpresa y la satisfacción revivieron su rostro. "¿Es realmente cierto que estoy viendo a un familiar?" dijo con voz suave y temblorosa, y ¿un pariente a quien puedo considerar un amigo? " Se le llenaron los ojos de lágrimas y recibió en silencio el abrazo del señor Verneuil. Durante algún tiempo su emoción no le permitió hablar.

Este descubrimiento fue tan agradable para Adeline como inesperado; ella que desde su más tierna infancia había sido abandonada a extraños; ella que siempre había pasado por un huérfano, que solo había conocido a un padre desde

hacía tan poco tiempo, pero que solo lo había encontrado en la persona del más cruel de sus enemigos. Después de haber luchado durante algún tiempo con las diversas emociones que se apoderaron de su corazón, pidió permiso al señor Verneuil para retirarse, hasta que se recuperó un poco. Quería despedirse; pero ella le rogó que se quedara.

El interés que mostró el Sr. Verneuil<sup>(205)</sup> lo que miraba a Laluc, interés reforzado por la estima cada vez mayor que había concebido por Clare, lo había atraído a Vaceau, donde le habían informado del nacimiento y la singular situación de Adeline. Tras conocer estas peculiaridades, partió de inmediato a París, para ofrecer protección y asistencia a su nuevo pariente, y para intentar, si era posible, ser útil a Theodore.

Adeline regresó poco después y pudo mantener una conversación sobre su familia. M. Verneuil le ofreció su apoyo y su cuidado, en caso de que fueran necesarios. "Pero confío", agregó, "en la justicia de su causa, y espero que ella no necesite ayuda. Tus rasgos probarán suficientemente tu nacimiento para aquellos que conocieron a la difunta marquesa. Como prueba de que en este caso mi juicio no está influido por prejuicios, me llamó la atención el parecido cuando te vi en Saboya, aunque sólo conocí a la marquesa por su retrato; y creo que le dije al Sr. Laluc que a menudo me recuerda el recuerdo de un familiar fallecido. Usted puede<sup>(206)</sup> usted mismo puede juzgar, añadió el señor Verneuil, sacando una miniatura del bolsillo; esa era tu madre. "

Adeline cambió de rostro, recibió con avidez el retrato, lo miró largo rato en silencio, con los ojos bañados en lágrimas. No era el parecido lo que estaba considerando, sino el rostro ..., el rostro dulce y hermoso de su madre, cuyos ojos azules, llenos de dulce ternura, parecían inclinados hacia los de ella, mientras una suave sonrisa apareció en sus labios. Adeline apretó el retrato contra el suyo y volvió a mirarlo en silencio. Al final dijo, con un profundo suspiro: " Seguramente *estaba* mi madre allí". Oh! si ella hubiera *vivido*! mi pobre padre! ¡no hubieras perecido! " Este pensamiento la abrumó y rompió a llorar. M. Verneuil no interrumpió su dolor, sino que le tomó la mano y se sentó a su lado sin decir nada, hasta que ella se tranquilizó. Volvió a mirar el retrato y se lo presentó vacilante. "No", dijo, "él está con quien pertenece". Ella le agradeció con una sonrisa de dulzura más allá de toda expresión; y después de alguna conversación<sup>(207)</sup> en su juicio, en el que suplicó al señor Verneuil que la ayudara con su presencia, este se retiró y pidió permiso para continuar sus visitas.

Adeline luego abrió el paquete y vio una vez más a los personajes conocidos de Theodore; por un momento experimentó las mismas sensaciones que si hubiera estado en su presencia, y un sonrojo involuntario se extendió por su rostro; rompió el sello con mano temblorosa y leyó las más tiernas seguridades y las más afectuosas solicitudes de su amor. A menudo se detenía para prolongar las dulces emociones producidas por estas repetidas promesas; pero, mientras las

lágrimas de ternura rodaban por sus ojos, el cruel recuerdo de su triste estado se presentó y las hizo fluir amargamente en su seno.

La felicitó, con una delicadeza muy especial, por la perspectiva que tenía entonces ante ella; expresó todo lo que podría contribuir a animarlo y apoyarlo; pero evitó insistir en su propia situación, excepto para mostrar su gratitud por el celo y la ternura de su<sup>[208]</sup> comandante, y decirle que no desesperaba de obtener su perdón.

Esta esperanza, aunque expresada débilmente, y con la evidente intención de consolar a Adeline, no dejó de producir el efecto deseado. Ella cedió a su influencia encantadora y olvidó por un tiempo los diversos temas de cuidado y ansiedad que la rodeaban. Theodore no habló mucho sobre la salud de su padre; lo que dijo al respecto no fue tan descorazonador como los relatos de Clare, quien, menos cuidadosa en ocultar una verdad que debió herir a Adeline, expresó sin reservas todas sus aprensiones y todos sus sentimientos.<sup>[209]</sup>

---

## CAPITULO X.

POR fin llegó el día del juicio tan ansiosamente esperado, del que dependía el destino de tantos. Adeline, acompañada por M. Verneuil y Madame La Motte, apareció para perseguir al marqués de Montalte; y d'Aunoy, du Bosse, Louis La Motte y varios otros, fueron testigos en su caso. Los jueces fueron los más distinguidos de Francia; y los abogados, por ambos lados, hombres de gran talento. En una causa de esta importancia, uno bien puede imaginar que el palacio se llenó de gente distinguida y el espectáculo que ofreció fue verdaderamente solemne y magnífico.

Cuando Adeline compareció ante el tribunal, su emoción, más poderosa que todo el arte del disimulo, añadiendo a la natural dignidad de su comportamiento la expresión de una dulce timidez, la hizo aún más interesante y atrajo su compasión y la admiración de toda la asamblea. Cuando se aventuró a mirar hacia arriba, notó que el<sup>[210]</sup> marqués aún no había llegado; y, mientras ella temblaba, esperaba su presencia, un murmullo confuso surgió en una parte lejana de la habitación. Entonces su espíritu pensó en abandonarlo; La certeza de ver pronto al asesino de su padre ante ella la congeló de terror, y fue sólo con la mayor dificultad que pudo evitar que se desmayara. Entonces, un ruido sordo se extendió por la audiencia y se vio un movimiento de confusión que no tardó en ser comunicado al tribunal mismo. Varios de sus miembros se pusieron de pie; algunos salieron de la habitación: todo anunciaba una escena de desorden; y

por fin le llegó a Adeline el rumor de que el marqués de Montalte se estaba muriendo. »Pasó un tiempo considerable en esta incertidumbre; pero el desorden continuó, el marqués no llegó; y, a petición de Adeline, el Sr.

Siguió a una multitud que no se apresuró hacia el Chatelet y llegó, con cierta dificultad, a la prisión; pero el conserje, a quien había ganado para entrar, no pudo darle ninguna<sup>(211)</sup> cierta información sobre el tema de su investigación; y, como se vio obligado a permanecer en su puesto, sólo pudo enseñarle vagamente el lugar donde estaba el marqués. Los patios estaban desiertos; pero, a medida que avanzaba, escuchó algunas voces y pronto vio a algunos individuos corriendo hacia una escalera más allá de un largo pasillo arqueado; los siguió y se enteró de que el marqués estaba al borde de la muerte. La escalera estaba llena: trató de penetrar entre la multitud; y, tras muchos esfuerzos y dificultades, llegó a la puerta de una antesala que comunicaba con el aposento donde estaba el marqués, y de donde salían varias personas.

Allí se enteró de que el objeto de su investigación ya estaba muerto. Sin embargo, M. Verneuil avanzó hasta la habitación donde estaba el marqués, en una cama rodeada de oficiales de justicia y dos notarios que parecían haber tomado sus declaraciones. Su rostro estaba negro y lleno de los horrores de la muerte. Monsieur Verneuil apartó la mirada, ofendido por este espectáculo, y las personas a las que interrogó le informaron que el marqués había muerto por el veneno.<sup>(212)</sup>

Parece que, convencido de que no tenía nada que esperar del resultado del juicio, había tomado este medio para evitar una muerte ignominiosa. En los últimos momentos de su vida, mientras lo atormentaba el recuerdo de sus crímenes, resolvió mitigarlos tanto como en sí mismo. Después de haber ingerido el veneno, mandó llamar inmediatamente a un confesor y dos notarios, y puso los derechos de Adeline fuera de toda disputa, dejándole, además, un legado considerable.

Como resultado de estas deposiciones, poco después fue reconocida formalmente como hija y heredera de Enrique de Montalte, y recuperó las grandes propiedades de su padre. Fue a arrojarse a los pies del rey para pedir el perdón de Théodore y La Motte. El carácter del primero, la causa por la que había arriesgado su vida, y la razón que había provocado su odio hacia el marqués, eran cosas notorias y tan evidentes, que es más que probable que el monarca hubiera concedido su perdón a una persona menos amable que Adeline de Montalte. Théodore Laluc obtuvo no solo su perdón, sino, en consideración a su encomiable<sup>(213)</sup> Comportamiento hacia Adeline, poco después fue elevado a un rango considerable en el ejército.

En cuanto a La Motte, que estaba plenamente convencido del robo y que también había sido acusado del crimen que le había obligado a abandonar París, era imposible obtener su perdón: las fuertes solicitudes de Adeline y la

consideración de la El servicio que le había prestado, suavizó sin embargo su sentencia y fue condenado al destierro. Sin embargo, esta indulgencia no le habría servido de mucho si la generosidad de Adeline no hubiera sofocado otras demandas que iban a interponerse en su contra, y no le hubiera otorgado una suma más que suficiente para mantener a su familia en un país. exterior. Tan noble conducta tuvo tal efecto en su corazón, que había pecado más por debilidad que por depravación natural, y le inspiró tanto remordimiento por los complots que una vez tramó contra su benefactora,<sup>[214]</sup>

El comportamiento de Adeline cambió, por así decirlo, el amor que Louis había tenido por ella en adoración; pero renunció incluso a la débil esperanza que hasta entonces había albergado; y, como el perdón de Theodore hizo necesario este sacrificio, se sometió a él sin repugnancia. Resolvió, sin embargo, buscar en la ausencia la tranquilidad que había perdido y hacer que su felicidad consistiera en la de dos personas a las que amaba con tanta razón.

El día antes de su partida, La Motte y su familia se despidieron muy afectuosamente de Adeline: se fueron a Inglaterra, donde La Motte pensaba instalarse; y Luis, deseando alejarse de sus encantos, partió el mismo día hacia su regimiento.

Adeline permaneció algún tiempo en París para arreglar sus asuntos; M. Verneuil la presentó al pequeño número de parientes lejanos que quedaban de su familia. De este número eran el conde y la condesa D ....., y este M. Amand que tanto había excitado su compasión y su estima en la ciudad de Niza. La dama cuya muerte lamentó era de la familia Montalte; y el parecido que tenía<sup>[215]</sup> entre sus facciones y las de Adeline, su prima, no fue del todo el efecto de la imaginación. La muerte de su hermano lo había llamado repentinamente de Italia; pero Adeline tuvo la satisfacción de observar que esta abrumadora tristeza con la que una vez había sido oprimido había dado paso a una especie de tranquila resignación, y que su rostro a menudo estaba impregnado de un rayo de alegría.

El conde y la condesa D., a quienes su amabilidad y encantos habían interesado mucho, lo invitaron a considerar su casa como propia, mientras permaneciera en París.

Su primer cuidado fue transportar los restos de su padre desde la abadía de Saint-Clair a la bóveda donde descansaban sus antepasados. Aunoy fue juzgado, quien fue considerado asesino, y ejecutado. En lugar de tortura, había declarado dónde estaban escondidos los restos del marqués; estaba en la cámara de piedra de la abadía, que ya hemos mencionado. El señor Verneuil acompañó a los oficiales encargados de buscarlos y vio las cenizas del marqués llevadas a Saint-Maur, una de sus propiedades, en una provincia del norte. Ellas<sup>[216]</sup> fueron depositados allí con la pompa fúnebre adecuada a su rango. Adeline los siguió con gran luto; y, pagado este último deber en memoria de su padre, se volvió más

tranquila y resignada. El manuscrito en el que se trazaba el relato de sus sufrimientos había sido encontrado en la abadía y devuelto a Adeline por M. Verneuil, y ella lo conservó con el piadoso entusiasmo que merecía tan sagrado depósito.

A su regreso a París, encontró a Théodore Laluc llegado de Montpellier. El placer de este encuentro se vio un poco perturbado por la noticia que le traía de la salud de su padre, cuyo extremo peligro sólo le había impedido robarle a Adeline, desde el momento en que obtuvo su libertad. , para agradecerle por mantener su vida. Luego lo recibió como el hombre al que le debía su conservación, y como el amante que merecía y poseía toda su ternura. El recuerdo de las circunstancias en las que se habían encontrado recientemente, y de su mutua angustia, hizo más deliciosa la felicidad de los momentos presentes, ya que, al no tener ya ante sus ojos la espantosa perspectiva de una muerte ignominiosa y<sup>[217]</sup> de una separación eterna, vieron en el futuro sólo los días risueños que les aguardaban, donde podrían caminar juntos por los senderos floridos de la vida. El contraste entre la memoria del pasado y la visión del presente solía provocar lágrimas de ternura y gratitud; y la dulce sonrisa que parecía querer perseguir esas lágrimas de dolor del rostro de Adeline, penetró en el corazón de Theodore y le recordó una pequeña canción que una vez le había cantado en diferentes circunstancias. Tomó un laúd que estaba sobre la mesa y, tocando las armoniosas cuerdas, pronunció las siguientes palabras.

### CANCIÓN.

Esta rosa brillará intensamente  
Cuando la mañana la empape de lágrimas;  
Es tu imagen, mientras una dulce sonrisa  
Como un rayo traspasa tu languidez.

Bajo el rocío, doblando sus encantos,  
Enriquece sus perfumes, sus colores;  
Entonces el amor se alimenta de lágrimas  
Y sus placeres son hijos de dolores.

El cariño que tenía Adeline por Theodore, la había llevado a rechazar varios amantes, solo su belleza, sus virtudes.<sup>[218]</sup> y sus riquezas lo habían atraído, y que, aunque eran infinitamente superiores en fortuna al hijo de Laluc, ciertamente no valían la pena en términos de familia y mérito.

Las diversas emociones tumultuosas que los últimos acontecimientos habían suscitado en el pecho de Adeline estaban ahora calmadas; pero el recuerdo de su padre siempre dejaba en su mente un matiz de melancolía que solo el tiempo podía borrar, y se negaba a cumplir con las urgentes peticiones de Theodore,

hasta la hora fijada para el luto. estaba caducado. La necesidad de incorporarse a su regimiento obligó a este último a abandonar París quince días después de su llegada; pero se llevó consigo la promesa de obtener su mano en cuanto ella saliera de luto y, en consecuencia, se fue bastante satisfecho.

El precario estado de M. Laluc era para Adeline una continua fuente de preocupación, y decidió acompañar a M. Verneuil, la amante declarada de Clare, a Montpellier, adonde Laluc había ido tan pronto como su hijo fue detenido. libertad. Ella se estaba preparando para entrar<sup>(219)</sup> emprender este viaje, cuando recibió de su amiga un relato muy satisfactorio de su salud; y, como su negocio todavía requería su presencia en París, renunció a este diseño por el momento y el señor Verneuil partió solo.

Cuando los asuntos de Theodore tomaron un aspecto más favorable, el señor Verneuil escribió a Laluc para comunicarle el secreto de su corazón acerca de Clare. Laluc, que admiraba y estimaba al señor Verneuil, y que no ignoraba sus lazos familiares, estaba muy satisfecho con las propuestas de este último: Clare decía que nunca había visto a nadie por quien se sintiera más importante. inclinación; y el señor de Verneuil había recibido una respuesta favorable a sus deseos, que lo instaba a emprender el viaje a Montpellier.

El regreso de su tranquilidad y el clima de Montpellier hicieron, a favor de Laluc, todo lo que sus más sinceros amigos podrían haber deseado, y al final estuvo lo suficientemente bien como para ir a visitar a Adeline en el Château de Saint-Maur. . Clare y M. Verneuil lo acompañaron allí; y la paz que se hizo entonces entre Francia y España pronto permitió<sup>(220)</sup> a Theodore para unirse a esta feliz compañía. Cuando Laluc, así regresó a lo que más amaba, reflexionó sobre los males de los que había escapado y contempló la felicidad que iba a disfrutar, su corazón floreció y su venerable rostro se cubrió con la expresión del éxtasis. , ofreció una imagen perfecta de la edad de oro.<sup>(221)</sup>

---

## CAPITULO XI.

ADELINE , en compañía de gente tan querida, no tardó en deshacerse de la melancolía que le había causado el destino de su padre; recuperó toda su vivacidad natural; y cuando hubo dejado las lúgubres ropas que su piedad filial le había hecho llevar, le dio la mano a Theodore. La ceremonia de matrimonio, celebrada en Saint-Maur, fue honrada con la presencia del conde y la condesa D .....; y Laluc tuvo la suerte de asegurar, el mismo día, el halagador destino de sus dos hijos. Cuando terminó la ceremonia, los bendijo y los besó a todos con



lágrimas de amor paternal. “¡Te doy gracias, oh gran Dios! dijo, por permitirme ver esta hora; cuando te plazca recordarme este mundo, lo dejaré sin pesar ”.

“¡Que viva mucho para bendecir a sus hijos! respondió Adeline. Clare besó la mano de su padre y gritó: —¡Oh! si, mucho tiempo! repitió con una voz casi débil. los<sup>(222)</sup> Luc sonrió complaciente y cambió la conversación a un tema menos conmovedor.

Sin embargo, se acercaba el momento en que Laluc consideró necesario volver a las funciones de su parroquia, de la que había estado ausente durante tanto tiempo. Mademoiselle Laluc, que lo había cuidado en Montpellier durante su enfermedad y que había vuelto a Saboya, también se quejaba de la soledad a la que se veía reducida; y este fue un nuevo motivo para que su hermano apresurara su partida. Teodoro y Adeline, que no soportaban la idea de separarse de este venerable pariente, intentaron persuadirlo de que abandonara su castillo y viviera en Francia con ellos; pero estaba muy apegado a Leloncourt. Durante varios años había sido el consuelo y la felicidad de sus feligreses; lo respetaban y amaban como a un padre; los veía como a sus hijos. El apego que le habían mostrado el día de su partida, tampoco fue olvidado; había causado una gran impresión en su mente y no podía soportar la idea de abandonarlos cuando se acercara el cielo.<sup>(223)</sup> Ilénelo con sus beneficios. "Es dulce vivir para ellos", dijo, "y también quiero morir entre ellos". Un sentimiento de carácter aún más atractivo (al que el filósofo incrédulo no le da el nombre de debilidad, y que el hombre de mundo no lo considera imposible), un sentimiento aún más tierno lo atrajo hacia Leloncourt: c es que los restos de su esposa yacían allí.

No queriendo Laluc quedarse en Francia, Teodoro y Adeline, para quienes los variados y tumultuosos placeres que ofrecía París, eran inferiores a los placeres domésticos y a la compañía elegida de Leloncourt, resolvieron acompañarlo con M. y Madame Verneuil. Adeline arregló sus asuntos para poder prescindir de residir en Francia; y, después de despedirse afectuosamente del conde y de la condesa D., así como del señor Amand, que había recobrado un poco su habitual alegría, partió con sus amigos para Saboya.

Las sonrisas más deliciosas recorrieron el rostro de Clare mientras se acercaba a las preciadas escenas de los placeres de su infancia; y Theodore, a menudo mirando el por<sup>(224)</sup> tiere, vio con entusiasmo patriótico los magníficos y variados paisajes que ofrecen sucesivamente las diferentes montañas.

Era tarde cuando llegaron a unas pocas millas de Leloncourt; y la carretera principal, que giraba alrededor de una roca empinada, les ofrecía la vista del lago y de la tranquila morada de Laluc. Una exclamación de alegría de toda la compañía anunció este descubrimiento, y un rayo de placer brilló en todos los ojos.

Laluc felicitó a su familia por su feliz llegada a sus hogares, y agradeció en silencio al Ser Supremo por permitirle regresar allí así. Adeline continuó contemplando estos conocidos objetos; y reflexionando sobre las vicisitudes de dolor y placer que había experimentado desde que las vio, el maravilloso cambio en su condición, su corazón floreció con placer y gratitud. Miró a Theodore, a quien había llorado en esos mismos lugares como perdido para siempre, quien, cuando lo encontró, había estado a punto de ser arrancado de ella por una muerte ignominiosa, pero que<sup>{225}</sup> ahora sentada junto a ella, a salvo de todo peligro, y su amado esposo, la gloria de su familia y la de él; y mientras las lágrimas que brotaban de sus ojos expresaban la sensibilidad de su corazón, una sonrisa de ternura por encima de toda expresión le hacía conocer las sensaciones que estaba experimentando. Él apretó su mano suavemente y respondió con una mirada amorosa.

Pierre, que luego galopó hacia el coche, con el rostro radiante de alegría y un aire de importancia, interrumpió una serie de sentimientos que se habían vuelto casi demasiado interesantes. “¡Ah! mi querido maestro, gritó, ¡bienvenido una vez más a su país! Aquí está el pueblo; ¡Dios lo guarde! Vale un millón de apuestas. ¡Gracias a Santiago! Llegamos todos sanos y salvos ”.

Esta efusión de alegría por parte del honesto Pedro fue recibida con la retribución que merecía. Mientras se acercaban al lago, escucharon el sonido de la música arrastrada por las aguas y pronto vieron una gran tropa de aldeanos reunidos sobre la hierba verde que descendía hasta la orilla.<sup>{226}</sup> del lago, vestidos con sus ropas de domingo y bailando juntos. Era la noche de un día de celebración. Los ancianos estaban sentados a la sombra de los árboles que cubrían este cerro, comiendo leche y frutas, y mirando a sus hijos e hijas saltar al son de la pandereta y la musette, a las que se sumaban los sonidos más suaves de la mandolina. .

Pedro fue el primero en aparecer, y de inmediato fue rodeado por una multitud de sus compatriotas que, al escuchar que su amado pastor se acercaba, corrieron a su encuentro. Sus animadas y sinceras expresiones de alegría llenaron el corazón de Laluc con la más dulce satisfacción: los recibió con la ternura de un padre, y no pudo evitar derramar lágrimas ante esta señal de su apego. Cuando los jóvenes campesinos se enteraron de su llegada, la alegría se hizo tan generalizada que, liderados por la pandereta y la musette, bailaron frente al carruaje hasta el castillo, donde nuevamente lo recibieron a él y a su familia. por los aires más felices. Fueron recibidos en la puerta del castillo por Mademoiselle Laluc; y nunca compañía<sup>{227}</sup> Ya no se veían con más satisfacción.

Como la noche fue magnífica, cenamos en el jardín. Cuando terminó la comida, Clare, que estaba encantada, se ofreció a bailar a la luz de la luna. “Sería delicioso”, dijo; los rayos de la luna ya tiemblan sobre las aguas. Vea qué rayo de

luz esparcen por el lago y cómo brillan alrededor de ese pequeño promontorio a la izquierda. El frescor de la noche también invita a bailar ”.

Todos estuvieron de acuerdo con su propuesta. “Y traigamos también a las buenas personas que nos hicieron sentir tan bienvenidos”, dice Laluc, “ *todos* compartirán nuestra felicidad. Hay religión en hacer felices a los demás, y la gratitud debería hacernos devotos. Pierre, trae más vino y pon mesas debajo de los árboles ”. Pierre voló; y, mientras colocaban sillas y mesas bajo los árboles, Clare fue a buscar su laúd favorito, el laúd que una vez le había dado tanto placer y del que Adeline había sacado a menudo expresiones de melancolía. La mano ligera de Clare recorrió todas las cuerdas y, emitiendo sonidos tiernos, cantó la siguiente melodía.<sup>{228}</sup>

## POSICIONES.

Cuando la luna derrama un suave rayo,  
Cuando en el aire se balancea la sílfide;  
Cuando el bosque, el lago y el valle  
Duermen en un vasto silencio;

Cuando los céfiros expiren al anochecer  
En pensamientos hunde un alma tierna;  
Cuando ve un centenar de prestigio errante;  
¡Que se escuche entonces la música!

Golpea, golpea la alegre pandereta;  
Abre la pelota, sigue tus coryphées:  
Bajo las cunas de madera misteriosa,  
Mezcla tus pasos con el baile de las hadas.

A la luz de la luna, en tiempos tan hermosos  
Que la música, transporte y cautivo,  
Como sus sonidos perdurando en las aguas  
Iluminó los ecos de la orilla.

Pierre, cuyo celo era extremo, ya había puesto refrescos debajo de los árboles, y en poco tiempo el césped se cubrió de campesinos. La musette y la pandereta se colocaron, a pedido de Clara, a la sombra de sus queridas acacias, a la orilla del lago. Se escucharon los alegres sonidos de la música; Adeline abrió el baile, y las montañas repitieron solo los gritos de alegría y armoniosos sonidos.

El venerable Laluc estaba sentado entre los ancianos, y viendo esta escena, sus hijos y sus feligreses también<sup>{229}</sup> reunidos y formando una gran familia, frecuentes lágrimas corrían por sus mejillas, y experimentó las más deliciosas sensaciones.

Todos los corazones estaban tan llenos de alegría, que el día comenzó a iluminar la escena del festival, cuando cada aldeano regresó a casa, bendiciendo la benevolencia de Laluc.

Después de pasar unas semanas con Laluc, el Sr. Verneuil compró un castillo en el pueblo de Leloncourt; y, como era la única que había a la venta, Theodore buscó una casa en el barrio. Compró una casa de campo a pocas leguas, en las encantadoras orillas del lago de Ginebra, donde sus aguas forman una pequeña bahía.

Allí, despreciando la pompa de la falsa felicidad y gozando de las delicias de un amor purificado por la más tierna amistad, rodeado de amigos tan queridos y visitado por una compañía elegida e ilustrada; allí, en medio de la felicidad, vivían Theodore y Adeline Laluc.

La pasión de Louis La Motte finalmente dio paso al poder de la ausencia y <sup>(230)</sup>necesitar. Aún amaba a Adeline, pero lo hacía con la apacible ternura de la amistad; y, cuando obedeció las urgentes invitaciones de Theodore, vio su felicidad con pura satisfacción que no tenía un tinte de envidia. Luego se casó con una dama muy rica de Ginebra; y, habiendo renunciado a su comisión al servicio de Francia, se estableció a orillas del lago y aumentó los placeres de la sociedad de Adeline y Theodore.

Su vida pasada ofreció un ejemplo de una prueba muy dura, y su vida presentó un modelo de virtudes muy recompensadas; y continuaron mereciendo esta recompensa: porque su felicidad no se limitaba únicamente a ellos mismos, sino que la hacían sentir por todos los individuos que vivían dentro de la esfera de su influencia. Los pobres y los desafortunados tenían que elogiarse mutuamente por su benevolencia; el hombre virtuoso e ilustrado, de su amistad; y sus hijos, tener padres cuyo ejemplo imprimiera en sus corazones los preceptos que